Pier Vittorio Tondelli

HABITACIONES SEPARADAS

Prólogo de André Aciman



Lumen

Habitaciones separadas

Pier Vittorio Tondelli

Prólogo de
André Aciman

Traducción del italiano de
Alessandra Picone y Matteo Caboni

Lumen

narrativa

Prólogo

Poco después de marcharme de Cambridge, a los treinta y pocos, me di cuenta de lo mucho que echaba de menos a mis amigos de allí. Una vez me hube instalado en Nueva York, empecé a escribirles. En aquellos tiempos, el correo electrónico no existía, por lo que, aparte de las carísimas conferencias de larga distancia, lo único que tenía eran las cartas; cartas largas, puntillosamente detalladas, en las que relataba incidentes y sentimientos que, en conversaciones normales del día a día, tal vez había sido reacio a abordar. Sobre el papel, no obstante, me sinceraba con enorme prodigalidad; sin tapujos, escribía lo importantísima que había sido para mí su amistad y cuánto añoraba nuestros paseos nocturnos, cuando cerrábamos los libros para ir de bar en bar. A otros les escribía cuánto echaba de menos las tardes de domingo en las que, de buenas a primeras, se nos hacía de noche bebiendo vinos de añadas selectas, y entonces nos dábamos cuenta de que la cena no se iba a hacer sola y alguien se ponía manos a la obra. Quería mucho a esos amigos que se quedaron en Cambridge y seguían recordándome un ritmo de vida que parecía mucho más flexible que el áspero toque de corneta de los despertares en Nueva York.

Las cartas que les enviaba eran efusivas. Los echaba de menos. Eso era innegable, pero había momentos en los que, al firmarlas y

lamer el sobre, me asaltaba la duda de si había sido completamente sincero con ellos. ¿Sentía tanta nostalgia por Cambridge como decía? ¿Eran mis lamentos el resultado de haberme mudado a una ciudad en la que no conocía a nadie? O, como empezaba a sospechar, ¿acaso el acto de escribir y contarles cuánto añoraba nuestros bares y sus jardines sumaba nostalgia ficticia a la real? Dicho de otra manera, ¿acaso el acto de rememorar arrojaba un aura luminosa que existía no tanto en la realidad, sino en las frases cadenciosas, puestas bajo el foco en el papel?

El lenguaje siempre es retórico, incluso cuando no se pretende que lo sea.

Quizá fue por esa razón —sumada a la lectura de la tesis doctoral de Mattia Mossali, dedicada en buena medida a esta novela— por la que *Habitaciones separadas*, de Pier Vittorio Tondelli, me apeló de inmediato.

La obra cuenta la historia de la atracción visceral e indomable entre dos hombres —Leo, escritor italiano de treinta y dos años; Thomas, pianista, alemán y notablemente más joven— que enseguida se convierte en un amor muy poderoso. En mi lectura, hubo una frase en particular que destacó y me dijo que no estaba en manos de un escritor ocasional, sino de alguien que había sondeado sus verdaderas, complejas y a menudo enmarañadas emociones. La capacidad de Tondelli para explorar y articular esas fuerzas contradictorias me cautivó; presagiaba un escritor que no se contentaba con respuestas simples. Cuando pronuncia esa frase portentosa, Thomas sabe que es el compañero de vida de Leo, pero

se siente atrapado en los márgenes de la relación cada vez que Leo desaparece o necesita viajar por trabajo, como periodista, o se retira a su vida sombría y solitaria. «Tú me quieres tener lejos para poder escribirme», dice. «Si yo viviera contigo, no escribirías tus cartas. Y no podrías pensar en mí como en un personaje de tu puesta en escena» (p. 216). Sin duda, eso era lo que me pasaba con mis amigos de Cambridge. Los necesitaba a una cierta distancia para transmitirles mi amor. De tenerlos cerca, hablar hubiese sido un medio fácilmente suficiente, pero la escritura implicaba algo mucho más complejo. La escritura se nutre de la distancia, pero, del mismo modo, también puede alimentar esa distancia. La escritura, tal y como estaba descubriendo entonces, nunca trata de lo obvio, sino que ha de excavar en lo obvio y darle palabras nuevas.

Esa es la razón por la que Leo necesita privacidad, soledad, espacio. Ama a Thomas, pero no puede vivir con él. Con sus propias palabras, la suya es «una relación de contigüidad, de pertenencia, pero no de posesión» (p. 207), de ahí surge la explicación del título de la novela*: Habitaciones separadas*.

Pero la relación de Leo y Thomas no empieza así. Las cosas se suceden bastante rápido cuando, tras cruzarse en una fiesta en París y conocerse algo mejor en otra, también en la misma ciudad, ambos se dan cuenta de que su atracción ha sido inmediata, con «[una energía que saca fuerza solo de sí misma], de los contactos fingidamente casuales, de los ligeros roces, de las miradas mudas» (p. 33). No se han dicho ni una palabra, pero ya lo saben.

Quedan en verse en un concierto de rock. En un primer momento, a Leo le cuesta dar con Thomas entre la multitud, pero al final lo encuentra y su conexión es instantánea. Su amor, como escribe Tondelli, es, simple y llanamente, «épico». Viajan mucho juntos y Leo está constantemente recorriendo mundo, pero siempre vuelve a buscar a Thomas y Thomas siempre está dispuesto a recibirlo.

Lo único que necesita Leo —por volver a decirlo a mi manera— es espacio.

La cuestión se pone negro sobre blanco cuando, inmediatamente después de que Leo se vaya en tren, Thomas, acongojadísimo, se presenta en el portal de su edificio y llama al telefonillo. «Me quiero quedar y vivir contigo», le dice en cuanto Leo lo deja pasar. A lo que este le responde: «Entonces ¿de verdad has decidido vivir en Italia?» (p. 201).

Thomas no había ido hasta allí para vivir en Italia, sino para vivir con Leo. Y Leo lo sabe.

Al final acaban discutiendo, como ya les había sucedido a menudo en el pasado, pero, como escribe Tondelli: «Siempre acababan otra vez juntos» (p. 79). Thomas se marcha del piso de Leo. En el rellano, mientras espera a que llegue el ascensor, oye a Leo cerrar la puerta y pasar la cadenilla.

Ante esa escena, uno se espera una ruptura definitiva. Pero no. Su amor es ilimitado, aunque el amor, incluso cuando es perfecto, no deja de ser un acuerdo disfuncional.

El problema no es solo que Leo quiere que tengan sus proverbiales habitaciones separadas, donde él pueda «seguir siendo un amante separado, […] seguir soñando con su amor y no permitir que se enfangara en la cotidianidad». El problema es que «al vivir

juntos, uno se habría convertido en la caricatura del otro, como dos obscenos y acicalados dióscuros en el escenario de un cabaret de Berlín» (pp. 202-203).

Lo que Leo no puede entender —y aquí es importante recordar que la novela se publicó en 1989 y, por tanto, se escribió a finales de los años ochenta— es que el patrón de vida homosexual era de lo más indefinido. Leo «no disponía ni de modelos de comportamiento que seguir, ni de experiencias que reciclar y a las que recurrir en los titubeos de la relación. Sabía que el amor que él sentía aún por Thomas no sería suficiente. Acabarían devorándose, y él no quería eso. Se lastimarían, se dejarían. Vivir juntos significaba creer en un valor que no eran capaces de reconocer. ¿Dónde habría ido a parar su amor?» (pp. 201-202).

Por eso, la novela de Tondelli, por mucho que apelara al público de principios de los noventa, también proponía un tipo de relación que tal vez la comunidad considerara de lo más inusual. Pues, aunque no cabe duda de que se aman y se desean, Leo y Thomas no viven juntos. Tondelli no solo se resiste a las normas establecidas para parejas homosexuales, sino que va un paso más allá a la hora de hablar de parejas gay ya «normalizadas»:

> ¿Tenían a la fuerza que normalizar una relación que la sociedad, como norma, no podía de hecho aceptar? ¿No se habrían convertido en la imagen de ese tipo grotesco de convivencia entre homosexuales en el que uno siempre cocina y el otro va siempre al mercado a hacer la compra? ¿En la que dos amantes se parecen en las actitudes, en las maneras, incluso en las expresiones del rostro, hasta el punto de convertirse en dos patéticos replicantes de un mismo, insostenible, imaginario masculino, castrado y afeminado? ¿No se convertirían con el transcurso del tiempo en dos androides histéricos, a punto siempre de meterse pullas en las conversaciones, con la

> tez un poco demasiado brillante y estirada y bronceada, y el pelo siempre un poco demasiado perfecto para ocultar, al milímetro, la calvicie? (p. 202).

Lo que Leo quiere es algo completamente diferente. Quiere intimidad, tanto física como emocional, pero necesita espacio. ¿Puede el mundo amoldarse a eso? ¿Y Thomas? ¿Y el propio Leo?

Un día, Thomas le dice que está viendo a una mujer llamada Susann. Leo se queda completamente descolocado. Susann no pone en peligro su relación con Thomas, pero a él le molesta su intromisión en la vida de ambos. Lo que Leo deja fuera de la ecuación es que su necesidad de privacidad y soledad ya complica la relación. Susann llena un espacio que ya estaba parcialmente vacío.

Al inicio de la novela sabemos que Thomas ha muerto.

Su fallecimiento no solo deja a Leo hundido en la pena, sino totalmente desnortado; incapaz de seguir adelante. De hecho, más adelante no hay nada. Después de Thomas, otra relación es simplemente impensable. La existencia vacía de Leo se convierte en su nuevo modo de vida. Sus amigos lo critican, algunos incluso le recuerdan que Thomas no era más que un fulanito sin futuro en el mundo de la música con el que se acostó en una fiesta en París, pero con quien apenas pasaba tiempo. Leo necesita despertar.

Pero Leo no encuentra otro amor. Recupera viejas amistades con las que había perdido la relación o a quienes había abandonado, tal vez sin querer. Llega un momento en el que traba nuevas amistades, pero la novela es un lienzo jaspeado de recuerdos de Thomas. Vaga por el mundo buscando experiencias o escapando de ellas, experiencias que es incapaz de nombrar o comprender, pero

entonces recuerda viajes con Thomas que le depararon mucha alegría y mucho amor, y que ahora son cosa del pasado.

Ese despertar que tanto le desean sus amigos nunca llega.

Hasta que llega, de una manera tangencial, discreta, casi accidental. Un despertar que lleva tiempo buscándolo, tanto en los recuerdos de Thomas como en sus adentros, remontándose a sus primeros años de infancia. Tiene que ver con su capacidad para escribir «lo que los demás se complacen en callar» (p. 247). Eso también explica el genio de *Habitaciones separadas*, pues es una novela excepcionalmente conmovedora, pero, al mismo tiempo, excepcionalmente lúcida, ya que se entreteje a través de los hilos enmarañados de lo que Leo intenta desenterrar y diseccionar de sí mismo de manera desesperada.

Es ahí cuando le salta a los ojos. La razón por la que necesitaba habitaciones separadas no podía ser más sencilla: Leo siempre ha estado separado del mundo que le rodeaba porque, al contrario que los demás, es escritor. Porque es diferente. «No está arraigado en ninguna ciudad. No tiene una familia, no tiene hijos, no tiene una casa propia reconocible como "el hogar"» (p. 19). Algo que es todavía más relevante es que su sexualidad subraya esa diferencia: «Pero sobre todo no tiene un compañero, está soltero, está solo» (p. 19). Escribe Tondelli:

> Si con Thomas no funcionó, si su vida sentimental es un desastre, si en lo más profundo está inquieto y no encontrará nunca la paz, es porque él es diferente y se tiene que construir una escala de valores partiendo precisamente de esa diversidad suya (p. 247).

Su hogar hunde sus cimientos en su capacidad para escribir sobre su amor y el de Thomas, y sobre la pérdida de ese amor. Para él, la escritura y el amor son una sola cosa. Solo tardó unos años en verlo después de lo de Thomas.

Lo que es verdaderamente triste es que el propio Tondelli murió el 16 de diciembre de 1991 por complicaciones derivadas del sida. Tenía treinta y seis años.

Mi vida en Nueva York no se vio empañada por la muerte de ningún ser querido, pero sí que había perdido ya a personas a las que quería mucho y que eran, lo sabía, irremplazables. Años más tarde, esas dos almas que me habían invitado a su jardín tantas veces en aquellas gloriosas tardes de domingo a beber Château Beychevelle y Château Cos d'Estournel murieron de sendas maneras ignominiosas: ella, en un incendio que redujo su casa a cenizas; él, en una cama de hospital, mientras todos los que lo querían esperaban noticias, sabiendo que cuanto más tiempo siguiera en coma, más pequeñas eran sus posibilidades. Nunca me despedí de ellos. Pero llevo años despidiéndome, aunque nunca sospechara que un día fueran a desaparecer de mi vida, del mismo modo que Leo nunca pensó que Thomas se iría de la suya. Con mis amigos muertos tal vez he exagerado lo cercanos que eran; tal vez estaba estilizando cuánto los echaba de menos, pero también sabía que lo que la escritura me hacía decir era más deliberado, más genuino, más sentido y, a fin de cuentas, más disfrutable que lo que podría haber dicho en una apresurada llamada telefónica desde Nueva York.

A veces, uno no solo ama a las personas o los lugares, sino el hecho de escribir sobre su amor por ellos. La escritura encuentra el amor y lo aviva cuando todo lo demás ha desaparecido. Yo escribía desde el amor y con amor, ya notando que cuando alguien desaparece de nuestra vida lo único que nos queda son palabras.

ANDRÉ ACIMAN, Nueva York, 2024

PRIMER MOVIMIENTO

Hacia el silencio

Un día, no muy lejano en el tiempo, de repente vio su rostro reflejado en la ventanilla de un pequeño avión en vuelo entre París y Múnich.

En el exterior, ocho mil metros más abajo, la cadena de los Alpes parecía una encrespadura de arena que la luz del atardecer teñía de colores dorados. El cielo era un abismo color cobalto que, solo hacia lo más bajo del horizonte, se encendía en franjas de tonos azafrán o naranja zen.

Encuadrado por el estrecho marco oval de la ventanilla, el paisaje le hablaba del día y de la noche, de las fronteras entre los mundos de la tierra y del aire, y por último, al encenderse una luz en la carlinga y aparecer sobre aquella holografía boreal el reflejo de su rostro, pesado y fatigado, también le hablaba de sí mismo. Su cara, la misma que desde hacía años los demás reconocían como «él» —y que a él por el contrario le resultaba cada día más extraña, puesto que la imagen que guardaba de su propio rostro era siempre e inmortalmente la de sí mismo joven y la de sí mismo adolescente—, una vez más le pareció extraña. Seguía pensando y viéndose a sí mismo como el inocente, como aquel que es incapaz de hacer daño y de equivocarse, pero la imagen que veía sobre ese fondo

encendido era sencillamente el rostro de una persona ya no tan joven, con escasos y finos cabellos en la cabeza, los ojos hinchados, los labios turgentes y algo caídos, la piel de los pómulos veteada por capilares, igual que las mejillas cobrizas de su padre. En definitiva, un rostro que sufría, como cualquier otro, la corrupción y el paso del tiempo.

Hace solo unos meses cumplió treinta y dos años. Es muy consciente de no haber llegado a una edad que se suele considerar adulta o incluso madura. Pero sabe que ya no es joven. La mayoría de sus compañeros de universidad se han casado, tienen hijos, una casa, una profesión más o menos bien remunerada. Cuando los ve, las raras veces que vuelve a casa de sus padres, a la casa donde nació y de donde huyó con el pretexto de los estudios universitarios, los encuentra cada vez más distantes. Inmersos en problemas que le son ajenos. Tanto los viejos amigos como él pagan los impuestos, se van de vacaciones en verano, tienen que pensar en el seguro del coche. Pero en las raras ocasiones en que hablan de estos temas, comprende que se trata de obligaciones del todo diferentes y que, en sus respectivas existencias, ejercen roles completamente distintos. Así, privado cada día del contacto con el ambiente en el que creció, alejado del reconfortante devenir de una pequeña comunidad, él se siente cada vez más solo; más aún, cada vez más diferente. Tiene una disponibilidad de tiempo que los demás no tienen. Y esto ya es una diferencia. Desarrolla una profesión artística que incluso sus así llamados compañeros desarrollan cada uno de manera distinta. También esto incrementa la diferencia. No está arraigado en ninguna ciudad. No tiene una familia, no tiene hijos, no

tiene una casa propia reconocible como «el hogar». Una diferencia más. Pero sobre todo no tiene un compañero, está soltero, está solo.

El avión pierde bruscamente altura y empieza el descenso hacia Múnich. Aparta la mirada de la ventanilla y se concentra en sus objetos personales. Recoge el libro que estaba hojeando, guarda las gafas en su funda, apaga el cigarrillo. Echa hacia atrás la cabeza. En unos veinte minutos tomará tierra. Se imagina a Thomas andando arriba y abajo, nerviosamente, en la sala de llegadas internacionales, controlando su reloj y los horarios previstos de aterrizaje. Ve su figura desaliñada que se dirige impaciente hacia unos escaparates donde se exponen botes de tabaco de pipa y llamativas cajas de puros habanos. Se imagina su jersey dado de sí, la gruesa chaqueta de lana, los pantalones de terciopelo, los zapatos grandes, recios, de cuero burdeos. Ve sus húmedos ojos negros, la amplia y distendida sonrisa, los huesudos brazos cálidos que, como siempre, lo abrazarán, guiándolo con decisión hacia un Renault o un Peugeot de cuarta mano aparcado muy lejos. Pero no consigue oír su voz. Ve claramente el abrazo, advierte el perfume de su piel, la aspereza de su mejilla con barba de dos días, ve sus labios que soplan un «¿cómo te ha ido el viaje?», pero no logra escuchar el sonido, la inflexión de aquella voz. Ve el abrazo, pero no lo puede sentir.

Emite un profundo suspiro con los ojos cerrados, la nuca todavía apoyada en el respaldo reclinado. La azafata se acerca dirigiéndole unas palabras. Sale lentamente de su abandono y vuelve a poner el respaldo en la posición prevista para las maniobras de aterrizaje. Ya ha abierto de nuevo los ojos. Una vez más se da plenamente cuenta, con una horrorizada vibración interior, de aquello que banalmente se define como realidad y que, en cambio, él prefiere llamar «el

presente estado de este sueño». Thomas no estará esperándolo en el aeropuerto con su Citroën descuajaringado. Y no habrá ningún amigo en su lugar. Puesto que Thomas, o por lo menos todo lo que en la tierra tenía ese nombre y que a ese nombre se podía remitir, para él y para quien lo amaba, ya no existía. Thomas ha muerto. Hace ya dos años. Y él está cada vez más solo. Más solo y aún más diferente.

Pocos años antes, un domingo gris y oscuro como solo el cielo del norte continental es capaz de ofrecer, Leo salió de una cervecería, en París, en compañía de Michael, un músico de jazz estadounidense; en realidad, uno de los muchos expatriados en cualquier rincón del mundo, sea por insatisfacción o por inquietud.

Michael es un hombre de cuarenta años, de complexión fuerte, con una gran barba que pierde color y blanquea en el mentón. Tiene poco pelo en la cabeza y un rostro que podrías definir perfectamente como un campo de patatas: lleno de protuberancias, de habones y de excrecencias. Suele llevar pantalones militares, sujetos con tirantes de cuero negro, camisas de lana y un sombrero de fieltro negro a lo Rainer Fassbinder. Masca todo tipo de puros, sobre todo cuando se entrega en *jam sessions* que duran noches enteras, y es el único miembro de la banda que aguanta de pie hasta el alba. Leo encuentra a Michael simpático. Y aprecia su música. No se atrevería nunca a charlar con él sobre literatura o filosofía, pero sí sobre los musicales de Broadway. Y también sobre chicos. Un domingo por la tarde de lo que a él le parecen muchos años atrás, Michael y Leo salieron juntos de una cervecería del Marais para ir a una fiesta y en esa fiesta Leo conoció a Thomas. O mejor dicho, Leo vio a Thomas por primera vez.

Cruzan Place des Vosges, uno al lado del otro, mirando fijamente el suelo y hablando como si se dirigieran al empedrado de la acera. Los dos tienen las manos metidas en los bolsillos y el cuello embutido en bufandas voluminosas. El frío de noviembre es como nieve seca e invisible disuelta en el aire. Llegan ante el edificio donde se está desarrollando la fiesta. Desde la calle pueden oír la música y el jaleo. Otros invitados llegan corriendo y los adelantan en el portal. Leo sonríe y coge a Michael del brazo. Suben al cuarto piso. Tienen que andar con cuidado para no pisar a otros invitados tirados en los rellanos o por las escaleras. Botellas vacías de champán ruedan sobre las tarimas de madera cubiertas de confeti y colillas. Dentro hay un gran follón, confusión, gente que baila, que fuma marihuana, que bebe whisky directamente de las botellas. Leo arrastra a Michael hacia la mesa de las bebidas. Queda deslumbrado por los flashes de la Polaroid de una pequeña punki con cresta de pelo iridiscente. Un poco más allá, unos chicos graban con una videocámara imágenes de la fiesta y envían la señal a televisores desperdigados por todo el piso. Avanzan entre la gente iluminando a los invitados como en una batida de pesca nocturna: de pronto, bajo la luz del poderoso foco, vuelven fosforescentes a pequeños peces que se escabullen conscientes de su agilidad, a hermosas langostas maduras y ebrias, a tiburones, a gambas rojas, a llamativos peces tropicales, a cetáceos, a delfines, a sargos. Leo intenta evitar el avance de los cámaras, retrocede, saluda a algún conocido, devuelve los besos, los abrazos y los apretones de mano. Por fin entra en la habitación de la comida. Un par de mesas redondas atestadas de bandejas de papel desgarradas, servilletas, ceniceros repletos de colillas, sobras de comida. Más allá, las botellas. Se sirve champán,

una, dos, tres copas para ponerse a tono. Suena música disco, violenta y vagamente afro, todos se mueven sin parar. Leo oscila sobre las piernas, destapa otra botella y le sirve a Michael.

—¡Leo, Leo! —grita el dueño de la casa avanzando a pasitos, con las manos colgando sobre las cabezas de los invitados. Está disfrazado de geisha—. ¡Querido, gracias por venir! ¿No es fantástico? Estamos levantados desde anoche, he proyectado la película, sabes, allí… ¡Muy bien, un éxito!

Leo abraza a Bernard felicitándole por el kimono color rojo fuego. Le presenta a Michael. Dice unas palabras de circunstancias hasta que Bernard es raptado por otros invitados que lo reclaman, lo aclaman, gritan su nombre poniéndole en la mano la videocámara. Entonces Bernard se sube a una mesa y finge disparar a Leo al encuadrarle. Todos chillan, Leo se ríe socarronamente, Bernard grita algo, luego pasa la videocámara y desaparece, engullido por la masa de sus admiradores.

—Vamos a ver la película de esta vieja loca —acaba diciéndole Leo a Michael.

Caminan en medio de la multitud, abriéndose paso con esfuerzo y atravesando una tras otra las habitaciones del piso de Bernard, una sucesión de salas y de estilos encajonados uno dentro de otro: columnas de cartón piedra, espejos y *trumeau* Segundo Imperio, algún sillón Bauhaus, una librería sacada de un confesionario renacentista, alfombras, damascos, tapices, cúpulas moriscas de poliuretano pintadas con aerógrafo, descartes y restos de todos los viejos decorados de Bernard, de su *kitsch* irrefrenable, de su locura onírica. Cándidas estatuas de dióscuros a los que se han aplicado falos gigantescos color cobre; capiteles, columnas, san Sebastianes

de yeso coloreado, implorantes o sublimemente ausentes en la hora del martirio; Magdalenas, Cristos crucificados, ángeles, arcángeles, truenos en las ventanas. Atraviesan cuatro salones hasta que la fauna ebria y estridente empieza a escasear. Solo queda por cruzar el gimnasio, dejar el baño atrás y llegar, por fin, al gran dormitorio de Bernard, donde se emite, en multivisión, su último vídeo.

En la habitación hay gente tumbada en las alfombras, algunos en la cama, otros dormidos delante de los monitores. Leo y Michael se apoyan en una columna de la cama con dosel y miran el vídeo. Poco después Michael sale a la caza de alcohol.

Es en ese instante cuando Leo se percata de que alguien está pasando por su lado. Desde su posición, algo precaria debido a la columna salomónica, solo consigue vislumbrar unos andares que cruzan el vano de la puerta, unos vaqueros, un par de zapatos negros. Sin embargo, algo irresistible lo hace levantarse. Sale de la habitación y sigue al chico con la mirada. Se queda un momento parado, indeciso entre seguir la persecución o volver al vídeo. Luego Michael regresa diciendo que ha encontrado algo para tocar. Abriéndose camino entre los invitados llegan a una habitación en penumbra, repleta de humo. Hay un piano y alguien lo está tocando. Michael coge un viejo saxo y empieza a soplar. Leo se detiene brevemente delante del chico del piano acariciándolo con la mirada. Lo indaga, lo escudriña. Ve a Thomas por primera vez. Y Thomas, como si sintiera todo el peso de esa mirada, levanta la cabeza fijándose en él una fracción de segundo. Enseguida baja los ojos sobre el teclado y vuelve a balancearse bruscamente siguiendo el *swing* de Michael. Leo va a rellenarse la copa.

Más tarde, hundido en un enorme sillón adamascado mientras contesta, con aquella excesiva amabilidad que a veces le produce la ebriedad alcohólica, a las preguntas de una periodista española, Leo divisa a Thomas abandonando el piso en compañía de una chica. Le gustaría levantarse para seguirlo, y lo intenta, haciendo fuerza con las piernas y agarrándose a la vez a los brazos del sillón. No lo consigue y se deja caer con todo su peso. La periodista le pregunta si está escribiendo. A Leo se le escapa una sonrisa y sigue hablando de las cosas de costumbre.

Noches más tarde le llega por teléfono la voz de Rodolfo desde Milán. Le pregunta cómo se lo está pasando en París, si le gusta el piso, si puede hacer algo por él. Algo molesto, Leo le responde. Conoce a Rodolfo desde hace casi diez años, tienen la misma edad, prácticamente conocen cada detalle de sus respectivas existencias. Fue Rodolfo quien le encontró alojamiento en París. Rodolfo es arquitecto, un chico guapo de unos treinta años, especializado en decoración de los años cincuenta. Ha diseñado algunos bares, en Milán y en Florencia, que le han dado cierta fama. Colabora en una revista internacional de decoración. Es lo suficientemente mundano, inteligente e irónico. Y ama a Leo, como se puede amar al propio hermano homosexual.

—Me voy acostumbrando —contesta Leo—, no tienes por qué preocuparte. Me veo con Michael, te he hablado de él, ¿no?…, doy vueltas por ahí, duermo… —Le gustaría despedirse, colgar el teléfono, llenar el vaso de hielo y ahogarlo con ron.

Rodolfo tiene antenas que captan este tipo de situaciones por lo que, sutilmente, deja caer el único argumento capaz de mantener a Leo al teléfono.

—La otra noche vi a Hermann. Está muy bien, ¿sabes?

Leo se inclina sobre el aparato:

—¿Hermann…?

—Vive como a unos veinte kilómetros de Roma. Hacia el norte. Me pidió tu dirección. Hice como que no la sabía. Estábamos en un bar… Estuve a punto de dársela. Pero pensé que debía pedirte permiso antes.

Leo suspira.

—Hiciste bien. Desde que lo dejamos…

—Solo quería decirte que me pareció que estaba bien —lo interrumpe Rodolfo—. El trabajo le va bien. Tiene alguna exposición por ahí. Pequeñas cosas, pero para él… Creo que es algo importante, ¿no?

—Has hecho bien en llamarme —repite gélido Leo.

—No estaba seguro… Erais tan felices juntos, quiero decir… Entiéndeme, Leo, no quiero interferir para nada en tus asuntos sentimentales, pero creo que deberías saber que él me ha preguntado por ti y creo que era sincero.

—Conocí a un chico hace unos días —dice Leo en voz baja.

Rodolfo sube el tono de voz:

—¿En serio?

—Con Hermann se acabó. No estaría aquí si hubiera tenido la más mínima esperanza de arreglar lo nuestro. Seguramente siempre lo amaré. Y él lo sabe. Pero quiero librarme de él. Solo un loco intentaría reconciliar a una pareja divorciada. Lo mismo ocurre con dos hombres. Muchos se obstinan en no querer entenderlo.

—A no ser que una de las dos mariconas se llame Liz Taylor —añade Rodolfo.

Hay un instante de silencio, luego una gran carcajada. Leo quiere a Rodolfo, sí que lo quiere.

—¿Y cómo es el nuevo? —dice Rodolfo entre singultos—. ¿Un Chez Maxim's? No, no… Espero que no sea un *wrong blond*, todos esperamos que no, después de Hermann. O quizá sea… No me digas, Leo, que has encontrado…

Leo se queda callado, prefiere excitar su curiosidad. Rodolfo no se ha ligado nunca a nadie, y quizá sea totalmente incapaz de amar. Le gusta ser cortejado y cambiar a menudo de pareja. Dos hombres que viven juntos le parecen patéticos, afirma; uno de los dos acaba siempre haciendo de criada. Y él vive bien con su agenda repleta de direcciones internacionales.

—¡No me digas que has encontrado un Vondel Park! ¡No me lo puedo creer!

—Todavía no he hablado con él. Sabes cómo actúo yo en este tipo de situaciones. Tú ya te lo habrías llevado a la cama.

—Leo, espero que no se trate de un Whitman. Estás en París para reciclarte un poco y no encuentras nada mejor que caer en un Whitman.

—De momento no te puedo decir nada —responde Leo riendo.

—¿Pero sabes ya dónde vive? Organiza una fiesta en tu casa. Invítalo. Podría acercarme hasta París para echarte una mano.

Leo cambia de tema radicalmente, luego empieza a despedirse. Sobre Hermann no pregunta nada. Cuelga el teléfono, va a la cocina y llena un vaso con hielo. De entre sus rones preferidos —un Barbancourt cinco estrellas, un Myers's, un anónimo ron venezolano, un Old Monk indio— elige el más adecuado: el de Haití, el más ligero

y al mismo tiempo el más aromático. El ron es quizá la única pasión que logró transmitir a Hermann.

El cielo de París se refleja en la ventana de su baño. Las otras habitaciones dan a un patio interior. Leo se sienta en el borde de la bañera y piensa en Thomas. Sin lugar a dudas, Thomas no es un Chez Maxim's. No es una persona que a primera vista todos considerarían su tipo ideal, el tipo que acoge con los brazos abiertos sin mirar, examinar, probar. A Chez Maxim's uno va sabiendo lo que se va a encontrar, diría Christopher Isherwood. Es Chez Maxim's: por lo tanto, es lo mejor. No hay que preguntarse si de verdad es bueno. Vemos a un chico apuesto y bronceado, sólido, con un rostro bien esculpido y el cuerpo con todo lujo de músculos y huesos, y enseguida lo identificamos con nuestro sueño y decimos qué guapo y qué bueno, aquí está el boy de mi vida, el *top.* Pero no es así. El encuentro se convierte en algo únicamente simbólico y su significado en realidad es cero. Se busca y rebusca el Chez Maxim's incluso en Anatolia, donde sería mucho más idóneo un pícnic rápido con quesos de cabra y lechuga. Este es el tipo Chez Maxim's. Pero Thomas tiene un *allure* interior y una mirada que hacen pensar decididamente en otra cosa.

Probablemente, piensa Leo, no es tampoco un Whitman, en el sentido definido por Allen Ginsberg. Considerando a sus compañeros y relacionándolos con sus parejas anteriores, Ginsberg dijo que hubiera sido capaz de remontarse hasta el amante de Walt Whitman en una cadena de cópulas sucesivas equiparables a cuartos de nobleza. El Whitman es un tipo muy común en el gueto homosexual. Hurgas un poco y descubres que todos se han acostado con todos. Teóricamente, según Ginsberg, una única cópula sodomítica,

universal y paralela a la de Adán y Eva. Sin embargo, Thomas no es para Leo ni un Chez Maxim's ni, por lo que sabe de él de momento, un Whitman.

No es tampoco un *wrong blond,* definición que en 1939 Wystan Auden dio de Chester Kallman, quien se convertiría en el compañero de su vida. Parece que Auden, nada más llegar a Estados Unidos, se prendó de un tipo rubio, Walter Millar, estudiante del Brooklyn College, al que conoció después de un recital de poesía de la League of American Writers. Millar colaboraba en la revista literaria del College, *The Observer*, de la que era redactor Chester, de dieciocho años. De modo que Auden concedió una cita a este, convencido de que, para la entrevista, iría acompañado por Miller. Sin embargo, cuando vio que en su puerta se había presentado solo el rubio Chester, Auden pasó a la otra habitación y murmuró a Isherwood, con quien compartía piso: «Es el rubio equivocado». A las pocas horas, como cuentan sus biografías, Chester Kallman se habría convertido para él en «el único rubio posible». Thomas no es un rubio equivocado, o sea, el único rubio posible. En la vida de Leo, Hermann es el que definitivamente ejerce ese papel. Y además Thomas no es rubio.

Más bien podría ser un Vondel Park. De hecho, en su aspecto físico sobrevive el tipo nórdico de los años setenta. Una supervivencia física no evocada por el atuendo, no imitada por las modas ni reproducida por la ropa, que inmediatamente habla del alma y del *background.* A un Vondel no lo encontraréis nunca en las revistas de moda, como ocurre, en cambio, con el Chez Maxim's. El Vondel tiene siempre algo que se te escapa, algo ligeramente corrompido y vivido, un no sé qué de *délabré.* Por poner un ejemplo:

las yemas ennegrecidas por los cigarrillos liados con picadura de tabaco.

¿Entonces? ¿De qué tipo es Thomas? Leo vuelve a la cocina. Se sirve otra copa de ron. Va al dormitorio. Pone algo de música y se desnuda. Thomas no es nadie, se dice Leo; de momento, Thomas no es absolutamente nadie.

El piso de Leo ahora está completamente iluminado y lleno de gente. Nunca hay vasos suficientes, a pesar de que Michael y él lleven más de media hora en el fregadero reciclando los usados. El salmón ahumado casi se ha acabado, las truchas de Lorum han desaparecido en pocos segundos, quedan todavía un par de bandejas de *charcuterie,* las peras con camembert y nueces, los buñuelos de queso. En la cocina hay una caja de burdeos que Thomas abre usando un cuchillo de hoja de sierra. Leo enjuaga los vasos y mira a Thomas encorvado sobre la caja. En la habitación se ha creado una intimidad doméstica y viril que Leo aprecia y saborea con satisfacción. Cada dos o tres minutos alguien entra en la cocina pidiendo un vaso, un plato, un cenicero limpio, una botella de Sancerre. Ninguno de los tres responde y se ríen socarronamente entre ellos. El intruso comprende que podría quedarse horas rogando a los tres caballeros que lo escuchan y que ninguno de ellos lo ayudará. Por lo tanto, se marcha derrotado, suscitando nuevos comentarios.

Michael ha llevado a la fiesta media docena de invitados, entre ellos la corresponsal del *Women Journal*, un escultor neozelandés que disfruta de una beca en la École des Beaux-Arts, un par de

músicos de su banda y por supuesto Thomas, al que ha arrastrado aposta para Leo, utilizando como tarjeta de presentación las horas transcurridas tocando juntos en la fiesta de Bernard. Por su parte, Leo ha invitado a gente del ambiente editorial parisino, a algún periodista italiano con el que mantiene buenas relaciones, a un escritor argentino que vive en los alrededores. Estos son los invitados que Leo conoce o que, de alguna manera, le han sido presentados. Del resto de la fauna que abarrota su piso y entre la cual los invitados oficiales se pierden como tropezones de fruta escarchada en una *cassata* siciliana, él no conoce a nadie. La fiesta empezaba a las nueve. Hasta las diez no hizo otra cosa que contestar al timbre de la entrada y estrechar manos pronunciando palabras de cortesía en tres o cuatro idiomas. Un poco más tarde, en cuanto vio que la fiesta ya estaba bien encarrilada y que podía continuar perfectamente sin él, se retiró a la cocina para lavar vasos y fumarse un cigarrillo en paz. Había rozado el hombro de Thomas, que aún seguía al piano, y le había agradecido su presencia con una sonrisa. Sin pronunciar palabra. Poco después, Thomas fue a verlo a la cocina acompañado por Michael. Y ahora, silenciosamente, riéndose de vez en cuando, se encuentran en perfecto equilibrio.

Leo siente la presencia de Thomas, a poca distancia de él, como un aliento de ternura en el que desea ser incluido cuanto antes. Quisiera acariciarle el rostro y estrecharlo entre sus brazos. No tiene palabras que decirle, puesto que siente que Thomas ya ha empezado a conocerlas. Cuando Leo pronuncia una ocurrencia dirigida a Michael, advierte que Thomas la capta. Nota que lo está mirando y si, de momento, no puede estar seguro de cómo acabará la noche, o el próximo encuentro, sabe que Thomas está hecho para

él y que él puede llegar a ser importante para el otro. Cómo puede ocurrir todo esto, Leo no sabe decirlo. Muchas veces ha perdido el tiempo persiguiendo a alguien que no estaba hecho para él. Todo era difícil, con extenuantes llamadas, citas continuamente aplazadas, estrategias a base de seducciones, apariciones en ciertos lugares sabiendo que el otro lo iba a ver, viajes en tren, comidas en compañía de personas con las que jamás habría intercambiado una palabra. Por entonces Leo era más joven. Necesitaba un compañero y ese compañero tenía que buscárselo. Luego, un día, llegó Hermann y desde entonces todo había cambiado.

Ahora Leo sabe que en este género de cosas es necesario esperar, tener paciencia, concentrarse en sí mismo, con la seguridad de que en el momento en que el otro haga su aparición será más fácil entrar en sintonía. Así está ocurriendo con Thomas. Nada más verlo, nada más sentir su presencia, supo que entraba en el juego con todo su ser. Aunque no hubiera podido contactar con él a través de Michael, habría vuelto a ver a Thomas en algún sitio y, de esto estaba bien seguro, con extrema facilidad. Nadie puede mantener distantes a dos personas que se pertenecen y que se están buscando, puede que incluso desde hace mucho tiempo y desde muy lejos.

Thomas está aquí, a su lado, y esto de momento es suficiente. Siente que el otro le está mostrando su disponibilidad, aunque de forma todavía inmadura e imperfecta, quizá sin ser consciente de ello. Leo tendrá que acrecentar esa atención, aún solo externa y casual, que Thomas le está prestando. Tendrá que acercarse a él con discreción, demostrarle su seriedad y su interés. Tendrá que hacerle entender que si en ese momento desea su cuerpo y su

intimidad, con el mismo ardor, si todo va bien, deseará su compañía. Deseará que Thomas se convierta en su amigo. En el compañero a cuyo lado pasar el resto de su vida.

El chico está inclinado sobre la caja de cartón. Michael le pregunta si todo va bien, si necesita ayuda. Thomas le responde con un gruñido, ¿por qué no iba a ser capaz de abrir aquella caja de burdeos?

Desde el fregadero, Leo se da la vuelta y lo acaricia con la mirada. Ambos buscarán luego la manera de rozarse al sacar las botellas y apoyarlas sobre el mármol blanco de la mesa de la cocina. Durante toda la noche, cada vez que se encuentren uno frente al otro, sus manos, sus brazos, sus hombros, sus piernas se tocarán de forma totalmente invisible para los ojos extraños. Leo pone su mano en el hombro de Thomas, pidiéndole que le abra paso entre la multitud de invitados. Ahora es Thomas quien le apoya una mano en la cadera, desplazando ligeramente a Leo de su trayectoria. A medida que la fiesta transcurre, los dos crean un lenguaje entre sus cuerpos, un código que nadie puede descifrar aún, puesto que desconocen la palabra clave: atracción. Entre Leo y Thomas ya ha surgido, y empieza a aumentar, minuto a minuto, una energía que saca fuerza solo de sí misma, de los contactos fingidamente casuales, de los ligeros roces, de las miradas mudas. No se han hablado todavía. Las palabras no están contempladas en este momento que para los dos es primordial, arcaico, en el cual la vida llama a la vida a través de la más profunda energía de la especie. Las palabras, con su sofisticación biológica, conseguirían solo confundir un momento que no se expresa a través de ningún lenguaje, a excepción de aquel,

incrustado en la parte más profunda de la corteza cerebral, propio de la lucha por la vida.

Hacia medianoche, los invitados de Leo se han reducido a media docena. Las visitas oficiales se despiden agradeciéndole la cena y la hospitalidad. Leo los acompaña y baja con ellos hasta la calle donde, de nuevo, se dan la mano, y espera en el umbral a que los coches se marchen. Repite esta secuencia un par de veces. Cuando por fin cierra la puerta del piso a sus espaldas, resoplando un poco por el cansancio, se da cuenta de la total devastación. Botellas sobre las mesas, ceniceros repletos hasta los bordes, sobras de comida esparcidas en platos amontonados en las repisas, en los alféizares, en los radiadores. En un rincón, cuatro invitados charlan bebiendo coñac. Alguien está cambiando la música en el estéreo. No ha vuelto a guardar los discos utilizados durante la fiesta y ahora Leo los ve, con horror, todos apiñados en un rincón, entremezclados y al alcance del polvo, de las salpicaduras de champán, de la ceniza.

En la otra habitación, Thomas charla con Michael. Propone acercarse a Les Halles para unas cervezas y luego, quizás, un poco de música en el Baiser Salé. Leo dice que muy bien, pero pide diez minutos para arreglarse. Va a su habitación y se echa en la cama. Estira el brazo hacia la mesilla y rebusca con la punta de los dedos la caja del hachís. La coge, la abre, elige una china de costo y se prepara una pipa. Tiene ganas de quedarse a solas con ese chico. Se pregunta si será esta la noche idónea. Depende de él, de su energía, de su capacidad de seducción. De la disponibilidad de Thomas. Demasiadas cosas, mejor dejarse llevar por el costo, que ya empieza a dilatarse en sus pulmones como una etérea pompa de atontamiento.

El día siguiente, ya casi de noche, Leo llama por teléfono a casa de Thomas. Le contesta la voz de una chica que le pide que espere un momento. Leo empieza a dar vueltas alrededor de la mesa de su estudio sujetando con una mano el aparato. Por fin reconoce la voz de Thomas. Se saludan. Thomas le cuenta cómo acabó la noche y Leo se disculpa por haberse quedado dormido. Sin embargo, hay algo que le inquieta en el tono de voz y quizá también en las pausas del relato de Thomas. No son tan desconocidos como para poder recurrir a eficaces fórmulas de cortesía, pero tampoco se conocen lo suficiente como para mantener una conversación normal. Son dos personas que se están buscando, dos individuos que, en realidad, no saben todavía nada el uno del otro, aparte de los detalles exteriores de la personalidad o de los que se encuentran en cualquier carnet de identidad: altura, profesión, lugar de nacimiento, edad.

—Me gustaría pasar una noche a solas contigo —dice por fin Leo cambiando el tono de voz, poniéndose más serio—. Podríamos ir al teatro, o al cine…

—¿Cuándo?

—Incluso esta noche, si tienes tiempo.

Thomas titubea.

—El próximo viernes hay un concierto en el Zenith. Voy a ir con unos amigos. Nos podríamos ver allí.

A Leo no le entusiasma la sugerencia. Le ha dicho «te quiero ver a solas» y Thomas le está proponiendo una excursión en grupo. Así que prefiere no contestar.

—¿Te veo el viernes? —insiste Thomas.

—No lo sé, la verdad —se le escapa sin querer a Leo. No le gusta que las cosas vayan de manera distinta a como las había planeado.

Thomas se da cuenta.

—Yo también quiero verte —dice dulcemente—. Intenta ir el viernes.

La noche del concierto Leo llega tarde a las puertas del teatro. Le ha entretenido el moro que le pasa la droga en la cafetería de costumbre. Ha comprado cinco gramos de marihuana, un pequeño envoltorio que lleva bien aplastado en el bolsillo interior de la chaqueta. Quiere probarla enseguida. Llena la cazoleta de la pipa en la calle, ralentizando solo un poco su andadura. La maría es buena, quizás un poco demasiado aromática. Mejor añadir otra pizca de tabaco.

Cuando entra en la sala, ya han sonado los compases iniciales del concierto. Reconoce las primeras notas de un tema, recibido con un estruendo. Una lluvia de claveles rosas cae desde el centro del techo sobre el público. El solista entra en escena diciendo *«Bonsoir, Paris».* Las luces en el escenario parpadean intermitentes, golpes de decenas y decenas de flashes rosa pastel, verde agua, azul claro, naranja, rojo fuego, amarillo, y por fin el blanco deslumbrante de los cañones de luz. Leo se siente eufórico, le tiemblan algo las piernas por la carrera que ha tenido que dar y por la violencia de los gritos, por el hecho de encontrarse sumergido en una multitud, lo que siempre le provoca, en el estadio, en los polideportivos, una sensación inmediata de ahogo. Hasta que no toma conciencia de que ya no es solo un individuo aislado, sino el elemento de un hecho colectivo, no se le pasa. Deja de mirar con sus ojos y empieza a hacerlo con los de la multitud. Se abandona a la música, a los saltos de los que están a su alrededor —una extensión de melenas claras y de rostros muy jóvenes—, a los bailes, a los empujones, a los gritos.

El fragor de la música es ensordecedor. Miles de personas apiñadas en la sala, que sudan, fuman, gritan, bailan, se abrazan, se desprenden de algún indumento haciéndolo girar en el aire, se besan, se empujan intentando acercarse al escenario, allí, al fondo del todo. Leo se mantiene un poco al margen de la multitud, junto a una pequeña barra improvisada donde venden botellas de cerveza. Intenta mirar a su alrededor, dirige la mirada hacia arriba, a las dos galerías repletas de chicos. Nunca conseguirá encontrar a Thomas. Sería un milagro, aunque él, sinceramente, siempre ha creído en los milagros. Bebe otra cerveza hasta que se siente totalmente disuelto en la ola colectiva que salta y canta. Se balancea sobre sus piernas, enciende un cigarrillo, sacude la cabeza.

El concierto lleva ya más de media hora. Luego, durante un vertiginoso solo de batería, un reflector empieza a revolotear entre el público enfocándolo en un estrecho y cegador cono de luz. De repente, Leo se olvida de la música y sigue ese círculo de luz que vaga entre las cabezas de los espectadores, se introduce entre las columnas de la sala, inspecciona el techo y luego toda la platea como un avión de reconocimiento. Y así, de golpe, reconoce a Thomas.

Lo ve un instante en la galería de la izquierda, cerca del escenario, sentado en el suelo y balanceando los pies en el vacío. No está gritando, y si no fuera por el movimiento alterno de sus piernas, parecería inmóvil. Apoya la cabeza en los brazos cruzados sobre la barandilla. Como un chiquillo que mira distraído una película. Leo siente que una marea de ternura le sube por dentro. Intenta llegar hasta él. Sale de la sala, enfila corriendo las escaleras que llevan a la galería, pero cuando se encuentra frente a un muro impenetrable de

gente, más allá de las puertas, se da cuenta de que por este camino no alcanzará nunca a Thomas. Vuelve a bajar a la platea. Quiere que él lo vea, y citarse, aunque sea con gestos, a la salida del local para no perderse entre la multitud. Empieza así a apartar a la gente, a pedir paso entre los grupos de chicos, a introducirse entre ellos derramando cerveza, restregándose contra hombros y espaldas sudadas, a ganarse metro a metro el centro de la platea. Se mueve como en el interior de un laberinto, dando pasos hacia un lado, avanzando unos metros, retrocediendo hacia la parte opuesta, cambiando continuamente de dirección. Aprovecha los espacios invisibles entre cada cuerpo. Cuando llega a un punto muerto, se abre paso con decisión. De vez en cuando levanta la cabeza hacia la galería. Thomas sigue allí, a no más de veinte metros de distancia, y aun así, inalcanzable.

El ritmo de la música es cada vez más fuerte. Los golpes de la batería electrónica, lanzados a miles de vatios, hacen vibrar la cúpula de la sala. La luz en el escenario es de un rojo intenso. Los espectadores se retuercen, menean las caderas, se contonean convulsivamente, aunque siguiendo un ritmo preciso. Hay gente que salta, otra que grita, melenas que oscilan frenéticas, brazos tendidos hacia arriba, rectos, larguísimos, rizos negros, nucas chorreantes de sudor, espaldas, piernas, bustos que oscilan y se agitan. Leo se encuentra de repente en medio de un grupo de cinco o seis chicos que bailan en círculo defendiendo casi salvajemente su porción de espacio. En el suelo han amontonado chaquetas, abrigos, bolsas, jerséis, bufandas. Las chicas del grupo lo rodean riéndose, se aprietan contra él, se chocan con él con rápidos toques de cadera, enredándolo en el baile. Leo sonríe y grita algo. Una chica lo abraza,

lo besa, intenta agarrarlo. Leo logra alejarse avanzando un poco más hasta llegar debajo de la galería. Empieza a llamar a Thomas, a agitar los brazos, a hacer gestos para atraer su atención. Todo es inútil.

De golpe, la música se interrumpe, las luces se apagan y solo queda el globo de espejos que envía sobre las paredes de la sala y sobre los cuerpos de los espectadores el brillante reflejo de las lentejuelas que giran. El concierto se ha acabado. El público silba, grita, chilla. Pide el bis. Leo sigue llamando inútilmente a Thomas. De improviso, toma cuerpo en la gran sala un ritmo diferente, al principio casi indistinguible, luego cada vez más definido y arrollador. Avanza desde el fondo, desde la galería, desde los palcos, para recaer sobre la platea. El fragor absorbe gradualmente todos los demás gritos, los demás chillidos, los silbidos, los aplausos. Están pateando el suelo de madera, primero diez, luego cincuenta, luego cien y ahora dos mil. Hay una atmósfera irreal, como si una tribu primitiva hubiera empezado una danza de guerra: ni una voz, ni un grito, rostros tensos, graves, las mandíbulas apretadas, los puños cerrados. Solo un estruendo violento, angustioso. Después, como arrastrado por otra ola, nace el eco de un aplauso que arrolla al público y lo induce a dar palmas cada vez más fragorosas, con un ritmo acelerado. Y cuando la velocidad se hace insostenible, todo el teatro explota en un retumbo. Las luces se vuelven a encender en el escenario, cegadoras, humeantes, una, dos veces. El grupo regresa a escena y empieza a tocar una endiablada versión de *I Feel Love.*

Por encima de la cabeza de Leo, a no más de tres o cuatro metros, sobresalen las piernas de Thomas. Leo lo mira con rabia. Se agacha, recoge un clavel masacrado, lo recompone un poco y lo

lanza al aire, llamándolo una vez más. Sin embargo el clavel cae a poca distancia. Entonces Leo retrocede unos metros en busca de la chica que poco antes lo ha besado. La agarra por un brazo y le da a entender que quiere llevarla a hombros. Ella se ríe de alegría. Le pone una flor en la mano y le señala a Thomas. Se agacha, la sube en sus hombros, a caballito, y avanza tambaleándose hacia la galería. A su alrededor todos están excitados. Ven avanzar esa especie de torre y empiezan a bailar en torno a ella. Leo teme que le fallen las fuerzas, suda, se esfuerza por no caerse en el intento de absorber los empujones de quienes bailan a su lado y las sacudidas de los que lo rodean. Pero tras unos metros, la gente se agolpa de tal manera que Leo solo puede avanzar apuntalándose alternativamente en las personas que se le echan encima. Llegan hasta Thomas. La chica, tendiendo los brazos, casi puede rozarlo. Todavía faltan unos centímetros. Solo queda una cosa por hacer. Leo se afianza sobre las piernas e intenta dar un salto. La chica, al vuelo, toca los pies de Thomas, que por fin se da cuenta de lo que está ocurriendo debajo de él. Se asoma y reconoce a Leo. La chica le lanza la flor antes de que Leo, agotado, la vuelva a dejar bruscamente en el suelo.

—¡Estoy aquí! —grita Leo agitando los brazos.

Thomas sonríe.

—¡Espérame, ahora bajo! —grita.

—¡Ven! —dice por señas Leo.

Thomas se levanta y empieza a recorrer la galería deslizándose entre el público. Desde abajo, Leo quiere seguir su recorrido avanzando en paralelo. Pero es imposible. Thomas alcanza la barandilla y gesticula para decirle a Leo que no conseguirá bajar

hasta que el concierto acabe. Están desilusionados y resignados. Intentan comunicarse el lugar de la cita, aunque eso también es imposible. La luz en la sala es intermitente. Se alternan momentos de oscuridad con otros de luz cegadora. De pronto Leo divisa a Thomas a punto de saltar la barandilla. La intermitencia de los flashes estroboscópicos le impide entender muy bien lo que está pasando. Luego intuye que Thomas va a descolgarse desde arriba. Se sujeta a los brazos de algún chico y empieza a columpiarse en el vacío. Todos se dan cuenta de lo que ocurre. Gritos, chillidos, aplausos, chicos que levantan las manos como si esperasen la caída de un ángel. También Leo extiende los brazos. La música está muy alta. El cañón de luz que revolotea sobre las cabezas del público se detiene de golpe sobre ellos. Enfoca las manos extendidas, los cantos, los bailes, las risas, los gritos de ánimo, como los de unos hinchas en el estadio. Thomas se estira hacia la platea. Desde abajo, Leo ya puede rozarle los zapatos. Los chicos de arriba, sin embargo, todavía lo sujetan por los brazos. Tironeado por ambos lados, Thomas parece un fantoche que oscila, como si se lo disputaran dos bandas rivales. En su rostro hay alegría y excitación. No puede quedarse así mucho más. Leo insiste en que se tire. Al final Thomas se lanza y cae sobre una selva de brazos tendidos y cuerpos acalorados. Hay un estruendo infernal, un grito de alegría, de liberación, el de quien por fin ha conseguido su trofeo. Leo se lanza sobre Thomas e intenta levantarlo.

—¡Me alegro de verte! —le grita, pegando los labios a su oreja para hacerse entender.

Thomas aún no se lo cree. A duras penas, agarrándose a todo lo que tiene al alcance de sus manos, logra por fin levantarse. Leo lo

mira orgulloso abriendo los brazos. Thomas se amolda a ese abrazo, se funde en él, se ciñe a Leo apoyando la cabeza en su hombro. Leo le acaricia el pelo. Están cercados por una muchedumbre que los estruja, los empuja, los jalea, los zarandea. Ellos no se despegan, se quedan agarrados en aquella marea oscilante de gente excitada. *I Feel Love* acelera su ritmo cada vez más. Los labios de Leo buscan la boca de Thomas. Desde el escenario lanzan humo de colores. Y así, entre el alboroto que marca el final del concierto, entre aplausos, gritos, coros, silbidos de alegría y vapores que los envuelven, que por un instante los hacen invisibles, se intercambian, aferrados hasta casi hacerse daño, el primer beso de su vida.

A la salida del teatro la multitud tarda en disolverse. Grupos que comentan el concierto, chiquillas que corren de un lado a otro de la calle para intentar conseguir un autógrafo del cantante del grupo. Thomas se ha despedido de los amigos con los que ha ido al concierto y ahora está allí junto a Leo, incapaz de elegir las palabras apropiadas, trastornado, excitado, cansado.

—Quiero que te vengas a mi casa —dice por fin con voz temerosa —. Ven. Te lo ruego. Quiero que entres en mi casa.

Leo lo reconforta acariciándole la cara y deslizándole los dedos por el pelo. Un autobús pasa veloz y los ilumina con la luz de los faros.

—Vale —dice Leo—. Cojamos un taxi y larguémonos de aquí.

La casa donde vive Thomas está en Montmartre. Una calle oscura cuesta arriba. Algunas viejas prostitutas, paradas en la acera, que los miran al bajar del taxi. Edificios con las fachadas algo deterioradas. Suben a pie al tercer piso. Entran en una habitación

amplia, con el techo estucado con molduras modernistas de color marfil. Hay un rosetón central del que cuelgan restos de cables eléctricos. Un ventanal ocupa un lado de la habitación. Enfrente hay una cama y, en la pared opuesta a la entrada, un piano vertical encajado entre una serie de baldas llenas de libros, pero sobre todo de cuartillas, partituras, cajas de colores de las que asoman papeles, y algún animalito de peluche. Thomas enciende un pequeño foco azulado, cierra la puerta y abraza a Leo, invitándolo a tumbarse en la alfombra junto al radiador.

¿Cómo será mi nuevo amor?, se había preguntado Leo innumerables veces, desde que tomó la decisión de acabar de una vez por todas con Hermann; una decisión que tardó más de un año y medio en hacerse realidad debido a las inevitables recaídas, a la pasión que tardaba en desaparecer, a los impulsos de su cuerpo. ¿Con qué aspecto vendrá el amor a mí, en qué cuerpo se mostrará de nuevo? Porque el amor es único, piensa Leo, e incluye tanto a Hermann, o su recuerdo, como toda experiencia por venir. El amor es absoluto, no recibe órdenes, no se puede acelerar, evitar, guiar. El amor es totalidad y plenitud. Es por eso que Leo estaba seguro de que volvería a él, pero lo que no sabía exactamente era de qué manera, las circunstancias con las que el amor le enseñaría, de nuevo, su cara. Y ahora, tendido junto al cuerpo excitado de Thomas, ya conoce el rostro con el que el amor ha vuelto a entrar en su vida.

El amor es ahora un cuerpo espigado y enjuto, con miembros todavía adolescentes, suaves, sinuosos y nobles. Es una cara alargada con fuertes mandíbulas cuadradas. Es un par de ojos intensos y negros sobre los que, de vez en cuando, cae un flequillo

de color miel oscura. Es una manera especial de mover las manos o de dejarlas colgando paralelas a las piernas. Es finalmente una voz, la entonación de un beso ahogado, la emoción de una carcajada sonora y abierta. Es la sobriedad de las formas, la esencialidad, el encanto de una entidad que, en el presente estado de ese sueño, responde al nombre de Thomas, crea música con sus manos, besa con sus labios color púrpura, ama con los flancos tensos. Leo roza con los dedos el cuello de Thomas, sube hasta la oreja y el nacimiento del cabello. Cierra los ojos y una sonrisa de paz le relaja los labios. Siguen sentados en la alfombra, las espaldas apoyadas contra la pared, las piernas estiradas hacia delante. Leo se inclina sobre Thomas, lo está besando, rozándole con los labios cada hueco de la cara. El abrazo es cada vez más estrecho, en la búsqueda de un contacto total. Los sexos chocan en una escaramuza todavía imperfecta, contenida por la ropa, confusa. ¿Cuánto tiempo hacía que Leo ya no sentía a su lado la presencia de un deseo tan intenso e imperioso como este? ¿El olor de un muchacho, de su pelo, del sudor sutil de sus hombros, los movimientos de un cuerpo abandonado entre sus fuertes brazos, los estremecimientos de los músculos al contacto de sus grandes manos? Thomas le está ofreciendo todo esto con una disponibilidad interior que Leo percibe vibrante y adulta.

Se arrodilla junto al cuerpo tendido de Thomas. Lo contempla deslizando sus ojos primero por las rodillas puntiagudas, luego por los muslos bien torneados y todavía comprimidos en los vaqueros. Vuelve a descender por las piernas, las acaricia, las besa, detiene su mirada en los pies. Empieza a quitarle los zapatos, primero uno y después el otro. Le quita los calcetines y se agacha para besarle los

dedos con los labios. Acaricia los pies grandes y esculturales de Thomas. Advierte la suavidad de su piel, la sequedad de sus dedos, la tensión de los tobillos. Baja con la lengua para besarle el empeine de cada pie, levantándolo un poco y sosteniéndolo en el hueco de sus manos como en una copa. Se acaricia la cara con las extremidades de Thomas, las aprieta con ardor allí donde él es finitud y separación.

Thomas tiende los brazos para tocarlo pero no puede alcanzar a Leo, encogido como está. Los ojos se hinchan, los humores rebosan.

—Leo —susurra—, *Komme hier, mein Lieber Komme*.

Leo eleva lentamente los ojos. Ve los de Thomas abiertos de par en par y como asustados, trepidantes, allá en lo más hondo.

—Te amo —le dice arqueándose sobre él.

—Te amo —repite Thomas con un profundo suspiro de abandono, antes de acogerlo en sus labios.

Permanecen así durante unos minutos, rodando sobre la alfombra hacia el centro de la habitación. Leo nota los dedos de Thomas que buscan el contacto con su piel desnuda, le desabrochan la camisa, la echan a un lado. Entonces se levanta, le rodea la espalda con un brazo mientras con el otro le agarra por debajo de las piernas. Se agacha un instante, se afianza y lo levanta. El corazón le late más fuerte, justo donde Thomas ha apoyado la cabeza. Se dirige hacia la cama, que en realidad solo está a unos diez pasos, pero que él ve como un recorrido eterno, como el de una madre con el hijo en brazos. Siente que Thomas se arquea, agarrado a su cuello, con la intención de aliviarlo un poco del esfuerzo. Percibe la tensión de sus músculos, como una molestia en sus mandíbulas cerradas, pero no le gustaría privarse de aquel peso, del placer que los dientes y los

labios de Thomas provocan en su pecho. Ya cerca de la cama, acelera el paso. Thomas se ríe preparándose para la zambullida. Caen con violencia sobre el espeso edredón de plumas, dejando una huella bien definida, como si hubieran aterrizado sobre una capa de barro mojado.

De nuevo juntos, unidos, entrelazados en el calor de la cama. Quizá fuera suficiente para su primer encuentro. Hay un momento de laxitud que atraviesa la mirada de Leo, la tensión de su cuerpo, y que podría significar solo temor, miedo por lo que le espera. Quizá sea mejor hundirse en el sueño así, respirando el uno en el otro, calentándose recíprocamente en la cama de Thomas. Sin embargo, Leo sabe que tiene que esforzarse, ser consciente de sí mismo, superar el obstáculo que el amor está construyendo entre ellos. Su historia, su mutua atracción, es sin duda física; tiene que ver con la belleza de los cuerpos, la seducción de una mirada, el color de una mejilla o la agilidad de unos andares. Pero también es algo más. Mucho más. Es por eso que Leo percibe, ya cerca de la completa intimidad, el temor por lo que va a ocurrir, el miedo a estropearlo todo si no llegaran nunca a encontrarse en la prueba extrema de la confrontación de los cuerpos. Es el momento del silencio antes de la lucha.

Pero Thomas, como si hubiese captado los titubeos de Leo, se acurruca a su lado, adhiriendo su cuerpo al de él. Le coge los brazos y con ellos se rodea el pecho como si fuera él, ahora, el que lo llevara a hombros. Leo empieza a empujar, Thomas lo guía con los movimientos de las caderas y con la mano. De pronto, Leo se da cuenta de que ya está en él. Nota un ligero dolor en la ingle y una sensación de cohesión que le llega hasta el cerebro. Y calor. Una

reconfortante sensación de calidez, de intimidad. Le gustaría hablar, intentar expresar con palabras lo que siente, la gratitud por el regalo de Thomas. Pero las palabras se pierden en su mente, sabe que existen y que tienen un papel esencial en lo que está ocurriendo, pero es como si no pudieran salir de sus labios. Son lanzadas al ruedo de su mente, cada vez más rápidas, como las bolas numeradas de un bombo de lotería. Vagan de un lado a otro, rebotan, brincan, pero no pueden salir. Y Leo es consciente de que todo esto no tiene ningún sentido, que el sentido está en el cuerpo de Thomas, en la calma jadeante que le está ofreciendo, en el placer de ser acogido, por fin, en el mundo de otro.

La primera luz de la mañana entra en la habitación. Thomas duerme un sueño ligero, hecho de pequeños e imperceptibles ajustes de la postura. Sus ojos se abren y ven a Leo de pie junto a la cama, en silencio, cohibido.

—Buenos días, Thomas —suspira Leo con la voz temblorosa.

Thomas no responde al saludo. Vuelve la cabeza lentamente hacia el brazo donde tiene clavada la aguja hipodérmica. Controla, con lo que parece un esfuerzo excesivo, el nivel del gotero de glucosa que lo alimenta.

Leo se acerca a él. Le toca la mano.

—¿Cómo estás?

Thomas lo encuadra con la luz de sus ojos negros. Aparta la sábana y le hace un gesto con la cabeza señalándole el vientre. Una tira de gasa blanca y esparadrapos lo cubre desde la ingle hasta el centro del pecho. De la cadera izquierda sobresalen unas cánulas

que descienden hacia la parte oculta de la cama. El padre de Thomas, de pie en una esquina, lo tapa en un instintivo gesto de pudor. Fue él quien llamó a Leo para decirle, entre sollozos, que viniera a Múnich.

—Mi hijo quiere verlo. Dese prisa, porque no nos queda mucho tiempo.

Leo estaba en su casa de Milán. Cogió el coche, viajó toda la noche y llegó a la clínica. Han transcurrido cinco días desde la operación quirúrgica y diez desde que Thomas empezó a notar un insoportable dolor en el vientre. Punzadas que le desgarraban la carne, ardores como ácidos que le disolvían los intestinos. Y el abdomen dilatado de manera muy extraña y nada natural.

Leo nunca se hubiera imaginado encontrarlo tan agotado. Obscenamente flaco, casi momificado. El rostro chupado, tirante en los pómulos. Los labios casi inexistentes, reducidos a un sutil hilo de piel que no logra cubrir los dientes. El pelo rapado al cero. Los brazos y las piernas como los de un niño desnutrido. Y aquel vientre enorme, revuelto y despedazado. Del Thomas que había conocido quedaban solo los ojos, increíblemente más grandes aún, más dilatados, más negros. Son ojos que se mueven con desgana, que se quedan prácticamente quietos y en los que las pupilas casi han desaparecido. Son dos agujeros negros, abiertos de par en par al vacío y que parecen repetir obsesivamente solo una cosa: «No me lo puedo creer, no me puedo creer que me esté pasando a mí».

—Por favor, papá, déjanos solos —dice Thomas.

También su voz, un soplo apenas perceptible, es otra. Grácil, infantil, femenina.

Su padre sacude la cabeza como pidiendo explicaciones.

—Tengo algunos secretos —dice Thomas, esforzándose en aliviar, con una sonrisa, el azoramiento del padre. Recurre a un código familiar, probablemente el mismo de cuando era niño y se apartaba con sus amigos «para sus secretitos», lejos de la mirada de los padres.

El padre mira a Thomas dándole a entender que va a salir.

—Solo cinco minutos —añade.

Aguardan en silencio a que el hombre salga. Ya solos, Leo se sienta en la cama, le toma la mano y se la acerca a la cara.

—Apriétame la mano, te lo ruego —dice Leo—. Apriétamela fuerte.

—He tenido tanto miedo de morir —susurra Thomas mirando fijamente al frente.

Leo traga saliva. Siente el calor de la piel de Thomas, pero también su ausencia. Es como si la enormidad de lo que ha tenido que soportar ya lo hubiera matado. Como si el horror —que lo está invadiendo hora tras hora, inexorablemente— lo hubiera ya anulado del todo. Leo ha visto otras veces aquella mirada. La mirada de un niño palestino al que están a punto de matar. De un negrito agonizante junto al cuerpo de su madre, reventado por las bombas. La mirada implorante de un indito del Amazonas ante el exterminio de su raza. La mirada de quien se muere e implora, sin esperanza, una ayuda que no le darán. Niños, niños. Y Thomas, niño, que se dirige a su padre como hace tantos años.

—Ya verás como saldrás pronto. Lo más gordo ha pasado. Intenta recuperarte un poco. Te llevaré a España. Nos pararemos en el Gran Hotel de Zaragoza para jugar al bingo. Lo que tú quieras… Empecemos, primer número, el sesenta y nueve, seis nueve. Luego el ochenta y siete, ocho siete. ¡Línea!… ¡Han cantado línea!

Durante años se han divertido pronunciando estas frases, cantando todos los números del bingo. Ahora Leo intenta sonreír, sin convicción.

—Tú estás bien, ¿verdad? —lo interrumpe Thomas.

Leo se siente incómodo por su propia integridad física. Le gustaría decir: «No, no estoy nada bien, mi amor», pero es consciente de que tiene que ser valiente y de que, por fin, Thomas ha advertido su presencia. Entonces siente la necesidad de tocarlo de una forma diferente. Le destapa las piernas y las acaricia lentamente, desde las rodillas hasta los glúteos desnudos, le roza el sexo y la ingle afeitada.

—Te encuentro siempre tan sexy —acaba diciendo.

Thomas vuelve la cabeza hacia el otro lado y entorna lentamente los párpados. Él lo vuelve a tapar.

El padre regresa. Leo entiende que tiene que irse. Thomas ha sido devuelto, en el momento final, a la familia, a las mismas personas que le dieron la vida y que ahora, con el corazón devastado por el sufrimiento, están intentando ayudarlo a morir. No hay lugar para él en esta reconstrucción familiar. No se ha casado con Thomas, no ha tenido hijos con él, ninguno de los dos lleva en el registro civil el nombre del otro y no existe ni una sola acta canónica sobre la faz de la tierra donde aparezcan las firmas de los testigos de su unión. Sin embargo, durante más de tres años se han amado con pasión, han vivido juntos en París, en Milán, en toda Europa. Han escrito juntos, han tocado, han bailado. Se han peleado, se han maltratado, incluso han llegado a odiarse. Se han amado. Pero es como si, de pronto, junto a aquel lecho de agonía, Leo se diera cuenta de que había vivido no una gran historia de amor, sino una pequeña aventura

colegial. Como si le dijeran: «Os habéis divertido, y eso está bien. Pero aquí estamos luchando por la vida. Aquí la vida está en juego. Y nosotros, un padre, una madre, un hijo, somos las figuras reales de la vida».

Leo siente entonces la totalidad de su propia vida separada por un abismo de los grandes acontecimientos de la vida y la muerte. Como si hubiera vivido siempre en una zona apartada de la sociedad. Como si su malestar en el mundo, o su felicidad, su vagabundeo, todo se hubiese desarrollado sobre un escenario. Ahora terminaba la función. Los padres y las madres, la Iglesia, el Estado, los registros civiles restablecían su posesión. Volvían a poner orden, sepultaban, entregaban todo al polvo aniquilador de los archivos. Todo menos el insignificante dolor de un chico desconocido.

Leo le estrecha la mano al padre de Thomas. Lo mira a los ojos. La misma cara de Thomas. Si Thomas hubiese llegado a los cincuenta, posiblemente habría sido así, un señor guapo y alto, de modales distinguidos, algo encorvado, y con aquellas increíbles cejas espesas y negras. Pero Thomas se muere. Con veinticinco años. Y él, Leo, que solo tiene cuatro más, se queda viudo de un compañero que parece no haber tenido nunca; y para el cual no existe ni siquiera una palabra, en ningún vocabulario humano, que defina quién ha sido para él, no un marido, no una mujer, no un amante, no solo un compañero, sino la parte esencial de un nuevo destino en común.

Mira a Thomas, al fondo de la habitación, y se despide. Le dice «Hasta pronto, ponte bien», pero Thomas no contesta, ni le dirige la palabra. Lo mira con sus ojos negros, enormes, grandísimos, que se agarran con desesperación, con angustia, con terror, a aquella figura

que sale para siempre de su vida. Leo ya no puede soportar aquellos ojos abiertos como platos. Es lo único que ve. Toda la habitación está hecha de los ojos de Thomas. Baja la cabeza y sale balbuciendo unas frases de circunstancias. Es muy consciente de que llevará dentro de sí durante años, hasta el final, la mirada del niño-Thomas sobre el último lecho de su habitación separada.

Cuando vuelve a Milán es otra vez de noche. Su coche se desliza sobre las calles casi desiertas hasta que llega a casa. Entra, enciende la luz, va a la cocina. Se sienta ante un vaso de cerveza. Se fuma uno, dos, tres, cuatro cigarrillos mientras mira fijamente el televisor apagado. Los objetos que lo rodean le parecen nuevos, o al menos emergen a su mirada habitual con una pesadez inédita. Se da cuenta, casi por primera vez, de que hay una pareja de valiosos jarrones chinos encima del aparador; un velo de polvo ha vuelto opacas las cajas de té indio; la planta, un ficus de más de dos metros, necesita agua, y sus hojas, quizá, ser vaporizadas.

Más allá de la pequeña terraza, el negro muro del inmenso edificio de enfrente oculta toda perspectiva del cielo. La interminable pared de ventanas está apagada y oscura. Hay un silencio grave. Entre los centenares y centenares de personas que duermen a pocos metros de él, Leo es el único que sabe que Thomas se está muriendo. Aunque no lo desea bajo ningún concepto, su vida está cambiando. Y no tiene ni idea de en qué dirección. Se siente como si tuviese que hacer una guardia. Está cansado, sin fuerzas, tiene por delante una noche oscura, solitaria, con un fusil en la mano a la espera de enemigos que no vendrán, de ladrones o de terroristas que no

pasarán nunca por debajo de su garita. Está desganado. Está solo, entre tinieblas vela su propia angustia. Los ojos que hace solo unas horas han visto la muerte ya no miran de la misma manera.

Muchos años atrás, cuando tenía poco más de veinte años, le ocurrió algo parecido. Y al crecer, se había dado cuenta de que aquel hecho particular no había sido más que la superación traumática, violentísima, de la barrera que lo tenía encerrado en su adolescencia, en sus mitos, en sus ilusiones. Casi de repente comprendió que era un hombre. Ya no era el muchacho y ya no era el inmortal. Él, que siempre había pensado en la muerte como en una amiga con quien dialogar durante los oscuros días del colegio —cuando nadie más parecía dispuesto a acogerlo tiernamente en sus brazos—, de golpe tuvo terror a morir. Se vio muerto, consciente de estarlo. Y eso le resultó inaguantable.

En un viejo Opel descuajaringado iba a toda velocidad, junto a dos chicos de los que no sabía absolutamente nada, por las estrechas y rectas carreteras comarcales que se extendían como una telaraña por la gran llanura del Po. En el aire todavía se olía el perfume de la uva recién vendimiada y la niebla se elevaba, en aquel atardecer otoñal, de los fosos y de las acequias; parecía el suave aliento de la tierra a punto de dormirse. Las hojas de los chopos y de los olmos amarilleaban y se marchitaban en las cunetas de la carretera. El olor de la tierra lo invadía por dentro, intenso y vital. Se había asomado por la ventanilla desafiando al frío. Los otros dos cantaban al ritmo del *rock and roll* que salía disparado del estéreo. El que conducía era un tipo flaquísimo, pelo largo y sucio, ropa vaquera. Llevaba unas gafas pequeñas, recompuestas en varios puntos con tiras de esparadrapo, ennegrecidas y pegajosas. Tenía algo de barba en la

punta del mentón y por debajo de las orejas. Le faltaban los incisivos, una ventana negra en la boca, y sus palabras salían deformadas de una manera que Leo encontraba divertida. A pesar de todo ello, ya había abierto con las muelas tres litronas y escupido luego por la ventanilla las chapas junto a un poco de sangre y de espuma blanca de cerveza.

El otro era un tipo guapetón, de buena planta, con el pelo a cepillo. Hacía la mili y estaba de permiso por enfermedad. Sentado en el asiento de atrás, se reía burlonamente. Había pillado ladillas, sarna o algo por el estilo. Le habían salido costras rojizas en las muñecas y en las piernas. Se tenía que poner una crema antiparasitaria de olor nauseabundo. Pero no parecía darle demasiada importancia.

Leo se los había encontrado en el bar de detrás del viejo teatro, en la ciudad. Estaba tomando unas copas, llevaba el pelo largo hasta los hombros y ya no tenía dinero. Una chica del ambiente, que había salido del talego pocos días antes, se le acercó para preguntarle dónde se podía pillar tema con rapidez. Le contestó encogiéndose de hombros, pero ella no paraba de insistir. Por lo que al llegar aquellos dos, el desdentado y el ladillero, todo se desarrolló en pocos minutos. Subieron al coche y se marcharon. Leo llevaba en el bolsillo las cincuenta mil liras de la chica. Esta había desconfiado de dejarles el dinero a aquellos dos. Y ellos, a su vez, como no tenían antecedentes, no la querían llevar porque daba mucho el cante.

Su destino era una pequeña partida de droga. Toxicómanos de medio pelo recorrían los bares para recolectar una suma lo bastante elevada que les permitiera conseguir mejores condiciones de pago a la hora del reparto. Desde hacía meses no llegaba droga y ahora

había un alijo a unos sesenta kilómetros, en un caserío de camino hacia el Po. Por qué había aceptado tan impulsivamente subir a ese coche, él, que no consumía drogas, o por lo menos no de las duras, no sabría decirlo. Su imaginación se había excitado, y esa era razón suficiente. Le habría gustado escribir sobre ello; ir, ver y volver para contarlo. Era razón suficiente. Tenía veinte años y necesitaba historias. Pero la verdadera razón por la que había ido se manifestaría peligrosamente solo unas horas más tarde. Se trataba solo de un viaje de un par de horas, una desgarradora tarde de otoño en la que el sol aún estaba alto en el cielo. Escucharía música, bebería cerveza, vería y sería testigo. No había peligro alguno excepto por la policía, pero sabría cómo defenderse y nunca se dejaría pillar con la droga encima, ni tan siquiera la tocaría. Una hora para ir, una hora para el negocio y otra para el camino de vuelta. Una aventura excitante sin ninguna contraindicación. Todo bajo control.

El coche iba lanzado por las pequeñas y desiertas carreteras comarcales y él respiraba el aire sagrado de su tierra. Y se sentía fuerte, sentía que estaba haciendo lo correcto. Nunca se habría imaginado que para regresar necesitaría, en realidad, años y años.

Llegaron al lugar cuando el sol ya había desaparecido tras la silueta de unos chopos. Aparcaron en un camino rural. Al fondo había un caserío, ningún coche a la vista, ninguna luz, silencio, solo tinieblas.

—¿Seguro que es aquí? —dijo Leo desilusionado.

El tipo que conducía no contestó.

—¡Mierda! ¿Estás seguro de que este es el sitio? —gritó el que iba detrás. Bajó del coche dando un portazo. Se sacó la polla y se puso

a mear.

—Claro que es aquí —balbució el mellado—. Habrán cambiado de sitio. Algo habrá ido mal, ¡yo qué sé!

El otro volvió a subirse al coche blasfemando.

Leo empezó a sentirse molesto. Se dio cuenta de que su terceto de perfectos desconocidos se podía deshacer en cualquier momento. Dijo lo primero que se le ocurrió: «Esperemos un rato, a lo mejor aparece alguien», pero lo dijo sin demasiada convicción. El mellado abrió a su manera la última litrona. Se cortó un labio y escupió sangre. Unos instantes después llegó un coche con las luces apagadas. Bajaron dos tipos. Se acercaron con cautela. Antes de hablar miraron fijamente las caras de Leo y de los otros dos, que habían bajado las ventanillas y permanecían sentados, sin moverse. Parecían animales que se olfatean, dudando de si fiarse o no. Luego uno dijo:

—A ti te conozco, eres amigo de Riccio, ¿no?

El mellado asintió.

—Mierda, aquí no hay nadie —dijo finalmente.

—Puede que estén donde el Bachi —añadió el otro—. Está cerca de aquí.

—¿Quién es Bachi? —dijo el que estaba detrás de Leo.

Nadie le respondió.

—Nos vamos a pasar por si acaso —dijo, aún inclinado sobre la ventanilla—. ¿Qué vais a hacer vosotros?

El mellado arrancó el coche.

La casa del tal Bachi no era exactamente una casa, sino la caseta habilitada de un paso a nivel abandonado. Estaba en el centro de una explanada sin árboles. Desde la comarcal solo se veía la lejana y

pequeña construcción, pero ninguna vía de acceso. Los raíles en desuso corrían paralelos al asfalto. Era un balasto mínimo, parecía de vía estrecha. Quedaba algo más arriba del nivel de la carretera, medio cubierto por la hierba. Por fin encontraron un sendero sin asfaltar por donde torcer. No tenía más de un metro de anchura. Las ruedas del coche tuvieron que seguir las dos profundas roderas trazadas por alguna pesada máquina agrícola. Unos cien metros más allá se toparon con una barra de hierro y un cartel oxidado de PROHIBIDO EL PASO. Leo tuvo un presentimiento, pero duró un instante.

Dejaron los coches detrás de la pequeña edificación de tal forma que no los pudieran ver desde la carretera. Había otros dos coches y algunas motos. Se abrió una ventana y, en la oscuridad, una voz los invitó a entrar. Leo prefirió quedarse en el coche. Se imaginaba que los demás volverían en pocos minutos, cuando no encontraran lo que habían ido a buscar. Pero pasó media hora. Luego una hora. El silencio era irreal, angustioso. Nadie salía de la casa, ningún ruido, ni una luz se filtraba al exterior. Bajó del coche y golpeó la puerta. Nada. Empezó a preocuparse. Los coches seguían allí, por lo tanto tenían que volver. Pero ¿por qué tardaban tanto y por qué nadie salía a decirle algo? Golpeó aún más fuerte. La ventana se abrió y algo de luz iluminó el letrero medio borrado: «Puesto de control, n.º 84».

—¿Qué estáis haciendo? —gritó Leo al desconocido—. ¿Por qué no bajan esos dos?

La ventana se cerró y alguien fue a abrirle. Decidió subir al piso de arriba. Se encontró en una única y gran habitación con algún que otro colchón por el suelo, retales de tela india en las paredes, cojines sucios, lacerados o manchados. Dos perros, viejos y medio pelados,

merodeaban entre la gente tumbada por el suelo. Había tazas llenas de ceniza y colillas, incienso que ardía, cajas de medicinas abiertas, algo de té que se pasaban entre ellos. Serían unos diez. Y Leo se percató de que por lo menos la mitad de ellos estaban completamente colocados. El olor del hachís era fuerte, algunos fumaban, pero había demasiado papel de plata arrugado por todas partes como para no darse cuenta de que se habían metido en vena algo más.

Se acercó al tipo que conducía el coche y le dijo que ya era hora de irse. Este asintió con la cabeza y volvió a hundirse en la ausencia. A Leo le entraron escalofríos y las piernas empezaron a temblarle. Más que incómodo, se sentía mal. Le dio un par de caladas a un porro y bebió aquel mejunje verdoso. Sintió una agradable sensación de calor en el estómago y bebió más. Empezó a soltarse. Toda la tensión que había acumulado en el coche y antes, frente a aquella casa equivocada, empezó a remitir. Se sintió bien, aceptó otra vez el porro y después masticó unas hojas marrones. Volvió a beber aquel mejunje y fumó de nuevo. Las caras que lo rodeaban le parecieron algo más amistosas y más familiares. Se estaba dejando llevar, después de todo hubiera podido quedarse toda la noche en ese estado. Habría charlado con ellos hasta el amanecer. Estaba a punto de abandonarse a sus visiones cuando un pensamiento imprevisto lo turbó. Era una sensación extraña, de entrada solo un resquemor. Después, cada vez más difícil de soportar. Era una molestia que crecía en su interior con la pesadez de un trozo de carne. Se esforzó en recordar, pero no lo consiguió. Las caras a su alrededor comenzaron a volverse hostiles, difíciles, cada vez más malvadas. Lo estaban corrompiendo. Los comedores de loto lo estaban apartando

de su misión. De golpe se acordó: tenía que volver y llevarle la droga a la chica. No podía pasar la noche en aquel sitio, entre colchones que apestaban a meadas de perro y gente desmadrada por el suelo que quería matarlo. Tenía que volver a casa, a escribir. Tenía un deber que cumplir. Aquella no era su gente y tenía que volver con los suyos cuanto antes. Fue entonces cuando empezó a sentir frío, cada vez más. Como un temblor que lo sacudía con intensidad creciente desde lo más profundo de sus huesos. Comenzó a temblar. Miró a su alrededor, pero nadie parecía darse cuenta de lo que le ocurría. Se acercó al guaperas que apestaba a antiparasitarios.

—¿Habéis pillado el tema? —le dijo.

—¿Qué tema?

—El jaco, ¡por Dios! —gritó Leo.

El que suponía que era Bachi, un tipo de unos treinta años, medio calvo, con barba poblada, dijo:

—¿Hay algún problema, amigo? Estás en mi casa, ¿cuál es el problema?

Leo se le acercó.

—He venido en coche con estos dos. Tengo que volver, no me puedo quedar aquí. ¿Les has dado ya el tema? Pues entonces vámonos. Esto no era lo acordado, llevamos toda la tarde dando vueltas. Ya vale, ¿no?

Bachi lo miró mientras le tocaba el brazo.

—¿De qué tema me hablas?

Leo cerró los ojos y sintió que estaba a punto de enloquecer. Se esforzó en mantener la calma.

—¿No tienes nada aquí? —dijo casi implorando.

—El tema llega al amanecer. Estamos esperando. Tranquilízate. Dentro de un rato iremos a la cita.

—¡Yo no puedo esperar! —gritó Leo.

Empezó a dar vueltas por la habitación. Sentía sus ideas cada vez más confusas, lejanas, no conseguía retener sus pensamientos. Ya no entendía qué hacía entre aquella gente, pero todavía era capaz de recordar que tenía que volver. Había algo que debía hacer, pero muy pronto se le olvidó. Fue entonces, al perder el rastro de sí mismo, cuando empezó el viaje. Todo el cuerpo le temblaba, sudaba y sentía la necesidad de correr. Salió fuera para huir y se puso a dar vueltas furiosamente alrededor del edificio. Cada vez más deprisa. La luna estaba alta en el cielo. Muy luminosa, enorme. Leo podía ver su propia sombra. Tuvo miedo e intentó esconderse. Pero era imposible. Corrió a lo largo del sendero de tierra y llegó a la carretera asfaltada. Siguió corriendo. Los chopos desfilaban veloces a ambos lados de su mirada; tenía la impresión de correr a cien kilómetros por hora, pero enseguida comprendió que iba más deprisa, cada vez más deprisa, y que no había una velocidad comparable a la de sus pensamientos, que se perseguían, nacían y morían uno dentro del otro; y él no entendía, preguntaba, preguntaba, seguía planteándose preguntas para intentar comprender, pero millones de otros problemas, caras, ideas, situaciones estallaban en su cerebro sin que nada lograra detenerlos. Rezaba e imploraba, en su carrera, que pudiera parar, que pudiera detenerse un instante en una idea o un pensamiento, pero era imposible. El vértigo lo arrastraba hacia un remolino donde no había un arriba o un abajo, sin vértice ni fondo, hacia el centro de la idea misma de vértigo, hacia la pura esencia de una palabra que no

existía. Cuando alcanzó a ver esto —pues ya no lograba entender, comprender, ser consciente, sino solamente ver con los ojos abiertos de par en par—, por un instante sintió horror. Elevó los ojos hacia la noche y de pronto se puso en órbita. Todo estallaba a su alrededor. Se encontraba en el interior de un proyectil lanzado al espacio, que iba cada vez más rápido, que quemaba miles de millones de años luz, y él estaba dentro y se iba, y corría, corría cada vez más rápido. Veía la Tierra lejana, reducida a un pequeño punto negruzco absorbido por la oscuridad de la noche, pero ¿qué tierra veía? Él no era de este mundo, sentía que no lo había sido nunca, no tenía padres, no tenía hijos, no tenía a nadie que lo amara, a nadie que lo retuviese en tierra, a nadie que viajara con él. Estaba solo, perdido a velocidad interestelar en la oscuridad del firmamento, lanzado cada vez más lejos, cada vez más distante. Para siempre.

Corrió aún más deprisa, dejó la carretera y se fue campo a través. No sentía el cansancio, no sentía el latido de su corazón, ni el aliento que le helaba los dientes. No sentía ni el frío ni el calor, ni el bien ni el mal. Estaba abismalmente lejos. Cayó en una zanja. Había un poco de agua, unos veinte centímetros de una papilla fangosa cuya superficie ya había empezado a helarse. Se puso a caminar siguiendo el curso de la zanja. Ahora avanzaba lentamente y también sus pensamientos iban más despacio. No tenía noción del tiempo que había transcurrido. Pero ¿transcurrido desde cuándo? ¿Cuándo había empezado esta historia? ¿Y qué tipo de historia? ¿Su historia o la del Otro? Pero ¿quién era él? Era profundamente él mismo, pero al mismo tiempo no era nadie. Nadie. Creyó volverse loco una, diez, cien millones de veces. Sentía las células cerebrales arder en su cabeza, tornarse incandescentes y germinar

continuamente una en la otra, freírse y salpicar, morir, disolverse, y cómo aparecían sin parar millones de nuevos ganglios nerviosos. Sentía el zumbido de las neuronas que corrían enloquecidas de un lado a otro de un laberinto que no tenía lados y que, aunque confinado en su cuerpo finito, nunca tendría un límite, cada vez más pequeño, cada vez más profundo hasta llegar al universo, hacia aquellos confines astrales que él sentía cada vez más cercanos, cada vez más próximos, y entonces, en el momento de llegar a ellos —y ya veía su luz, puesto que más allá de aquellos confines había una luz—, se desplomaría y nunca más, nunca más regresaría.

Empezó a llorar. Se cayó y lloró. La luz se estaba acercando y él no quería caer en ella. Quería frenar, quería detenerse, no quería llegar a los bordes de aquel universo. Quería morir y encontrar la paz. Pero ya estaba muerto y sabía que la paz tampoco estaba allí. La luz era cada vez más potente y más blanca, y entonces él gritó aún más fuerte y sintió un estruendo y un dolor insoportable en las sienes. Gritó «¡No! ¡No!», pero las explosiones se sucedieron, una detrás de otra. Todo estallaba y la luz era cada vez más cegadora. La oscuridad del cielo había desaparecido.

De repente consiguió verse, aunque solo desde el exterior, desde muy lejos de sí mismo. Se vio en esa zanja y fue como si la reconociera. Intentó anclarse a lo que oía, a lo que tocaba con sus manos, que se llevaba a la boca y que tenía un sabor de ciénaga, de pantano, de podredumbre, pero que él todavía podía recordar, situar en una visión «real». Bebió de aquella agua y la llamó agua y llamó fango al fango y entonces se sintió algo mejor. Se había cortado y tocó lo que él habría jurado que se llamaba sangre, y que podía relacionar con aquella palabra, pero que no era «sangre». Lo que los

hombres llamaban sangre era otra cosa, pero él en aquel momento supo, con una certeza absoluta, casi dolorosa, que desde siempre había tenido otro nombre. Las cosas se agigantaban en su interior y se desclavaban, hacían saltar los sentidos. Sus sentidos y el sentido de la realidad, y el sentido de esa irrealidad que son las palabras. Como todo hombre, él solo tenía a estas últimas para permanecer sobre la tierra. Su terapia lo salvaría. Rogó que no lo abandonaran.

Llegó a la calle principal de un pueblo. No se veía a nadie. Caminó a ras de las paredes, chocando más de una vez contra las columnas de los soportales. Se encontró frente a un expositor de un metro y medio de largo. Era de hierro, oxidado en una esquina, y mostraba las páginas desplegadas de un periódico. Una tela metálica, de malla fina, sujetaba las hojas. Comenzó a leer sin entender. Leyó en voz alta, empezando por la primera palabra y deletreando todo, las comas, los puntos, los apartes, las mayúsculas, alumbrándose con las cerillas empapadas que llevaba en el bolsillo, y ayudándose, para no saltarse las líneas, con las yemas de los dedos, despellejadas por la red de hierro. Así permaneció durante horas. La niebla había entrado en el pueblo y humeaba bajo los arcos de los soportales, como expelida por una turbina. Supo que era el momento de irse.

Salió del pueblo, cruzó otras carreteras rurales hasta que tuvo una sensación enorme, intensísima, de estar flotando entre la tierra, el cielo y el río. Se estaba haciendo de día, las estrellas eran pequeños puntos translúcidos que brillaban con gracia. Suspiró con fuerza y se dio cuenta de que había llegado al delta del río.

En la playa sucia y fría se desnudó. Juntó unas ramas secas, unas hojas de periódico y encendió un pequeño fuego. Completamente desnudo fue hacia el agua, se lavó y regresó al fuego. Todo lo que

hacía, toda acción, todo gesto, era, en cierto sentido, automático. No conseguía tomar ninguna decisión, pero veía que actuaba y esta acción lo reconfortaba. Todo nacía del mar. Y al mar había vuelto. La claridad se hizo más definida. Miró el agua y vio millones de seres nacer y alcanzar la playa arrastrados por una ola, para luego desaparecer en el mismo instante en que millones de otros seres estaban ya a punto de llegar. Él era uno de esos seres. Era una pequeña célula transparente con un núcleo pulsante. Con la sucesiva oleada era una molécula y con la siguiente ya era una entidad. Luego un animal, otro animal más —pero siempre era él, de eso estaba seguro—. Hasta que todo calló y del mar ya no salió nada.

Pensó en su madre y lloró. Pensó en la madre de su madre y en la madre de la madre de su madre. Y se sintió abandonado. Lloró de nuevo. Se veía como un feto abortado, zarandeado de un útero a otro a lo largo de millones de años. Ya no era Nadie ni Nada. Era una individualidad que sufría en el devenir. Luego pensó que todas esas imágenes de madres, de vientres y por lo tanto de lenguajes que había aprendido no eran más que las figuras de una encarnación. Pensó que estaba volviendo a casa y eso le dio confianza. Estaba encarnándose de nuevo, a orillas de aquel mar, en su historia. Estaba descendiendo hacia sí mismo y este descenso mudo, sin palabras, se desarrollaba como un ajuste continuo de perspectiva. Era al mismo tiempo millones de vidas, pero cada vez más una sola vida. Ya no quería entender, lo aterraba intentar detener aquellas visiones como había hecho horas o siglos, o incluso eras antes. Se abandonaba a cuanto nacía en su cabeza. Era la angustia. Pero una angustia diferente de la que casi lo había matado horas atrás. Lo que había experimentado, en su misma sustancia

biológica, era la soledad cósmica, la confusión, la Nada. Y le había pedido a esa nada una explicación, pensando como una piedra, un río, un árbol, un pez. Ahora, en cambio, su angustia era la de miles de millones de otros hombres; estaba, en cierto sentido, encarnada en una especie del universo. No se encontraba ya en un delirio absoluto del ser, del vivir, o del existir, sino en el del conocer, desde el momento en que había establecido, a orillas del mar, que no estaba muerto en absoluto como, en cambio, había creído algunas horas, o siglos o eras antes. Y su descenso a tierra se producía a través de imágenes de mujeres, de vientres y de lenguajes.

Una capa tras otra de palabras que lo cubrían, lo protegían, le daban calor. Su maestra del colegio se inclinaba sobre él, le cogía el brazo y lo guiaba con ternura en un gesto que, milagrosamente, daba forma, con tinta sobre el papel, a una idea, a una sensación, a un mundo. Y al oler el perfume del pintalabios de su maestra se extasiaba. Las palabras que se formaban bajo sus ojos de niño, apenas rasgadas sobre el papel por el plumín, tenían el perfume de los labios de su profesora. Su madre llegó a buscarlo a la salida del colegio. Iba en bicicleta. Llevaba un delantal blanco y una bolsa de pan caliente colgando del manillar. Él corrió a su encuentro, ella le cogió la cartera y lo sentó en el sillín. Le preguntó cómo le había ido su primer día de colegio. Y él se rio, mirándola. Y vio sus labios y tuvo ganas de besarla. Sintió una alegría muy dulce, porque le pareció que aquellas primeras palabras que había escrito tenían el sabor del pan y el perfume de un buen pintalabios.

Se quedó inmóvil frente al mar durante horas y horas, insensible al frío, al hambre, al cansancio. No sentía nada en su cuerpo, y los movimientos eran cada vez más cansinos, indolentes, lentísimos.

Más tarde, sin ser consciente de cómo había llegado hasta allí —recordaba un tren eléctrico balanceándose por los campos y al conductor de un camión—, percibió claramente que volvía a casa, que estaba cada vez más cerca del descanso y de la quietud. Y fue un olor lo que le devolvió a casa. Lo que le hizo comprender que ya llegaba, que el viaje, por lo menos la parte desmesurada del viaje, estaba a punto de terminar. El olor era intenso y sobrepasaba el de las nieblas que olían a vino y a tierra marchita. Le hizo ensanchar los pulmones y caminar con la cabeza gacha para retenerlo más tiempo. Era el olor de su tierra, de un campo donde vivían más cerdos que hombres. Era el olor de las porquerizas, de los gorrinos, de sus pútridos líquidos recogidos en grandes letrinas para ser reconvertidos en energía. Los cerdos. Más puercos que hombres.

En aquella ocasión, a orillas del delta del Po, Leo supo que su primera juventud había concluido con la dolorosa certeza de ser uno más de los miles de millones de seres en juego. Ya no era un muchacho. Había querido preguntar y había intentado comprender y, espoleado por esa necesidad, se había aventurado demasiado lejos. Había viajado hasta los umbrales del abismo para regresar completamente derrotado, sin ninguna certeza, sin respuestas, pero también sin ninguna pregunta. Tendría que reconstruirse, día tras día, reaprender de manera diferente todo cuanto sabía, puesto que la absurdidad había borrado en él las huellas del pasado. Era, en cierto sentido, una persona nueva o quizá, sencillamente, había muerto un Leo y había nacido otro diferente. Ya no estudiaría filosofía, ni religiones orientales, ni a los místicos medievales. Ya no se preguntaría el sentido último de las cosas, puesto que había experimentado que no existía, y que, si podía reaparecer en algún

otro lugar, solo podría ser en el Caos, y que los hombres son solo actores de un jueguecillo insensato, cuya ferocidad numérica nadie podría comprender jamás. Y, sin embargo, no dejaba de ser un juego que, como todo juego, sigue unas reglas que lo hacen factible. Leo tenía que aprender las reglas. Tenía que obedecer, tenía que aceptar. Nunca más se empecinaría. Tenía que desterrar la idea de lo absoluto.

Así, día tras día, año tras año, el nuevo Leo había crecido y se había hecho más fuerte. Su mirada había cambiado profundamente. Era la misma persona pero llevaba consigo la huella sangrante de un aborto, de un Leo que se había quemado. Conservaba, en lo más profundo, las cicatrices y las fracturas del otro. Y de vez en cuando, siguiendo las reglas como un buen alumno, las volvía a abrir y las cambiaba de sitio. Y solo en este desplazamiento de la fractura primaria y absoluta consiguió alcanzar un poco de paz.

En esta otra noche cargada del recuerdo de Thomas, Leo siente que, una vez más, todo está cambiando. Creía haber llegado a un equilibrio con su amigo, pero ahora todo vuelve a estar en juego. Y del modo más cruel. Dentro de pocos días estará, de nuevo, aún más solo en su camino. Y en esta ocasión no sabe cómo el luto, profundo y sagrado, que empieza a llevar por primera vez, podrá cambiarlo. Tiene que iniciar su guardia nocturna. Con lágrimas en los ojos, esconde la cabeza entre las manos y pronuncia las sílabas del nombre de Thomas, como para seguir reteniéndolo a su lado.

En ese mismo momento, separados por cientos de kilómetros de distancia, uno, obligado a guardar cama en un hospital, y otro, petrificado en la rígida silla de un comedor, son dos jóvenes que sienten un miedo indecible a morir.

SEGUNDO MOVIMIENTO

El mundo de Leo

Todos los años el otoño le trae este tipo de sentimientos. Necesidad de silencios, de soledad, de recuerdos. Necesidad de dormir. De recapitularse. Necesidad de interioridad. La tierra lo reclama y lo invita al recogimiento. Y él, que nació en la claridad incierta de un día de finales de verano, y que está amasado con tierra negra, con olores de hojas marchitas, de ciénagas y nieblas hasta lo más profundo de su ser, oye este reclamo y lo sigue. Al acabar el verano, una mañana, deja su casa y se va de viaje.

A los amigos que le preguntan por qué se marcha les da una respuesta vaga, esforzándose para que resulte creíble. Dice que se va por trabajo, que tiene que ir a Londres para escribir unos reportajes, que volverá en unos meses. Tiene que mentir para circunscribir las atenciones algo ansiosas de quien le quiere. Se siente prisionero del sentido común de sus amigos, que jamás emprenderían un viaje sin programar ni reservar. Los ve perplejos y percibe su incomodidad al eludir cautamente la única pregunta que les gustaría hacer: «¿Es tan grave lo que te está pasando, Leo?». Y sigue mintiendo, divagando, y, para tranquilizarlos, les da direcciones en las que no vivirá nunca.

En realidad miente porque percibe toda la fragilidad de sus propias motivaciones. Solo sabe que se tiene que ir de viaje. Ya no sabe qué hacer consigo mismo. Le gustaría dormir durante años, mil años, tumbado en un bosque silencioso, sobre un lecho de hojas amarillas deslumbrantes, o rojas como la vid en octubre, o anaranjadas como los arces canadienses, o carnosamente violáceas. Y despertarse cambiado. Le gustaría caminar en silencio por el monte siguiendo solamente el rumor de sus pasos y de su respiración. Le gustaría sentir dentro de sí el olor de la tierra que se despierta al alba y que se va disolviendo y marchitando. Le gustaría desaparecer absorbido por los vapores de una turbera humeante. Le gustaría no regresar jamás de su viaje, perderse en una vía muerta y desaparecer sin dejar rastro.

No se ha fijado una meta precisa. Tiene intención de hacer un viaje lento, en tren, por Europa. Evitar los centros importantes y las capitales. Pararse a dormir en las pequeñas ciudades de provincia, sentarse a las mesas de las tabernas y las cervecerías de pueblo. Irse pronto a la cama y despertarse todos los días cuando todavía es de noche. Ha comprado un billete kilométrico válido para tres meses. Ha metido su equipaje en tres petates. Se ha llevado solo un libro que tiene intención de leer, línea a línea, como los versículos de la Biblia. Tiene un cuaderno para escribir y un walkman para escuchar música. De esta manera se siente mejor equipado para su expedición al más allá de los confines del cuerpo de Thomas.

El otoño del continente lo deslumbra. Todo se encamina hacia la quietud y el silencio. Las selvas estallan en colores y el sotobosque,

al morir, se enciende en una combustión gradual, primero el rojo, luego el naranja, el amarillo, el óxido, el violeta, el negro. Como si el viento llevara cada día en el aire una tonalidad diferente y los arbustos y las plantas absorbieran, por oleadas, aquel aire pigmentado. Y de vez en cuando laderas de colinas completamente quemadas por la lluvia ácida. Árboles ya esqueléticos, negros, frágiles, carbonizados.

Ahora está cruzando la Renania. El río va crecido, gris metalizado. Las barcazas proceden con lentitud y a él le parece que están a punto de hundirse en el abismo. Cierra los ojos. Con Thomas viajó en coche por la carretera que ahora divisa paralela a su ventanilla. Era primavera, quizás abril, y se dirigían a Colonia. Leo se reunió con Thomas en Múnich, donde vivía su familia. Durmieron juntos en el Deutsche Eiche.

Bebieron mucha cerveza en la taberna de abajo, sentados en bancos de madera, bajo un techo de globos de colores y frente a una vieja y gigantesca salamandra de mayólica. A su alrededor había docenas de hombres entre los treinta y los cincuenta años, con pantalones de cuero negro, chupas de piel adornadas con remaches y cadenas, camisetas negras de tirantes adheridas a los vientres hinchados. De sus barbas goteaba cerveza. Se reían. Muchos llevaban pendientes o collares de cristal. Algunos, también pantalones cortos tiroleses. Los más viejos se recostaban en los bancos, apoyándose en los brazos de los que se sentaban al lado. Los más jóvenes pedían de beber, llamaban al camarero, que llevaba medias de rejilla, tacones de aguja, bigotes negros y una cazadora de cuero. Le daban palmadas en el culo; él intentaba esquivarlas moviéndose como en la danza del vientre. Se reía, soltaba

ocurrencias en voz alta, interpretaba su *show* sentándose en las rodillas de los *leather men.*

Lo que pasaba en el Deutsche Eiche aquella noche, como miles de otras noches, era el rito de una comunidad. Las actitudes, los gestos, las palabras, el atuendo, las botas y los remaches, todo era coherente en el desarrollo de una liturgia de la que Leo se sentía profundamente excluido, pero que, al mismo tiempo, le pertenecía. Y si espiaba aquellos comportamientos, si, al fin y al cabo, se sentía bien en aquel lugar, se debía a que era consciente de estar asistiendo al modo en el que una minoría resolvía el problema de su diversidad. Y aunque él se sintiera ajeno a la ceremonia, que desde fuera podía parecer, incluso, una perversión melancólica, la apreciaba simplemente por el hecho de que existía. No participaba en aquella puesta en escena. Pero reconocía su motivación. Y reconociéndola, la legitimaba.

Siguió a Thomas en las rondas de cerveza, una, dos, cinco jarras, hasta que se sintió borracho. Veía a su amigo cantar o charlar con alguien. Continuaron bebiendo, añadiendo *Steinhäger* a la cerveza. Luego pasaron a la cocina, preguntaron el número de su habitación y subieron al segundo piso. No había llaves. Al pasar, Leo vio unas habitaciones abiertas con alguien que, en la cama, bajo la luz roja del *abat-jour,* hacía el amor o los invitaba a entrar. La habitación era amplia, pero nada cómoda. No había teléfono, ni calefacción, ni armarios. El baño era un cuartito gélido y pequeño y el ventanuco que daba al patio tenía los cristales rotos y el marco con la pintura desconchada. Se desnudaron y se metieron bajo el edredón. Estaban helados. Se abrazaron.

Al día siguiente alguien llamó a la puerta con insistencia, entró y los despertó amistosamente. Se fueron de Múnich sobre las once. Thomas iba al volante de su destartalado Citroën y conducía cogiendo a Leo de la mano. De vez en cuando se la llevaba a los labios. Leo consultaba en el mapa el itinerario.

Llegaron a Colonia. Leo, por la noche, tenía una cita para cenar con algunos académicos, un funcionario de la embajada italiana, un par de periodistas alemanes. Hablaron de un evento literario. Leo se valía de Thomas en calidad de intérprete. Y cuando hablaban en italiano, era él quien traducía. Notaba que aquellos señores se preguntaban qué tipo de relación había entre Thomas y él. Se daba cuenta por la manera de mirarlo en las pausas de la conversación y por cómo se dirigían, algo incómodos, a Thomas, del que no entendían bien su papel.

Un día un amigo le contó:

—Nunca voy solo cuando me invitan. Es natural que si invitan a un cincuentón como yo a comer, a un acto o a un congreso, vaya con su mujer. Ahora bien, yo tengo un compañero desde hace veinticinco años. Y desde hace veinticinco años me acompaña a las recepciones y a los congresos. Y yo también lo acompaño cuando lo invitan a él. Es lo mínimo que debemos hacer: no permitir que nos inviten a uno solo.

Desde que escuchó por primera vez estas palabras, Leo las hizo suyas como si hubieran sido una revelación. Desde luego, existía el riesgo del malentendido. Por no mencionar lo embarazoso que podía llegar a ser. Cuando explicaba que no iba a acudir solo y del otro lado del cable telefónico le respondían afablemente: «Por supuesto, traiga también a su señora», y él, entonces, rogaba que tomasen

nota del hecho de que iría acompañado por el señor tal y tal y que la reserva de la habitación del hotel tenía que ir también a nombre de este, un silencio, un carraspeo, un golpe de tos, se introducía en la conversación como un tangible gesto de incomodidad. Entonces, suavemente, explicaba que él se haría cargo del viaje del amigo, pero no de su alojamiento en el hotel. Y al otro lado el funcionario de turno terminaba apresuradamente la conversión con un servil «Como usted quiera».

En Colonia, como en las otras ciudades en las que Thomas había acompañado a Leo, la pregunta acerca de quién era aquel chico flotaba en el aire durante la conversación. Ni Thomas ni él eran amanerados. Ninguno de los dos respondía a los lugares comunes sobre la homosexualidad. No eran teatrales, no eran estridentes, no hacían ruido, no eran vulgares, no hablaban continuamente de sexo. Eran indefinibles, lo que creaba mayor incomodidad. Así que los funcionarios y los académicos, para los que solo cuentan las apariencias sociales y las formalidades burocráticas, seguían preguntándose entre sonrisitas de circunstancias si aquellos dos jóvenes hombres lo eran o no.

La siguiente etapa de aquel viaje fue Duisburgo, donde Leo dio una breve conferencia en la Universidad. Thomas estaba a su lado, con la silla colocada ligeramente detrás de la de Leo. Se inclinaba hacia delante, rozándole la nuca, para traducirle, en francés, las intervenciones de los estudiantes. Leo escuchaba de labios de Thomas las sugerencias sobre el significado de cuanto estaba ocurriendo. De vez en cuando se volvía para pedirle aclaraciones y lo veía allí, inclinado, concentrado, empeñado en entender los términos de una cuestión que solamente le interesaba porque formaba parte

de la vida de Leo; y en aquel momento le dio por preguntarse si él habría sabido hacer lo mismo: apasionarse por su vida, estar cerca de él, sugerirle los términos de los problemas, ayudarlo a arreglárselas en la vida, entre la gente, entre los otros. Y no supo responder. Sintió una suerte de desequilibrio entre la devoción que Thomas le demostraba y la que él era capaz de ofrecerle. Su vida se había convertido, día tras día, en la de Thomas. Y posiblemente había sido Leo quien lo había querido así. Pero, en realidad, ¿qué sabía él de su compañero? Que era hijo de un modesto empleado bávaro, que tenía dos hermanos mayores y una madre franco-suiza con un pasado de concertista. Que estudiaba en el Conservatorio de París. Que prefería hacer el amor de cierta manera más que de otra. Que cuando lo miraba fijamente decía serio, concentrado: «Yo ya sé cómo son tus ojos, Leo». Que antes de conocerlo tenía una chica con la que vivía. Que amaba la cerveza y el tabaco. Tantos pequeños detalles, más o menos significativos. Pero Leo todavía no había entrado de lleno en la vida del otro. A lo mejor porque había tenido otras historias y llegó más equipado, más cauto, más reacio a abandonarse a un nuevo destino. Había noches en las que, mientras dormía con Thomas, de pronto abría los ojos y lo veía tenso mirando fijamente el vacío. Se le acercaba para preguntarle en qué estaba pensando y Thomas respondía, asustado, al borde del pánico:

—¿Quién eres? ¿Con quién estoy durmiendo?

Y Leo entonces se daba cuenta de que Thomas no le preguntaba quién era en realidad, sino qué especie de extravagancia semántica lo había predispuesto a compartir su cama con un desconocido. Y al no encontrar una respuesta a esa pregunta, aterrado por el sentimiento de separación y privación, se quedaba inmóvil, con los

ojos abiertos como platos, preguntándose por qué motivo yacía junto a un verdugo, junto a alguien que lo estaba desposeyendo cruelmente de su ser.

Entonces Leo, procurando no tocarlo, se levantaba, encendía la luz, bromeaba, soltaba alguna ocurrencia, abría la ventana, leía en voz alta unas páginas para intentar que Thomas volviera a aquella realidad que se había desvanecido, pavorosamente, entre sus cuerpos. Y cuando notaba que Thomas había superado el momento crítico, se le acercaba, le estrechaba la mano y le decía:

—Necesitamos tiempo. Tenemos que darnos tiempo a nosotros. Vivir juntos, viajar juntos, para que nuestro pensamiento reconozca instintivamente al otro, y lo reconozca como una presencia automática de costumbre y afecto. Necesitamos mucho tiempo para aceptar el hecho brutal de que ya no estamos solos.

Pero en Duisburgo, aquella noche, le tocó a Leo no dormir. Llevaban juntos poco más de seis meses, se habían conocido en noviembre y se enfrentaban ahora, de viaje, a la primavera. Durante aquel breve periodo, Leo se había esforzado en consolidar la relación en función de Thomas. Lo había involucrado en su vida, lo había reconfortado, protegido, lo había frenado en los excesos, lo había alentado en los momentos de duda. Pensaba que el éxito de su relación dependía casi exclusivamente del comportamiento de Thomas. En cierto sentido, él se sentía tranquilo. Quería a ese chico para su propia vida. No buscaba aventuras. Se tomaba su tiempo. Para él se trataba de probar unos años, de esforzarse en permanecer junto a él, en quererlo. Y el mismo Thomas, días después de conocerlo, le había dicho:

—Quiero vivir siempre contigo, Leo.

Por eso las broncas entre ellos estaban siempre como circunscritas a un territorio del que los dos sabían que no escaparían. Se peleaban, se enfrentaban, no se dirigían la palabra durante días, uno se marchaba, el otro volvía con sus viejos amigos, pero todo duraba solo unos días. Siempre acababan otra vez juntos. Y en esto la conexión sexual, la reciprocidad de la atracción física, jugaba un papel fundamental. Se gustaban. Se deseaban. Necesitaban reencontrarse.

Durante todos esos meses su relación había sido planificada por Leo. Thomas ponía voluntad, pero era Leo el que tenía la sensación de sostenerla y, eventualmente, de poder deshacerla cuando y como quisiera. Aquella noche en Duisburgo, en cambio, fue él quien se sintió atrapado. Se vio como absorbido por Thomas, por un chico todavía muy joven que no tenía un trabajo, una profesión, una seguridad. Que se estaba formando. Que aún tenía que decidir sobre su vida. Y empezó a sentirse como en una ciénaga. Había tardado años en construirse algo muy parecido a una existencia normal, había sufrido, padecido, aguantado. Y ahora se estaba atando otra vez a la incertidumbre y al azar. Pero no podía resistirse. Veía y sentía en lo más profundo la dedicación que Thomas le mostraba. Esta vez había sido tocado donde no creía que Thomas pudiera llegar con tanta premura. Y todo había ocurrido en aquella aula universitaria, llena de cientos de estudiantes que lo aplaudieron durante unos interminables minutos golpeando con los puños, según su costumbre, los pupitres de madera. Aquel muro de personas delante de él, en el anfiteatro, que manifestaba ruidosamente su asentimiento a lo que había dicho, a sus ocurrencias, a sus respuestas, a su apasionamiento sobre un determinado tema, lo

había emocionado. Aquellos jóvenes, que estaban echando abajo el aula, estaban de su parte.

Leo se volvió hacia la larga cátedra donde se sentaban las autoridades y vio, con sorpresa, que también ellas golpeaban los puños sobre la mesa y lo miraban con sonrisa afable y satisfecha. E incluso la oficialidad burocrática, el cónsul italiano con su traje a rayas azul, su enorme anillo en el dedo meñique y su aire rancio de caballero meridional, aplaudía, y hasta el agregado cultural de la embajada italiana, llegado ex profeso desde Bonn, aplaudía también en primera fila en el escaño; y si hubiera habido un general o un policía, también habría aplaudido satisfecho, Leo estaba segurísimo, e incluso un magistrado, incluso la Ley habría golpeado con los puños el pupitre para demostrar que él tenía razón. Se volvió y vio, entre aquel alboroto, los ojos de Thomas, que observaron fijamente los suyos solo un instante; entonces sonrió, se levantó con todos los demás y salieron del aula. En aquel momento Leo sintió a Thomas junto a él demasiado profundamente. Sintió su unión celebrada, aceptada, protegida, la percibió como un valor social fundamental, por cuya defensa un pueblo hubiera podido afrontar una guerra, ofrecer una generación entera al martirio con tal de preservarlo intacto en su propio patrimonio cultural. Fue un sentimiento enorme que lo trastornó.

Durante la recepción que el rector les ofreció a él y a los demás conferenciantes presentes, no pensó en otra cosa. Era una sensación nueva, porque Leo nunca había creído en el valor de la aceptación. No le importaba, en teoría, ser aceptado ni legitimado por nadie. Extraía de sí mismo el valor y la ley. No del exterior. No concedería a nadie, nunca jamás, ese derecho. Él existía. Y eso era todo. Es de

locos preguntarle al ser las razones por las que es. Y sin embargo, en aquella aula universitaria se había producido para Leo un hecho extraño. Y solo había una explicación posible: Thomas. Leo ya no se presentaba en público como Leo, sino como Leo-con-Thomas. Y no vivía solo. Estaba con otro. Y el mundo tenía que tomar nota. Hubiera sido tan sencillo decir: «Yo lo amo. Y lo demás que se vaya al infierno». Pero el amor necesita del mundo para poder afirmarse, y Leo sabía que la felicidad solo es satisfactoria si es pública. Ahora tenía a alguien a quien dedicar aquella aprobación. Necesitaba que el mundo tomara nota de aquella nueva vida, que la atesorara con amor.

Por eso, por la noche no consiguió dormir. Cuando le dio el bajón, tras la cena oficial, al volver a la habitación se sintió apesadumbrado, desamparado, devorado por una ansiedad inexplicable. Esperó a que Thomas se durmiera y se levantó. Descorrió las cortinas y salió al balcón, que abarcaba dos lados de la habitación. Se puso a andar con nerviosismo adelante y atrás. Se encontraba en una de las últimas plantas de un hotel, construido en forma de torre cilíndrica, en el centro de una gran instalación deportiva. Debajo había un parque y un lago artificial para las competiciones internacionales de piragüismo. Y canchas de tenis, de baloncesto, pistas de *footing* y de equitación. En el horizonte, la oscura silueta del estadio. A esas horas todo estaba inmóvil, iluminado solamente por las luces de servicio.

Thomas dormía, quizás estaba soñando. Su respiración pausada, ligeramente nasal, le daba una sensación de calor e intimidad. Pero él estaba desesperado. Y no sabía por qué. Amaba a Thomas, lo amaba ya de forma desgarradora. Sin embargo, eso no lograba

calmarlo. Se sentía ya en pleno juego y quizás era precisamente eso lo que lo asustaba. Y no podía dar marcha atrás, su vida estaba ligada indisolublemente a la de otro. Tendría que afrontar todo de otra manera. La angustia por lo que lo esperaba, por la oscuridad que veía a su alrededor, le encogió el estómago. ¿Qué pasaría al día siguiente?, ¿y dentro de un mes?, ¿y de un año? ¿Tenían ellos futuro? ¿Sería capaz de defender ese amor? ¿No habrían muerto los dos? ¿No era todo inútil? Sintió que una oleada de piedad y contrición le inundaba el corazón. Y agachó la cabeza.

De pronto una luz explotó en el horizonte. Un mudo estallido que se elevó en el cielo alumbrando la tierra alrededor. Era de color rojo fuego, luego se volvió amarillo y finalmente un resplandor se difundió por el aire. En el centro de esta luz seguía latiendo un centro de fuego. Leo se quedó mirando. Aunque estaba lejos, no habría sabido decir cuánto. Justo en el horizonte, y permanecía circunscrito. Se levantó humo y después estalló un segundo fuego y luego un tercero. Eran las cuatro de la mañana. Volvió a la habitación, despertó a Thomas y lo llevó a la terraza.

—Son las coladas de los altos hornos —dijo Thomas medio dormido.

Leo lo obligó a aguantar así, desnudo, el frío de la noche.

—Lo eres todo para mí —le dijo entonces, en un alemán titubeante, apretándose fuerte contra sus hombros y llorando.

En realidad, está huyendo. No tiene intención de llegar a ningún lugar en concreto. No hay nadie a quien desee encontrar. Nada que quiera hacer. Un poco más allá de la frontera holandesa, al bajar del

tren, al buscar un hotel donde dormir, se da cuenta de que se está fugando. De que escapa a través de Europa del horror por la pérdida de Thomas. Está escapando de la muerte. Pero cada vez va más lentamente y su huida es más complicada. Se siente como un animal viejo y herido que se separa de la manada en busca de un lugar donde esperar el desenlace final: descuartizado por los lobos, devorado por la enfermedad, deshecho por la vejez. Y como un animal que se da cuenta del final, ya no quiere vivir más. Huye de una muerte para acercarse a su propia muerte. Duerme profundamente, por la tarde y por la noche. Cuando no viaja, duerme. Y cada vez que se tumba en la cama está convencido de que nunca más despertará.

Su fuga continúa hacia el norte. Siente el invierno acercarse y experimenta una sensación placentera. Un día, cruzando en ferri el Mar del Norte, la niebla cae brusca e inesperadamente. El sol se convierte de golpe en un disco ofuscado, pálido, y luego desaparece. Hay oscuridad y silencio. La nave avanza en la nada. Él está en el puente, a popa, y ya ni siquiera logra divisar el agua. Hace frío y la niebla lo cala. De golpe, el mugido de una sirena, una, dos veces. Un sonido casi ancestral, como el de un cuerno que incita a la batalla. Y a su derecha, a pocas decenas de metros, surcando el muro de humo aparece la enorme silueta de la quilla de una nave. Solo ve emerger entre la niebla una inscripción en caracteres cirílicos. Letras blancas muy grandes suspendidas en el gris y de significado incomprensible para él. Una inscripción que desfila ante sus ojos y que enseguida desaparece, tragada de nuevo por el frío y la niebla. Se queda un instante inmóvil, luego va hacia el bar.

Necesita beber algo fuerte. Está alterado. Se siente como si acabase de avistar a Moby Dick.

Londres tenía que ser solo un punto de referencia, la etapa final del viaje. Y sin embargo, durante la travesía por mar se convierte para él en una noción salvadora. Al cabo de casi un mes de cortos desplazamientos, abandona por fin el continente, y con este, el cuerpo martirizado de Thomas. Deja atrás la guerra, los cadáveres, el dolor, los campos de exterminio, las ciudades destruidas y arrasadas. Inglaterra le parece un país apartado y distante donde no conoce a nadie y nadie lo conoce, donde puede estar solo sin sufrir la soledad, donde puede caminar, sentarse en un pub, beber, escribir sin que nadie lo mire o lo moleste. Deja atrás un continente en vías de destrucción. Thomas era la Historia; su país y su lengua, los escenarios de la guerra.

Una noche llegaron a Dresde, en tren, procedentes de Berlín Este. Y todo su viaje —la salida por la mañana desde Kottbusser Tor, cruzar a pie el Muro por el Checkpoint Charlie, el metro de Berlín Este, la estación ferroviaria— había sido como un viaje hacia atrás en el tiempo, entre pasaportes, visados, declaraciones, permisos, vouchers prepagados para hoteles del tipo Karl Marx Plaza, Lenin Hotel o Sozialism Palast. Habían cruzado Sajonia en la oscuridad, sin ver, durante más de dos horas, ninguna luz, ningún edificio, ninguna ciudad. Estaban solos en un compartimento donde no funcionaba la luz. Un revisor les había pedido los billetes y un policía, los pasaportes. Habían sido extraordinariamente amables, les habían sonreído y deseado un buen viaje. Luego habían desaparecido en la

oscuridad. Después el tren fue entrando lentamente en el gran hangar de la estación. Las luces eran débiles y terrosas. Cientos de pasajeros, todos con ropas iguales, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, se dirigían deprisa hacia la salida. Vestían parcas verdes y todos, indistintamente, llevaban en la mano una bolsa de plástico o una cartera de cuero o un fardo. Leo y Thomas se pararon un instante ante un mapa de la ciudad para ver dónde se encontraba su hotel; un poco más allá, una cola silenciosa de unas diez personas esperaba para proveerse de bebidas calientes frente a una ventanilla de la que asomaba el brazo de una empleada. Cuando se pusieron a andar de nuevo se encontraron completamente solos, desamparados bajo las bóvedas del gran hangar desolado.

La muchedumbre ya no estaba, había sido engullida por los subterráneos o desaparecido tras las salidas. Una ronda de soldados soviéticos iba a su encuentro. Eran muy jóvenes, altos, estaban armados, embozados en pesados abrigos largos hasta los tobillos. Eran distintos de los *vopos,* más marciales, más fascinantes, más androides. Eran como presencias del pasado o de un futuro remoto. Llevaban botas relucientes que al batir el paso levantaban la niebla a su alrededor como aplastándola, salpicándola hacia los lados. Avanzaban a contraluz haciendo retumbar el atrio. Thomas y Leo se detuvieron. En ese momento fue como si el inmenso espacio de la estación, los convoyes, los andenes, las vías, los carteles de señalización fueran los elementos de una prisión, o de un escuálido cuartel o de una gigantesca comisaría inmersa en la desolación intemporal de aquella luz de neón, cadavérica y policial. La ronda los pasó de largo marcando el paso. Tenían cosida alrededor de la manga del abrigo una banda roja con algunas letras del alfabeto

cirílico. Y la estrella del Ejército Rojo. Leo vio también los guantes y hasta el halo de humedad que emanaba de las manos calientes sobre la empuñadura del gélido cañón del fusil. Pero esos soldados no tenían ojos, miraban fijamente al frente, rectos, con el colbac calado hasta las cejas. Thomas y Leo se dieron la vuelta siguiendo, sin hablarse, al pelotón que se dirigía al otro extremo del vestíbulo. Un mozo, al fondo, envuelto en un gabán verde oscuro, fumaba apoyado en una columna de hierro oxidado. Levantó la mirada hacia la ronda y apagó rápidamente el cigarrillo, aplastándolo bajo la suela del zapato. Se ajustó la gorra y desapareció al instante. Thomas y Leo retomaron el camino hacia la salida. Y en ese momento volvieron a encontrarse inmersos entre la multitud. Habían llegado simultáneamente, silenciosamente, algunos convoyes que desembarcaron a cientos y cientos de otros viajeros, anónimos, iguales, taciturnos, que invadían de nuevo el vestíbulo, se encauzaban luego en las colas de los autobuses o desembocaban directamente en el delta constructivista de la Prager Strasse.

Eran solo las cinco de la tarde de un día de noviembre y ellos estaban encerrados en la habitación 904 del Lilienstein Hotel y miraban, a través de los visillos transparentes, el flujo de viajeros en la Prager Strasse. Al otro lado de la calle había otros hoteles, prácticamente otras tantas variaciones milimétricas del único módulo básico de la arquitectura socialista. En el centro de la plaza, una construcción con una enorme cúpula de cristal. Parecía el decorado de una película de Godard.

El techo de la habitación era más bien bajo; la moqueta, sintética de un verde cenagoso; las sábanas, de nailon. Tenía dos camas individuales, un sofá, un televisor que parecía de juguete, el aparato

del hilo musical detrás de los cabeceros de las camas. La sensación era la de encontrarse en un paralelepípedo más bien oblongo y aplastado, como fotografiado con un gran angular. Todo era muy horizontal. Había *abat-jours* que difundían una luz pálida, violeta, como de los años cincuenta. Y al otro lado de la calle, las ventanas de los otros hoteles de la Prager Strasse estaban iluminadas con los mismos, idénticos colores: sobre todo el rosa, el naranja, el púrpura, el verde pálido.

Al día siguiente, a orillas del Elba, junto a las ruinas de la ciudad, aquellos campanarios desmoronados y ennegrecidos por los incendios, aquellos edificios derrumbados, de los que solo quedaban en pie frágiles y erosionadas crestas de piedra como las gargantas de los Apeninos, Leo no había hecho otra cosa que hablarle a Thomas de su padre. Y de la guerra. Y al caminar por las avenidas del Zwinger había tomado cuerpo en él un recuerdo especial, distinto, nítido. Un recuerdo que lo había angustiado. Estaba en un sillón, en brazos de su madre, y veían una película en la televisión. Era la historia de un niño judío recluido en un campo de concentración y liberado después por un soldado americano. Había llorado en silencio, escondiendo la cara bajo la axila de su madre y avergonzándose de aquellas lágrimas. Y al final de la película, cuando sus padres encendieron la luz de la habitación para recoger un poco antes de acostarse, él, perturbado, había preguntado por qué. Ya no se acuerda en absoluto de la respuesta de su padre o de su madre. Recuerda solamente el terror apoderándose de él, arrollándolo en su camita de niño. Asustándolo. Por la noche se quedó con los ojos abiertos de par en par en la oscuridad, la respiración silenciosa y retenida para no ser descubierto, el cuerpo

encogido por el miedo. Y no dejaba de pensar: «Yo no he hecho eso. No soy responsable de ningún campo de exterminio. No había nacido y no tengo nada que ver con esos montones de cadáveres y con esas fosas llenas de esqueletos apilados. ¿Por qué, entonces, me enseñan las cámaras de gas? Yo no he hecho nada, nada, nada de todo eso».

Durante años y años, el sentido de culpabilidad por esas cámaras de gas, por las torturas, por la destrucción, lo había perseguido como si hubiera sido él, el niño-Leo, el principal responsable. Después, al crecer, consiguió ponerlo todo en un rincón de su sentir. Había construido alrededor un caparazón de razones, ideologías, racionalizaciones que, sin eliminar definitivamente ese miedo, habían conseguido circunscribirlo. Había vivido momentos de violencia, había visto a hombres matarse a golpes en el pabellón de un cuartel, había visto la corrupción, la humillación y el abuso de los fuertes sobre los débiles sin que nunca se volviera a abrir aquel caparazón. Permanecía allí y él creía que casi lo había eliminado. Había crecido, ya era un hombre y tenía sus razones.

Pero aquella mañana, a orillas del Elba, con un brazo levemente apoyado en los hombros de su amigo, esa herida de miedo se volvió a abrir. Y se sintió al borde del pánico. Pronto llegarían para llevárselo, pensaba. «Llegarán y me llevarán con ellos». Se cogió la cabeza entre las manos y apretó los ojos intentando convencerse de que nada estaba pasando, que nada era verdad. Pero llegaban los soldados con los camiones. Chillaban, pegaban, lo separaban de su familia, de su madre, de su padre, y él se encontraba solo ante una cámara de gas viendo pasar un interminable desfile de sombras encorvadas y desesperadas. Y en aquel momento veía la guerra,

sentía que le arrancaban la carne, sentía el hedor de los hornos crematorios y el aire le parecía irrespirable, ennegrecido, tóxico, y no lograba ver a Thomas. Thomas estaba lejos, lejos…, sin embargo a su alrededor había algunas parejas mayores de turistas alemanes occidentales, alguna señora americana con zapatillas de tenis y fular sintético, un grupo escolar de chiquillas alegres y ruidosas; y la jornada de noviembre era extraordinariamente límpida y soleada, hacía frío pero todo era terso, como en el interior de un invernadero, y los jardines de los Zwinger parecían deliciosos, amables e, incluso, galantes. Aun así se sentía oprimido. Y la presencia a su alrededor de aquella lengua y de aquella tierra, de la que amaba su encarnación en Thomas, lo aterrorizaba.

Después fue todo como volver a subir, gradual y lentamente, a través de las galerías de la pinacoteca. Se sentía exhausto como tras una fuerte crisis de llanto. Temblaba y sus ojos eran capaces de ver con la agudeza y la sensibilidad de un alma puesta al desnudo. Caminaba a través de los salones interminables y de los pasillos que desfilaban uno en el otro multiplicándose en los grandes espejos de las paredes o de los techos. Y seguía viendo brazos de soldados que descolgaban los cuadros, los transportaban de una parte a otra de Europa, enrollaban los lienzos, embalaban los marcos, los almacenaban en los calabozos de un castillo para protegerlos de los saqueos, de los vándalos, de los bombardeos aéreos. Era como si su imaginación, una vez más, no se fijase en el objeto, sino en la humanidad que había tenido contacto con el objeto mismo, y entonces se le aparecieron la soldadesca de prusianos, los ejércitos del duque de Este, y los lansquenetes, los mercenarios de los imperios centrales, y después los nazis, las tropas aliadas, las

guarniciones soviéticas; para él todos habían dejado las huellas de sus manos ennegrecidas por la guerra y la sangre en aquellos cuadros, transportándolos de un castillo a otro entre países destruidos por el fuego. Él veía esas manos, esas huellas, esos rastros, impresos en las obras, pero no exactamente en las pinturas. Más bien en los marcos. En los bordes. Y cuando fue consciente de ello, Leo empezó a mirar por fin los cuadros y logró fijarse en el centro.

Se detenía, inmóvil durante bastantes minutos, frente a los grandes lienzos en los que reconocía, en los fondos, los paisajes y las ciudades de su país natal, y no solo los palacios y los canales de Venecia, las cúpulas de las basílicas de Roma o las torres medievales de Bolonia, sino incluso en el Parmigianino, en los Carracci, en el Guercino o en Dosso Dossi, las caras, los ojos, la sonrisa apenas esbozada de personas que había conocido. En la *Virgen de San Francisco*, de Antonio Allegri, que originariamente estaba en la iglesia donde de niño ayudaba en misa, él, pequeño monaguillo con una sobrepelliz roja, regordete, redondo, abandonado como un muñecote sobre el escaño enorme, altísimo, del coro, tras el altar mayor —las piernas no le llegaban al suelo y tenía que trepar para poder alcanzarlo, apoyando la punta de sus piececitos en los florones de las taraceas y de los frisos—, reconoció el rostro de su profesora de catecismo. Eran idénticos el rostro pintado y el que él era capaz de recordar. Esforzándose, pudo recordar incluso su nombre y hasta llegó a verla, con su rigurosa y castigada rebeca de punto gris, con una cadenita de oro al cuello, sin maquillaje en el rostro, sus grandes ojos, su pelo encrespado recogido detrás, en la nuca, la falda azul que le llegaba por debajo de la rodilla. Y cuanto

más la recordaba, más adquiría la imagen del cuadro sus rasgos, dejando en un segundo plano, como sobre un fondo de expresiones y miradas, el rostro de la Madonna; y no solo eso, el rostro de la idea, sino también todos los centenares de otros rostros femeninos que en el curso de los siglos habían transitado de uno a otro hasta fijarse en la transparencia final del de su profesora de catecismo; puesto que, estaba ahora completamente seguro, la modelo de Allegri y la joven del pequeño oratorio del pueblo estaban emparentadas, si no por el nombre, por lo menos en la expresión y en los rasgos somáticos y, en todo caso, juntas contribuían a dar forma a aquel único rostro, a aquella única idea que era, al fin y al cabo, la de la devoción por la vida: la idea de una oración.

Luego, por la noche, cogieron el tren de vuelta, y también este viaje estaba relacionado con la idea de remontar. Horas después, dejaron las luces del Berlín Este y aparecieron más allá del Muro, en el tráfico ruidoso, cegador y corrupto de Occidente. Y hacia las diez de la noche alcanzaron la atmósfera artistoide, cosmopolita, vagamente cultural-chic del París Bar y, después de hacerle el pedido al camarero en francés, Leo, por fin, entre una docena de caracoles y un *beaujolais nouveau,* se sintió en casa. Acariciaba la mano de Thomas, apoyada sobre el cándido mantel, y veía su imagen reflejada, por la llama de las velas, en los vasos de cristal. Estaban cansados, pero Leo se sintió, con toda la relativización humana del término, feliz. Sentía que entre los horrores de la Historia existía para él un punto de referencia, y que podría confiar en ello.

Cuando baja del ferri, en Folkestone, está lloviendo. Otros barcos están atracados a los amarres y cientos de personas invaden los muelles, corriendo, gritando, arrastrando equipajes de todas las dimensiones y de todas las formas. Niños, chicas, viejos antillanos, paquistaníes, estudiantes alemanes, franceses, italianos, familias de inmigrantes llegados en tren desde Turquía con toda su carga de bultos, sacos, maletas, sillas. Pequeños autobuses hacen de lanzadera entre los muelles y el edificio de la aduana. Subir a ellos es imposible. Un poco más tarde será todavía más difícil encontrar sitio, con el equipaje, en los autobuses que se dirigen a la estación del ferrocarril. Arrastrando sus maletas, Leo camina con esfuerzo sobre el asfalto mojado y resbaladizo del malecón. En medio de toda aquella confusión, de carritos llenos de paquetes, de maletas, de baúles que le pasan continuamente por delante cortándole el paso, no puede sentirse más que un prófugo. También ve pasar contenedores repletos, pero no de mercancías, ni de víveres o manufacturas, sino de equipajes. Un enorme traslado de objetos íntimos, de vestidos, medias, peines, jabones, dentífricos, bragas.

Un grupo de mujeres envueltas en chadores negros está mirando hacia arriba, a una grúa que carga sus equipajes. Han construido en tierra como un pequeño muro poniendo maleta sobre maleta, un ladrillo sobre otro. Se han atrincherado detrás de sus objetos, intentando construirse un cobijo en aquella tierra extranjera que jamás será su patria. Y ahora esperan, mudas, inmóviles, que lleguen del cielo los últimos ladrillos.

Ya ha caído la noche cuando Leo sube al tren. Coge sitio en un vagón junto a gente que ya ha visto en el barco o en la cola de la aduana. Dos chicos americanos finalizan su tour europeo. Partieron

desde California en mayo y ahora, en otoño, después de viajar por todo el Mediterráneo, llegan a Londres para regresar desde allí a Estados Unidos. Su presencia reconforta a Leo. También él puede sentirse un viajero, crearse una ficción, verse a sí mismo más joven, de viaje por Europa, y no como un pobre hombre que huye, que en pocas horas tendrá que encontrar un lugar para dormir, un lugar para comer, un lugar para quedarse en silencio.

Duerme en un hotel de Sloane Square. Llega a su habitación, abre el minibar y se prepara un *gin-tonic*. Enciende la televisión, llena la bañera de agua hirviendo y se sumerge. A las dos se tumba en la cama y apaga la luz. A su lado divisa, en la penumbra, la otra mitad de la cama intacta y vacía. Alarga el brazo y piensa en Thomas.

Al día siguiente emprende su búsqueda de una vivienda. No llama por teléfono a las pocas personas que conoce porque la idea de ser un huésped lo horroriza. Quiere quedarse solo, no quiere hablar, ni mucho menos dar conversación a las siete de la tarde en la mesa. No quiere ir al cine, ni tener que tomar un té ante un par de ojos abiertos de par en par que intentan entender. No quiere tener que dar explicaciones.

Empieza a recorrer las agencias inmobiliarias; por la mañana marca sobre el plano los itinerarios que tiene que hacer, pero día tras día su búsqueda se revela de una dificultad insuperable. Deja el hotel de Sloane Square y se traslada dos semanas a un apartamento en el Soho. No puede quedarse más, le explican, porque el apartamento está reservado a nombre de una pareja de profesores americanos. Quedan libres solo los días que faltan hasta que termine el mes en curso. Él acepta, sobre todo para poder deshacer, por fin, las maletas.

El edificio se encuentra en Old Compton Street, en la zona de Charing Cross. Hay que subir a pie hasta el cuarto piso, donde están las dos habitaciones, más los servicios y la terraza. El apartamento se ve limpio, decorado con sencillez y recién blanqueado. La cocina está bien equipada y el baño parece incluso italiano, no uno de aquellos cuchitriles gélidos y sin apenas sanitarios que recuerda de St. John's Wood, de West Kensington, de Paddington, de Streatham Hill, de cada casa londinense donde vivió en el pasado.

Sale a la terraza, que no es más que el tejado, alquitranado e impermeabilizado, de una parte del edificio. Es tan grande como el apartamento, quizá más, y tiene dos niveles. A un lado, una escalera de ladrillo lleva a una segunda terraza más pequeña. Allí, amontonados, cubiertos por un celofán empañado, se encuentran los restos del verano: una mesita plegable, alguna silla blanca, macetas con flores ya secas. Alrededor, otros edificios, un par de ellos de una veintena de pisos, y al fondo la torre de la BBC. En Nueva York se podría transformar en una terraza de ensueño, pero Londres es demasiado baja, demasiado horizontal, y la mayor parte de lo que se ve es solo un confuso cielo ofuscado.

En los edificios de alrededor, iluminados y sin cortinas en las ventanas, divisa a docenas de personas en los escritorios, en los teclados de terminales y ordenadores, sentadas delante de una máquina de escribir. No se ve un árbol, ni una planta. Se le ocurre que el pequeño apartamento podría haber sido un nido para Thomas y para él. Compartiendo los gastos habrían podido quedarse unos cinco o seis meses. Habrían invitado a gente después del teatro, servido una barbacoa, puesto el estéreo a todo volumen, bailado toda la noche sin molestar a nadie. Habría colocado una fila de

bombillas en diagonal en la terraza y guirnaldas de papel y muchas velas y antorchas en las esquinas. No, allí un foco para iluminar la entrada, exactamente un *spot* de estudio fotográfico. Bien; allí los bafles, aquí las mesas con las botellas. ¿Qué habrían preparado para los invitados? ¿Cocina italiana o algún plato alemán? No, Thomas nunca habría aprendido a cocinar. Pero habría podido tocar, solo hay que poner el piano aquí. Quizá no quepa por las escaleras, habrá que izarlo; veamos…, por este lado, sí, lo subiremos por este lado. Uno de alquiler, Thomas se adaptará. Podría invitar a Sara, Lisa, Paul…, no, a Paul no tengo ganas de verlo. A Bruno sí, si está todavía en Londres, también a Martin y a John y a David, por supuesto, que traerá a algún amigo *trendy…*

Por la mañana se levanta muy temprano y camina por el Soho sin una meta precisa. A estas horas la ciudad le gusta. Está vacía y silenciosa. El tiempo cambia en cuestión de minutos y de las lluvias grises del alba surge un sol ventoso que alarga las sombras de los edificios y produce un claroscuro cegador, preciso, una secuencia de zonas de luz y de sombra separadas con una precisión milimétrica, como dibujadas. A las nueve está ya en las oficinas de la agencia inmobiliaria. El personal que lo atiende suele ser arisco, bordeando la mala educación. Probablemente es una táctica para desanimar a los extranjeros. Más de una vez le dicen que hay muchos ingleses buscando casa; farfullan que debe tener paciencia, mientras le tiran en la mesa el impreso para la solicitud. Él lo sufre en silencio. Sonríe educadamente, suelta alguna gracia que nadie capta. Se imagina que los demás piensan de él que es un loco, o por lo menos un tío

raro. Lo único que podría decir para justificar su comportamiento es «Thomas se está muriendo, ¿lo entendéis?». Pero no puede hacerlo. Así que no se esfuerza en dar explicaciones. Coge sus direcciones y da vueltas por la ciudad.

Tras ver casas y casas, y alojamiento tras alojamiento, se da cuenta de algo que nunca se había imaginado. Por precios que equivalen a un sueldo medio le enseñan habitaciones destartaladas, buhardillas astrosas y húmedas, pequeños apartamentos sucios con la moqueta manchada y apestosa, con camas-armarios-cocinas americanas donde las piezas encajan una dentro de la otra, hornillos de alcohol en las mesillas de noche, frigoríficos minúsculos sobre los cabeceros. Y, naturalmente, con los servicios en el descansillo, tres tramos de escalera más abajo.

Ya no le interesa un apartamento. Le interesa ver e intentar comprender en nombre de Thomas. Siente como un deber adentrarse en los más sórdidos edificios-albergue, donde viven en su mayoría indios, paquistaníes, estudiantes africanos, camareros antillanos, chicos jamaicanos. Siente el cuerpo dolorido y gangrenado de Thomas pegado al suyo, adherido a su piel, clavado. La hembra de un animal que arrastra consigo el cadáver del hijo, que se niega a abandonar aquella carcasa todavía caliente y sangrante. Su dolor lo empuja hacia los demás. Más de una vez se sorprende diciendo por la calle en voz alta:

—Thomas, ¿no ves tú también el horror?

Cuando era un estudiante había visto lo que habitualmente se alquila a los estudiantes en las ciudades universitarias: desvanes, sótanos, buhardillas destartaladas en las que en invierno estallaban las cañerías heladas; pasillos con espacio para un catre, donde

solían acabar los estudiantes griegos o eritreos o somalíes o algún chico recién llegado del sur. Cuando era un soldado había visto los barracones de los damnificados por un terremoto, había vivido en la tienda de un campamento bajo la nieve de Irpinia, había esperado la cola delante de los camiones de las letrinas, en medio de la ventisca. Y se había preguntado cómo podía vivir una familia durante años en aquella situación. Ahora que es solo un viajero sin hogar, nada lo hiere más que la vista de un edificio de ladrillos rojos, aplastado entre el ferrocarril y las grandes arterias del tráfico, más allá del Exhibition Building de Earl's Court.

En la entrada hay una especie de recepción. El aire está viciado, sabe a cerrado y a comida frita. Lo recibe un paquistaní pequeño y con la piel amoratada. Hablan del precio y de las modalidades de alquiler. Después llega una sirvienta para llevarlo a ver la habitación. Es una mujer gorda, exuberante, pelirroja. Tiene una expresión maleada, envilecida, habla a tirones, mientras se arrastra por las escaleras. Lleva una bata blanca. Desde su cadera derecha cuelga sobre el muslo un manojo con cientos de llaves, algunas de ellas maestras, ensartadas en una gran anilla. En cada llave hay atada una placa metálica con un número o una letra. El ruido metálico, escalón a escalón, es atroz. Como el de un guirigay de cadenas. Lleva un moño rojo grasiento encima de la cabeza, como un buñuelo, y cuando levanta la pierna para afrontar el escalón, el delantal se desliza, torciéndose un poco, sobre la nalga, y descubre la parte de atrás del muslo grumoso, de una blancura obscena, comprimido en una media de nailon enrollada, como un embutido en la tripa.

Tras el primer tramo de escaleras llegan a un pasillo angosto, por el que pasan con las espaldas pegadas a la pared. Enfrente hay una pared blanca de contrachapado a la que dan pequeñas puertas parecidas a las de un coche cama. Ella escoge una llave y abre de par en par una puerta hacia el interior. La luz procede de neones que nunca se apagan, una luz lechosa y sin sombras. En el cuchitril hay un catre, sábanas enrolladas, una mesita repleta de trajes, un saco abierto rebosante de ropa interior usada. Un periódico deportivo cubre parcialmente el neón. No hay ventana. Un hornillo eléctrico con una sartén, algunas tazas, restos de café. El hedor de las sobras de comida es inaguantable. La mujer mira a Leo, y él sacude la cabeza sin decir palabra. Entonces ella empieza a abrir uno tras otro todos los nichos de aquel pasillo, cinco o seis. Uno tras otro, como un revisor. No llama a la puerta, no habla. Repite solamente el precio del nicho. Tumbado sobre una cama, vestido con el uniforme apestoso del McDonald's, duerme un chico de color. No protesta por aquella intrusión, simplemente se tapa la cara con la almohada. En otra habitación hay ventana. Pero solo la cuarta parte de una ventana. Una diminuta esquina. Las paredes la cortan dividiéndola con otros nichos, de forma que en el piso de arriba habrá una ventana a nivel del suelo, y aquí a nivel del bajísimo techo.

La mujer sigue todavía en el umbral con su manojo de llaves en la mano. Leo simplemente dice «Visto, ya le diré algo» e intenta irse. Quiere huir, olvidar aquella intrusión en la pequeña y desesperante intimidad de este pueblo oprimido y explotado que trabaja una media de diez, quince horas al día, para poder pagarse aquellos sepulcros infernales. Baja las escaleras y en un descansillo ve una fila de puertas estrechísimas una al lado de otra. Se imagina de qué

se trata. Abre una. En un espacio de menos de un metro cuadrado hay un retrete y un pequeño lavabo. Una *toilette* baja y claustrofóbica, como en los aviones. La única diferencia es que aquí no se va a ningún sitio, solo hacia el dolor y los desesperantes abismos de la marginación.

Tiene que caminar un rato para desalojar de su nariz el olor de aquel infierno. Entra en un pub para tomar una pinta de cerveza. Tiene ganas de llamar a Italia, de hablar con alguien. ¿Qué le está haciendo este viejo, decrépito continente al Tercer Mundo? ¿Este pueblo de piratas y beodos pendencieros a sus antiguas colonias, a sus antiguos súbditos, a quienes ha doblegado con el látigo y la violencia tras haberlos despojado y explotado? ¿Con qué hipocresía el europeo impone reglas y comportamientos, como si los valores fuesen todavía de Occidente cuando, en cambio, todo demuestra lo contrario? ¿Cuál es la razón por la que, de todos los rincones del mundo, los más desgraciados, los más pobres, los parias de la historia, las avalanchas de pordioseros, las hordas de muertos de hambre y de mendigos invaden las ciudades, teniendo incluso que parecer, para integrarse, educados, gente de bien, hipócritas, como la totalidad de la clase media europea? ¿Cómo no sentir una inmensa, profunda, íntima vergüenza al ver los ojos de aquel chico indio con su chaquetilla del McDonald's tendido en la cama intentando recuperar unas horas de sueño entre turno y turno? El resultado, piensa Leo, es que nos disputamos las ciudades, palmo a palmo, con los pobres. Y ya se imagina a la vieja y enferma Europa, con todos sus aires de grandeza y su cultura, su engreimiento, su té de las cinco y sus ceremonias académicas, abolida, ocupada, conquistada por las masas de los más pobres, de los más

hambrientos, de los más explotados. Será su guerra. Los pobres se vengarán sembrando hijos por todas partes, reproduciéndose a ráfagas como las descargas de las ametralladoras, ocupando cada posición con sus cadáveres, usando sus propios cuerpos como fuerza de choque. Vencerán, y de ellos, evangélicamente, será la tierra.

Por la noche casi siempre cena en los restaurantes chinos de Gerrard Street, prácticamente los prueba todos, uno tras otro. Como se emperra en pedir pato lacado o estofado, se mancha las manos, la boca, la camisa. Comer se convierte en un problema engorroso. No consigue elegir un local. Vaga durante horas por las calles buscando un sitio que le parezca adecuado. Pasa una, dos, cuatro veces delante del mismo restaurante antes de decidirse a entrar. Ante el menú no sabe qué escoger y vuelve a pedir lo mismo, todas las noches, repitiéndolo de memoria. Una pareja va a sentarse a su lado. Leo se levanta para dejarlos pasar. Golpea con las rodillas la mesa y vuelca la salsa de soja. Empieza a balbucir algo y a pedir perdón, sonriendo a su alrededor como si le hubiera hecho un feo a alguien. Los demás apartan la mirada penosamente. Cuando está seguro de no ser observado, extiende la servilleta sobre la mancha marrón intentando taparla. Después se da cuenta de que en la servilleta ha quedado la huella bien visible y rojiza de su boca, como un rastro de sangre.

Una noche está sentado en un chino muy barato y sórdido. A su lado hay dos jóvenes parejas de alemanes. Las chicas lo miran algo distraídas, algo curiosas, como suele ocurrir en las mesas de un restaurante. El local está abarrotado. La propietaria, una oriental alta

y seca de unos cincuenta años, se acerca muy expeditiva a su mesa, seguida por un cliente, un hombrecillo con traje oscuro. La dueña coge la silla vacía y se la ofrece al nuevo cliente entregándole el menú. Leo levanta la mirada y deja los palillos. La mujer, mirándolo por primera vez, le pregunta si va todo bien y él se oye a sí mismo responder, con una agresividad inesperada:

—Esto no me parece nada bien.

Lo ha dicho en voz alta. Los chicos alemanes lo miran en silencio. El hombrecillo baja los ojos. Hay un instante de tensión. Leo se sonroja pero mantiene firme y decidida la mirada. Entonces la mujer le pide al hombre que se levante y dice que quizá tenga una mesa mejor en la otra sala.

La soledad es esta situación algo cómica, algo ridícula, algo violenta, de un hombre sentado a la mesa de un restaurante turístico: la imagen de una persona incompleta, tan torpe que parece estúpida o arrogante. Leo tiene que empezar a defender esta soledad suya. No debe permitir que los demás lo vean como un átomo con las valencias abiertas, como alguien empobrecido por la ausencia de un compañero, de un amigo, de un amor. La soledad es también incomodidad. Obliga a dirigirse a los demás, a hacer continuas peticiones. En el tren no puede abandonar el equipaje para ir al restaurante. Tiene que buscar al revisor, o a otro pasajero, y pedirle por favor que le vigile la cámara de fotos. En los aeropuertos, con el carrito lleno de maletas, no consigue llegar al servicio, o a la cabina telefónica, sobre todo si están en plantas que no son la misma donde ha desembarcado, y si hay que descargar las maletas, afrontar las escaleras, depositarlas, entrar en un cuarto de baño se convierte en una hazaña imposible, cansina solo de

pensarla. En los restaurantes se siente agobiado por la gente que hace cola, únicamente porque los demás son dos y él, solo, ocupa una pequeña mesa. En los hoteles las habitaciones individuales son, en general, las más estrechas y las más pequeñas: los desvanes o las buhardillas de la servidumbre. Y para colmo hay que pagar siempre un suplemento. La soledad apiada a los demás. A veces percibe la mirada indiscreta de la gente sobre su figura como un gesto de una violencia inaudita. Como si los demás creyeran que está ciego y se le acercaran para ayudarlo a cruzar la calle. Ciertas atenciones le ofenden más que la indiferencia, porque es como si le recordaran continuamente que le falta algo y que no puede ser feliz. Se ve a sí mismo con un lado del cuerpo sangrante, una cicatriz abierta de la que ha sido separada la otra mitad. Le gustaría explicar que sí, que echa de menos a Thomas y que por eso sufre. Pero que no siente su soledad como una desesperación. Se está concentrando en sí mismo, se está encerrando en sus propias fantasías y en sus recuerdos. Intenta abarcar la parte más auténtica de sí mismo recuperándola a través del recuerdo, la reflexión y el silencio.

Todavía duerme muchísimo. Por la tarde, y acostándose temprano por las noches. Es como si, tendido en aquella cama solitaria y aislada, tuviera que recapitular todo su pasado y su vida para volver a nacer. Es un letargo del que espera salir como un hombre nuevo. Pero cuanto más cree que progresa, más se siente empujado hacia atrás. Por primera vez en su vida los niños capturan exclusivamente su mirada. Los espía en los parques, los observa durante horas en la calle o en los patios de los colegios, encogido en su chaqueta de lana, incapaz de pensar en otra cosa. Y se siente en paz, dulcemente desposeído de sí mismo. Los mira a través de las redes de

protección de los parques o de las vallas de los colegios como si estuviera en el zoo o en un museo de historia natural. Observa cómo van vestidos, cómo hablan, cómo juegan, cómo lloran. Se los imagina adultos, ve en cada uno de ellos los rasgos expresivos que tendrán cuando sean jóvenes y viejos. Se acuerda de otros estudiantes, de otras clases, de la suya. Y se ve en toda la enormidad de su sufrimiento de adolescente. Es un sentimiento desgarrador que lo aturde porque ya no es capaz de acercarse a aquel niño gordito, desdentado, y consolarlo; apoyarle una mano en su pequeño hombro y sonreírle, y decirle que no debe tener miedo. Entonces se encoge aún más en su chaqueta, sus hombros se encorvan y se aleja despacio. Siente como una profanación y un sacrilegio el enorme peso de toda la violencia que aquel niño ha tenido que soportar; él, el pequeño, el indefenso, amasado solamente con su propia pureza y su propia, ingenua, bondad. Y se siente un loco porque comprende que solo el dolor extremo puede hacer enloquecer.

Ahora está volviendo a ser poco a poco aquel niño. Se da cuenta de que no tiene nada más que a sí mismo. El luto por la muerte de Thomas, una muerte que continúa hora tras hora —¿cuántas veces al día Thomas está muriendo para él?—, lo está sepultando. Todo en él está en vías de destrucción. O mejor, de eliminación. Camina en silencio por las calles, se sienta en los pubs de alrededor de Covent Garden y pide pintas de *bitter ale* sin dirigirle la palabra a nadie. Su inglés es infantil. Se pasa tardes enteras en las tragaperras electrónicas o en los recreativos, enganchado a un videojuego. De repente, mientras visita un museo, mientras cena, advierte el impulso irrefrenable de zambullirse en el ruido tintineante, galáctico,

de una sala de juegos, donde los *flippers* hablan como robots invitando al juego, y los videojuegos emiten sonidos minimalistas, como ejecutados por un órgano interestelar, y las tragaperras reproducen incesantemente el fragor metálico de una cascada de monedas. Cuando no juega, observa. En solo unos días es capaz de reconocer a los perdedores habituales, a los turistas ocasionales, a los pequeños *boss* que prestan unas pocas libras de cambio para que el jugador no se vea obligado a abandonar la máquina para conseguir monedas y abandonar así una posible, aunque remota, ganancia. De vez en cuando, también él gana y lo sacude un placer salvaje que lo saca por un instante de la abulia. Y ese placer no procede de la cantidad ganada, sino solamente de ver la combinación ganadora. Se siente entonces una sola cosa con la máquina. La ama, en cierto modo. Se ve a sí mismo proyectado en la ganancia y entonces lo vuelve a intentar. Y pierde.

Hay muchísimos orientales, mujercitas chinas encanalladas sobre las palancas de las tragaperras. Viejos que mascan cigarrillos y que sacan una a una las monedas del bolsillo como si fueran tesoros. Otros pobres hombres que hacen conjuros, cruzan los dedos, tapan las ventanitas bajo las cuales ruedan los símbolos, graciosos y crueles, de la fortuna: las cerezas, las campanas, las peras, los albaricoques y los comodines. Algunos discuten entre ellos por la precedencia. A menudo hay discusiones violentas, luego el más débil recoge sus trapos, una pequeña bolsa de plástico repleta de ropa, y sale blasfemando. Leo se lo volverá a encontrar, más empecinado aún, en otra sala de juegos diez metros más adelante. Y este dar vueltas de sala en sala, alrededor de una plaza o una calle, solo por

el placer de sentirse rechazado por la suerte y por los hombres, le recuerda a la droga.

Han transcurrido ya unos veinte días desde que vive en Londres. Ha dejado el apartamento de Old Compton Street para refugiarse en un pequeño hotel a dos pasos de allí. Se llama Hazlitt's House. Las habitaciones no tienen números, sino los nombres de huéspedes del siglo XVIII. Él vive en el último piso, en la habitación William Duncomb. La habitación huele a madera, tiene muebles estilo *country,* de cerezo claro. Tiene una chimenea donde ha amontonado los libros y los periódicos. Hay dos sillones y dos grandes camas. Por la mañana una chica francesa le lleva el desayuno. El pan está siempre caliente, como los cruasanes. El café, aromático e hirviendo. A veces se lleva a la habitación un par de latas de cerveza y unos emparedados que consume de pie, junto a la ventana, mirando el edificio de enfrente. Por la noche pasa su hora habitual en el Brief Encounter, un pub en St. Martin's Lane. Y se mezcla con los centenares de hombres que charlan y beben, con los chicos *fashion,* con los oficinistas con su maletín veinticuatro horas puesto de pie en el suelo, entre las piernas, con los jóvenes de color, con *old queens* que cantan a coro, en la planta de abajo, *West Side Story* o *My Fair Lady,* todas arracimadas alrededor de un piano de cola. Nadie le habla y se siente bien entre esas jarras de cerveza que pasan por encima de su cabeza, entre esa gente que le parece alegre o, por lo menos, que no oculta las ganas de cantar y alborotar. Él observa, como siempre en una esquina, sentado en un taburete, si tiene la suerte de que haya uno libre. De vez en cuando se encuentra con la mirada de otro. Aparta inmediatamente los ojos. Al niño-Leo no le gusta ser objeto de atracción y de curiosidad.

Una noche vuelve al Heaven Club. La pista rebosa de gente *trendy* que baila, pero en la planta de arriba la atmósfera alrededor de la gran barra del bar es más bien la de un club. Se sienta con su cerveza y mira los vídeos. Juega a una tragaperras electrónica y gana ocho libras. Vaga toda la noche entre las plantas de la discoteca. Se come un pastel de riñones que le calientan en un horno microondas. Escucha un retazo de conversación, nota cómo a cada hora la fauna cambia y, cuando un cierto tipo de jóvenes con ropa más bien ordinaria se va, es sustituido primero por los *post punkies,* con sus peinados vertiginosos, y después por los herederos de los nuevos románticos, con las camisas de encaje, los zarcillos en las orejas, las coletas en la nuca, los flecos y los *breeches* marineros, y, al final, por los siniestros, que transforman el local en un mitin de cuervos algo fúnebre incluso bajo los reflejos amebianos de la iluminación psicodélica.

El servicio es una gran habitación con una sola letrina que sigue el perímetro del local. Un «muro del pis» con el canalón de evacuación lleno de pastillas de naftalina. La gente entra y choca contra la pared de azulejos azules. Él se va a un rincón. Pocos segundos después un chico se pone a su lado. Leo se la entrevé hinchada, pletórica. Ve la parábola enérgica del chorro que salpica en la pared. Por un instante le incomoda. Luego le da rabia. «¿Cómo es posible sacarla cuando Thomas se está muriendo?», se pregunta. Se abrocha y sale, dejando al boy contra la pared. Refunfuña, habla solo, anda deprisa entre la gente que baila, choca con los chicos, apartándoles con decisión para abrirse paso. Está turbado, porque no se oculta a sí mismo que ha sentido placer, como un latigazo de energía, que ha notado que todavía hay alguien, por ahí, que la tiene. Le parece

absurda la ambivalencia de su propia reacción emocional. Tendría que ponerse de rodillas y rezar, a oscuras. Tendría que ayunar y flagelarse con un cilicio. Y sin embargo ahí está, vagando de pub en pub, de discoteca en discoteca. Por primera vez comprende que no se está muriendo en absoluto, como pensaba. Sigue viviendo, aunque no precisamente deseando. Sigue viviendo sin Thomas. Leo sin Thomas. Es inconcebible. Significa solo una cosa: que también Leo ha muerto. Y no en el otro, que en cambio ha llegado fiel al final de su existencia. Sino precisamente en su ideal. Porque él está destinado a seguir, y de esta manera a matar, día tras día, aquella unidad armónica que se llamaba Leo-y-Thomas, que ya no existe ni podrá existir.

Sale rápidamente del Heaven. Ha bastado solo una ocasión tan ridícula para precipitarle en la confusión y la angustia. Respira hondo, como aprendió a hacer cuando era un atleta. Intenta volver a tomar contacto consigo mismo. A su alrededor el tráfico nocturno de Charing Cross discurre frenético, atravesado por ruidosas bandas de borrachos. No, no se buscará un amante, no sustituirá a Thomas. Por lo que a él concierne, se siente completamente fuera de juego. Tendrá que pasar mucho tiempo antes de que pueda sentirse preparado para otra ocasión. Ha vislumbrado un cambio de recorrido y lo quiere llevar hasta el final. Solo entonces podrá encontrar a un nuevo compañero. Siempre y cuando lo quiera. Siempre y cuando su destino lo prevea.

Unos días después, en el vuelo de regreso, se pregunta si ha viajado para algo. No lo sabe. Solo sabe que desde que ha renunciado al amor —en ciertos momentos, mientras anda por la calle, en la música de una discoteca, solo en su habitación, oye las

palabras «¡Ha muerto!, ¡ha muerto!, ¡ha muerto!» traspasándole el corazón y el cerebro— no está haciendo otra cosa que concentrarse en sí mismo para aprender a amar a la persona que lleva su mismo nombre, que los demás reconocen como Leo y que él está, por fin, devolviendo a casa.

Al contemplar el atardecer sobre los Alpes siente que para seguir viviendo y progresando tiene que amar a aquella misma persona que la carta de embarque ha asignado a su asiento, allí, junto a la ventanilla que abre su mirada a un día y una noche de Europa.

Milán, en su casa, entre sus libros, entre los pequeños objetos preciosos que compró en sus viajes por el mundo, entre sus velas siempre encendidas y las docenas y docenas de botellas bien alineadas sobre la mesa esquinera de caoba que le sirve de mueble-bar, se siente como en un refugio antiaéreo. La ciudad, patas arribas y desgarrada por las obras del metro, paralizada por los trabajos de mantenimiento del sistema hidráulico o telefónico, quebrada por barreras de grandes paneles de láminas onduladas que protegen las vías oxidadas de los tranvías, acribillada por agujeros, cavidades, boquetes de los que emergen hombres doloridos y sucios, se le aparece como recién bombardeada. Y la bruma que perennemente la envuelve le parece la de una ciudad que se eleva entre los escombros.

Solo sale de noche, compra los periódicos del día siguiente en los quioscos de Porta Venezia, pide la comida y hace la compra por teléfono. La gente lo incomoda, se siente indeciso e inseguro. Muchas veces se olvida de la vuelta en el quiosco o da propinas desproporcionadas al mozo de la droguería o al portero del restaurante chino. Cuando, tres veces por semana, llega la asistenta, él no sale de su habitación. Cuando ella llama a la puerta, él sale de la habitación para que la arregle y se refugia en el baño. Cuando

llega el momento del baño, se encierra en el estudio. Y sigue así, a través de las estancias del piso, para encontrársela lo menos posible. Es como si huyera, metro a metro, de una batida de caza cuyo fin no es tanto el de capturarlo como el de hacerle salir de la madriguera, cambiándole el orden de su hábitat Se siente acorralado, pero necesita a alguien que, en silencio, se ocupe de él.

Intenta escribir, pero está insatisfecho de lo que hace porque no llega jamás, de verdad, al centro de su angustia y de su dolor. Tergiversa, sublima, teoriza, pero no logra sentirse satisfecho, porque advierte que sigue mintiendo. Sabe que no es allí donde él se escribe. Aun intentando varias modalidades de aproximación e innumerables tácticas de acercamiento, el centro se le escapa como el objetivo diabólico de un videojuego. Pero, a fin de cuentas, ¿por qué escribir? Y sobre todo, ¿para qué publicar? ¿Por qué convertir ese dolor tan privado, y tan esencial, en un pequeño objeto limitado para tirar al desguace o al polvo?

Cuando era poco más que un chico, empezó a escribir, a viajar por museos y exposiciones de arte, a ir al cine o al teatro todos los días. Sus compañeros charlaban solo de fútbol o de improbables aventuras sexuales. Y eran argumentos que a él no le interesaban. La idea de la vida que había detrás de aquellas charlas le asqueaba. En la oscuridad de un cineclub, en el silencio de un museo sentía, en cambio, su diversidad como fuerza. Entendía cada vez más, conocía. Y cuando empezó a escribir lo hizo porque le había parecido la manera más natural de expresar esa diversidad suya. Sin embargo ahora, diez, quince años después, escribir se ha convertido para él en una profesión también, en un oficio. Y cuando mira los objetos que lo rodean bromea, melancólicamente, al decir: «Aquellos dos

jarrones son el fruto de una colaboración editorial; aquellos leones de mármol indio son cinco críticas; la cama y el armario, un libro; el sofá, la cocina, el bar, otro libro, y aquella botella de coñac, una página publicitaria sobre Florencia». En estos momentos lo ve todo como una prisión construida con palabras mercadeadas. El televisor-John Fante, el lavavajillas-Jack Kerouac, los silloncitos-Peter Handke, las plantas-Patricia Highsmith, la mesa-Linus, la librería-Rockstar, el ropero-*L'Espresso,* el ordenador-Transeuropa Edizioni, el mármol del baño-derechos de traducción en Alemania, los kilims anatolios-derechos de traducción en Francia, el automóvil-derechos cinematográficos. Palabras, palabras. Vive de palabras, en el sentido más literal del término. Y cuando a las tres de la mañana, o a las cinco, riega abundantemente con su ron preferido el hielo del vaso de cristal-Christopher Isherwood, por un instante, angustiosamente, se pregunta: «¿Cuántas palabras estoy ahora consumiendo en realidad y de qué historia en particular de entre las que he escrito?».

Él, que había confiado a las palabras, no todavía a la literatura, no todavía a los libros, sino precisamente a las letras y a los cuentos, toda el ansia y el deseo de un cambio en su vida, se encuentra ahora anulado por la falta de deseo por las palabras. Y, consecuentemente, por las cosas. Y si mira fuera de sí, si ve cómo se comportan los demás, y, sobre todo, quiénes son los que desarrollan su mismo oficio, se siente precipitar otra vez en esa clase de bachillerato de la que ha intentado huir durante años. Los demás hablan todavía de deportes, comentan a quién se le da bien la geografía, a quién las ciencias naturales, a quién la química, a quién la educación cívica o la historia o la religión.

Ve, incluso entre sus coetáneos-colegas, el que está destinado a la Academia o al Poder, de la misma manera que veía entonces al hijo quinceañero del contable heredar con éxito la asesoría del padre, la presidencia del Rotary o del Lions provincial, la secretaría local del partido del Gobierno. Ve las carreras y se siente enjaulado una vez más. Quiere salir de la clase, dejar a sus compañeros para seguir su propio destino diferente. Pero ahora es todo más difícil, sin vía de escape, porque Leo está oprimido. Precisamente por los resultados de su elección de libertad. Ahora ya no puede escapar. Solo puede callar y escabullirse.

Toma cuerpo en él el proyecto de escribir libros para diez, veinte personas. Libros expresamente destinados a quien pueda comprenderlos, a los amigos de los que se fía. Que lo respetan, que le prestan atención, que no juzgan si ha hecho algo bueno o malo, sino que interpretan su disponibilidad de base, su necesidad de contar algo a alguien. Se vuelve obsesivamente celoso de lo que escribe. Un día casualmente divisa, en el metro, a un desconocido que lee un libro suyo. Tiene que apearse, rojo de vergüenza. Hubiera querido arrancárselo de las manos, pegarle con violencia e insultarlo. Y por un instante se le ha acercado, obedeciendo a estas exactas palabras: «Ahora voy allí y le parto la cara». Después se ha bajado, casi escapando, descompuesto.

Cuando piensa en este episodio le asombra la idea de haber sido sorprendido, desnudo, por un desconocido. Siente, en definitiva, aquel libro o los otros que ha escrito como su cuerpo desnudo. No una emanación de sí mismo, una proyección, una transferencia, sino realmente su propio cuerpo. Leer aquellas páginas es adentrarse en su piel, en sus nervios, hacer el amor con él, odiarlo, recordarlo,

soñarlo. Y esto le parece intolerable. Quizás, al salir de aquella clase de bachillerato, había querido precisamente que así ocurriera, había deseado ofrecerse en bandeja a los demás, entregando el cuerpo de sus palabras. Ahora se siente como una *pin-up* envejecida que sorprende a un chiquillo lleno de granos masturbándose con sus fotos juveniles, espiando libidinosamente los acoplamientos carnales de su juventud. Y todo esto no le produce un placer narcisista, al límite de la coquetería, sino solo una percepción de vergüenza y de muerte. Probablemente si no escribe, si no quiere escribir más, no es tanto porque le falte la inspiración, no es tanto porque haya perdido a Thomas, sino porque se está haciendo viejo. Porque su cuerpo empieza a crujir bajo el peso de todo lo que se ha escrito encima; en definitiva, se avergüenza de aquel cuerpo suyo demasiado encorvado por las palabras. Y entonces desiste y vuelve a caer en la inactividad.

Día tras día, cada vez es más consciente de que la pérdida de Thomas lo está minando por dentro con un estallido devastador y catastrófico. Ahora bien, si puede circunscribir racionalmente la desaparición de Thomas diciéndose: «Esto es lo que hay, no puedo hacer nada», en absoluto puede repetir lo mismo con respecto a lo que le está sucediendo interiormente. Porque no tiene la más vaga idea de lo que le está sucediendo. Para todo ello no tiene todavía palabras ni explicaciones plausibles. Lo único que puede hacer es adoptar una actitud de espera. Y, reflexionando sobre ello, se da cuenta de que desde hace meses, inconscientemente, en las salas de juego del Soho o en su ir y venir entre los *night clubs* de Milán, toda su vida no ha sido otra cosa que una oración de ininterrumpida sinceridad. Durante meses todo lo que ha hecho o dicho, lo que ha

comido, bebido, dormido o viajado, todo lo ha hecho en nombre y alabanza de Thomas.

Ha transformado su obsesión en una mirada abierta sobre sí mismo. Desde que Thomas murió, es como si su sensibilidad se hubiera purificado; y ahora intenta ir hacia lo esencial. En este sentido Thomas no es solo un cadáver que siente que lleva adherido encima, sino una semilla de vida sepultada en su propia mortalidad. Él acuna, en lo más profundo, esta semilla, le da calor, asiste a su crecimiento intentando crecer con ella. Puesto que Thomas, en sus complicadas introspecciones y rechazos, ya es el iluminado, el traspasado. Cuando lo vio en el lecho de muerte, envuelto en el sudario, pensó precisamente en esto, en Thomas que se estaba transformando en el Thomas-niño, que avanzaba, en aquel breve tiempo que la vida todavía le concedía, hacia el origen; que se transformaba, a través de la enormidad del sufrimiento, no en algo diferente, sino en aquello que íntimamente se le parecía más: una materia infantil precozmente formada y nostálgica de la quietud de la nada.

Así, lo que él llama oración no es más que una manera de escuchar las cosas y a los hombres, de observar y contemplar, que tiene que ver con su forma misma de ser. No tiene altares frente a los que arrodillarse, no tiene templos ni simulacros a los que sacrificar; por lo que celebra como liturgia la vida misma. Advierte la presencia de lo sagrado como algo tangible en la realidad, algo en lo que su mirada se posa con devoción. Cuando piensa en la oración, se dice: «Yo no sé rezar, sobre todo no sé a quién rezar». Luego recuerda su juventud, las horas de meditación, las discusiones con

los sacerdotes, la recitación de la palabra. Y su mano busca en la librería, automáticamente, la Biblia.

Lee, preferentemente, el Viejo Testamento, en particular a los profetas Isaías, Jeremías y Óseas. La raíz de esta elección no es solo una preferencia estética, sino más bien el hecho de que todavía no siente que la redención haya llegado a su vida; y los evangelios le parecen como escenas de una fábula que no entiende. Por el contrario, cuando lee a Óseas, cuando reflexiona sobre la metáfora según la cual Dios elige que su pueblo sea concebido por el vientre de una prostituta; cuando considera el hecho de que Dios se dirige al hijo con el lenguaje del enamorado, cuando lo ve agacharse para enseñar los primeros pasos al pequeño Israel cogiéndolo de la mano; cuando lo ve enfurecerse por la traición y la cerrazón con las que es correspondido su amor extremo, Leo advierte, entonces, su propia vocación religiosa como algo irrenunciable. No goza de la serenidad del místico, sino solo de las turbaciones de un alma consagrada a la búsqueda.

«You have been bitten by the metaphysical bug»,[1] le había dicho un día, sonriendo, un amigo sacerdote. Más de una vez se le había ocurrido decir: «No puedo vivir sin Dios, pero puedo vivir sin religión». De hecho, si ha abandonado la práctica de la religión en la que se crio y mediante la cual aprendió a marcar el mundo, su ambiente, sus sentimientos, ha sido por una profunda incompatibilidad entre su vida y su misticismo. Lo ha hecho porque no solo acarreaba su propia emotividad, sino también su sensualidad, en la búsqueda de Dios. Al mismo tiempo veía que la religión se vivía de manera blanda, atrozmente castrada, sin la pasión fecunda, la receptividad violenta de la feminidad o la

exuberancia de la virilidad. Una religión sin sexo para hombres que temen las pasiones y la fuerza del amor. Una religión acomodaticia, burguesa, la mayoría de las veces hipócrita. Mientras que él, incluso en su silenciosa oración, era consciente de que ponía en juego toda su sexualidad. Por esto leía a Óseas. Porque en aquellas páginas no había una visión exclusivamente mental de la relación entre Dios y su pueblo, sino una representación de cuerpos, de prostitución, de abandono, de delirio de la separación, de rabia, de protección paterna. Como sucede, desde siempre, entre los hombres que se aman.

En ocasiones había rezado mientras hacía el amor. Su mirada se extendía sobre la desnudez del cuerpo deseado con una devoción muy casta, incluso virginal. Sentía el milagro de tener a su lado la belleza de la creación y de poder contemplarla en silencio. De poder tocarla, absorto, con la punta de los dedos, como podía, con la mirada, acariciar, en ciertas puestas de sol, la montaña. No se le ocurría, ni tan siquiera remotamente, la idea de la posesión y del dominio sobre el otro. No quería robar, ni pretender, ni arrancar nada. Quería que todo se mantuviera intacto en una sensación de gratitud y de plenitud. Podían transcurrir horas en estos reconocimientos en los que el cuerpo del amado se convertía en el universo, con sus constelaciones y sus mundos. Y cuando era Thomas quien se adentraba en él, recorriendo con la mirada y con las manos su cuerpo, también entonces rezaba deslizándose en el sueño porque sentía la felicidad de vivir su embarazosa finitud como un valor que otorgaba paz a los demás. Y para llegar a estos momentos de amor y de devoción había tardado prácticamente una vida —ya que eran, en realidad, momentos extremos de

recapitulación— y él los llamaba, entre Isaías y Virgilio, «la edad de oro». Eran momentos de tal intimidad que, por un instintivo pudor, nunca había hablado de ellos con Thomas.

El deseo de religión había saltado como una trampa durante el abandono de Hermann. En aquella época la separación actuaba en Leo como una continua anulación. Sentía que no habría sido capaz de vivir sin un valor fuerte y consolador al que seguir. En aquel momento desenterró de su conciencia la religión, diciéndose a sí mismo: «Si he creído en ella durante dieciocho años, ¿por qué no puedo seguir?». Sin embargo, le fue imposible seguir. Había acudido a un sacerdote y le contó, en confesión, lo que le estaba pasando. Mientras hablaba, incómodo y confuso, se dio cuenta de que en realidad el más desconcertado era el otro. El sacerdote balbucía:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —aferrando la corona del rosario.

Leo podía ver el sudor escurrirse entre sus dedos agarrotados sobre la corona. Y entonces, con un ademán de orgullo, puesto que nada da más valor que ver a los demás confundidos e incómodos, él, el León, le dijo:

—Yo quiero vivir según mi naturaleza. ¿Por qué mi libertad tiene que ser juzgada por la conciencia de los demás? ¿Por qué tengo que ser reprobado por cosas por las que doy gracias? Está escrito en la primera Carta a los Corintios. Entonces ¿por qué tengo que arrepentirme? Yo deseo ser feliz. Como expiación me parece suficiente el hecho de tener que seguir vivo. No fueron diez, o cien o mil hombres quienes nos salvaron, padre, sino uno solo; y fue suficiente una vida, solamente una, para que Dios se reconciliara con la de miles de millones de criaturas; eso solo puede evidenciar la enormidad del dolor de vivir. No puedo amar la religión del cilicio y la

pena. Preferiría amar la religión de la plenitud. Preferiría ser feliz en mi religión, porque la siento como una necesidad biológica, como comer, como beber, como hacer el amor. Pero parece que vosotros no lo entendéis. Intento hablar con sinceridad, pero vosotros negáis mi existencia misma. Sin embargo, por lo que a usted y a mí se nos alcanza, también los perros tienen un Dios.

No, de esa manera solo era una trampa. Habría podido entrar en una comunidad, lo habrían acogido con alegría. Se hubieran sentido con más razón del lado correcto porque la oveja descarriada había vuelto al redil. Pero él no podía renunciar a sí mismo, no podía mutilarse, convertirse en uno de los muchos millones de castrados por la religión, una pobre alma blanda y penitente temerosa del mundo. Y por eso había abortado poco a poco, día tras día, su necesidad de Dios. Si el abandono de Hermann lo había empujado hacia la peregrinación solitaria y la interioridad, la separación de Thomas lo empujaba hacia la religiosidad y la sacralidad de lo humano. Posiblemente con Hermann se había jugado toda su necesidad de absoluto, encarnada en una relación de amor, y, en el momento en el que esta le había sido negada, había buscado, como compensación, la experiencia del misticismo. Con Thomas se había planteado la relación de forma completamente distinta. No había diferencias entre los niveles de amor que había vivido con ambos, porque el amor, como el dolor, no puede crecer ni disminuir. Era una perspectiva diferente con Thomas. Sabía, desde el comienzo, que jamás habría podido ser «todo». Por eso llamaba a su amor «habitaciones separadas». Él vivía el contacto con Thomas como si supiera, íntimamente, que antes o después se habrían dejado. La separación era una fuerza constitutiva de su relación y formaba

parte de ella de la misma manera que la idea de atracción, de crecimiento, de deseo sexual. Era una certeza que, si no impedía el abandono, lo hacía más humano. Con Hermann nunca había sentido la muerte tan cerca de su amor. Con Thomas sentía la muerte solo en relación con la vida.

Hermann se le había aparecido un día, guapísimo, en la sala de un museo de arte moderno. Lo había entrevisto al fondo de una galería, solo, mirando un cuadro, acercándose y alejándose de la pared. Altísimo, ligeramente cargado de hombros, con un mechón de pelo rubio que le caía sobre la cara angulosa. Leo no sabía nada de Hermann. Sin embargo se enamoró de él. Pensó que había tropezado con un Chez Maxim's, pero tropezó durante dos años con un *wrong blond*. No es que Hermann no lo amara, pero seguramente Leo vivió su relación como un infierno. Desgarradores momentos de abandono, de lágrimas, de abrazos, y luego jornadas de violencias, separaciones, infidelidades, traiciones. Hermann iba y venía de su casa sin ningún orden concreto. Desaparecía y reaparecía. Incluso en plena noche. Y Leo tenía que sufrir la locura del otro. Pero seguía pareciéndole guapísimo y, cuando Hermann se acurrucaba entre sus brazos, se sentía sacudido hasta lo más profundo por el amor que le ofrecía.

Una noche, en Roma, Hermann había llegado a casa sangrando y lleno de moratones, la camisa desgarrada, un diente partido. Era verano, un julio sofocante y muy caluroso, y ellos vivían en una habitación al final de la calle Serpente, en la Suburra. Una pequeña habitación sin ventanas en la que la cama de matrimonio ocupaba

casi por completo el espacio disponible. Las paredes eran de contrachapado, frágiles y manchadas de humedad. Podían oír los gritos de los vecinos, la voz de un hombre borracho que volvía de noche, la de los niños que chillaban, la de una mujer desesperada. Contaba con un pequeño baño con una taza y el caño de la ducha. El desagüe estaba atascado y había que procurar lavarse con poca agua para no encharcar toda la habitación, lo que sucedía siempre que Hermann se duchaba. Salía del retrete haciendo como si nadara, divertido. Los periódicos flotaban sobre la moqueta y Leo se desesperaba. Pero Hermann se le tiraba encima y él era incapaz de rechazarlo.

Leo tenía que trabajar en la producción de una película. Pero no lograba arrancar. No conseguía llegar puntual a las citas, no tenía ideas. Perseguía por teléfono al director desde una cabina de via Nazionale. Si se cortaba la línea, no tenía más monedas y no sabía cómo podía dar con él. Un día, mientras hablaba con las oficinas de producción, notó olor a quemado y vio salir un humo que enseguida llenó la cabina. Se lanzó hacia afuera soltando el auricular. Sentado en la acera estaba Hermann, con las cerillas en la mano. Había prendido fuego a la guía telefónica, así, por hacer algo. Y Leo no se lo había tomado a mal. Se echó a reír, se abrazaron, y cruzaron via Nazionale interrumpiendo el tráfico, dando manotazos a los capós de los coches, que frenaban de golpe a un centímetro de ellos, mientras ellos los silbaban e insultaban como dos gamberros felices.

Aquella noche, en Roma, Hermann volvió molido a golpes, sangrando. Los camellos habían desaparecido de la circulación y desviado la mercancía hacia los puntos de veraneo. Desde las barriadas, los drogadictos que se habían quedado en la ciudad

abordaban a otros desesperados, agrediéndolos para robarles una dosis. Era una guerra entre despojos humanos, entre salvajes. Hermann había sido sorprendido en un parquecito en busca de caballo. Los mismos que a lo mejor la noche anterior habían compartido un *buco* con él lo habían asaltado, pegado, robado aquella miseria que se estaba metiendo. Había vuelto a casa vencido, lloraba, sufría. Despotricaba como un niño que quiere su comida. Leo, entonces, se vio obligado a salir de casa, a rastrear la plaza y un par de bares detrás de Piazza Navona, a negociar por fin con un africano, a esperar horas y horas al final de Trastévere, con putas que le hacían proposiciones y lo molestaban, y a las que él solo era capaz de responder con palabras agresivas. Por fin el africano volvió, le entregó la papelina y él se fue corriendo a casa.

Hermann estaba tirado en la cama, había vomitado, una botella de coñac estaba volcada en el suelo, en un rincón. Había encendido docenas y docenas de velas y el hedor era insoportable. Había quemado un periódico, página tras página, y las cenizas negras estaban por todas partes. El calor era el de un horno crematorio. Leo le dijo que le había conseguido una dosis, se la tiró encima de la cama y se fue a sentar en el retrete. No oyó nada durante casi una hora. Después vio a Hermann acercarse a él, completamente desnudo, con el aire inocente y desamparado que tenía cuando estaba colocado.

Hermann se arrodilló a sus pies y lo besó; agarrándose a sus piernas, lo desnudó, lamió las lágrimas que brotaban, silenciosas, de los ojos de Leo. Le pidió perdón y se entregó a su abrazo con una ternura desgarradora, guiándolo, invitándole, provocándolo. Y Leo había hecho el amor, llorando, y una vez más pudo vengarse de

aquel amor suyo pegándole, sacudiéndole, abofeteándolo en la furia del coito. Se sentía devastado porque veía que lo que él consideraba lo más bello del mundo, Hermann, estaba sometido a la más feroz brutalidad.

Veía la belleza ofendida y eso lo enloquecía. Si había un lugar para Hermann, solo podía estar entre los arcángeles. Y sin embargo había caído en el dolor del mundo, como un ángel maldito. Y el amor de Leo, y todo lo que Leo era capaz de hacer por él, incluso ofrecerle su propia vida —como estaba haciendo en realidad—, solo podía llevarlos, cada vez más, a la perdición, tanto a uno como a otro. Se había dado cuenta de que se estaba convirtiendo, para Hermann, en una especie de verdugo necesario. En una persona que, precisamente porque lo amaba, no lo alejaría de su propia destrucción. Y este mito, perseguido durante años en la desidia de la vida provinciana, en Leo también estaba explotando con una furia que jamás se habría esperado. Eran solo dos chicos que corrían hacia el aniquilamiento con una determinación que no admitía obstáculos. Eran dos bellezas que gozaban al ser ofendidas y violentadas, puesto que ambos consideraban que el mundo no los merecía y que nadie alcanzaba a comprender su valía. Estaban en guerra con los valores de la sociedad y en contra de la normalidad. Eran rebeldes y se sentían diferentes. Su relación era precisamente una guerra separada.

Como el inexorable discurrir de los años iba a demostrar, en realidad solo eran dos muchachos inmersos en una locura que iba a borrar de la faz de la tierra, uno tras otro, a sus amigos y a la parte que creían más brillante de su generación. Año tras año iban a ver morir a sus coetáneos de veintisiete, veintiocho, treinta, treinta y dos

años. Por sobredosis, por *delirium tremens,* por infarto, por colapso, por asesinato. Y cuando la vida parecía haber tomado la delantera con matrimonios, carreras bien encauzadas, trabajo exitoso, entonces el pasado volvía inexorablemente, un día, una noche, durante un viaje, a golpear fatalmente como la sentencia de una pena incumplida.

En Florencia, una noche de enero, Leo decidió abandonar a Hermann. No podía seguir ni un día más con esa obsesión que desde hacía unos años lo estaba matando. Solo había dos soluciones posibles: o morir los dos o dejarse. Y él quería vivir. Así que, cuando Hermann salió del apartamento a las tres de la mañana después de una de sus habituales broncas, Leo cogió su fotografía, que llevaba desde hacía años en la cartera, y la tiró a la basura. Desde hacía meses intentaba ejecutar esta acción sin conseguirlo nunca. Frente al cubo de la basura volvía a guardar la foto en su sitio. Aquella noche, aquella madrugada, lo consiguió con una calma nada natural y con una facilidad que lo sorprendieron. Se sintió enseguida aliviado, respiró profundamente y volvió a la cama, diciéndose a sí mismo: «Ya está hecho; ya está».

Desde ese momento, sufriendo como solo alguien que ha sido abandonado puede sufrir —puesto que él había sido abandonado, aun cuando la decisión del abandono la había tomado él en primera persona; en realidad, se trataba solamente de hacer explícita una situación que se arrastraba desde hacía tiempo: su relación con Hermann no podía durar—*,* desde ese momento, Leo no lo volvió a buscar jamás. Y cuando se encontraron de nuevo, años después, en una casa en la playa, tuvo la certeza de que lo habría amado

siempre y, al mismo tiempo, de que eso no habría sido nunca posible. Ni en esta ni en ninguna otra vida.

Si ahora vuelve a pensar en Hermann, en su abandono, y lo relaciona inevitablemente con la pérdida de Thomas, descubre que, tras aquella primera relación, había conservado la voluntad de encontrar a alguien, de volver a colocar su vida en los carriles apropiados. Y de hecho había llegado Thomas, precedido por alguna pequeña aventura de asentamiento. Ahora, en cambio, la desaparición de Thomas ha aniquilado la búsqueda de un nuevo compañero. Hermann lo había echado en brazos de Thomas. Thomas lo deja completamente solo, sin ningún deseo de volver a empezar. Más bien con el terror, incluso el miedo físico, que emerge día tras día, de tener que volver a empezar con otro. La muerte de Thomas está quebrando el karma de las reencarnaciones del amor. Y Leo empieza a creer cada vez más, o a sentir la ilusión, de que solo en esta nueva soledad podrá sentirse a salvo. No renunciará a la vida, sino solo al dolor. Y podrá renunciar al amor y a la sexualidad en nombre de un valor más grande, el de su propia supervivencia.

De esta manera la pérdida de Thomas lo está llevando lejos, hacia sí mismo. Ahora que Thomas ha muerto y se ha transformado en una presencia que palpita y que vive dentro de él, el mayor esfuerzo de su vida es aceptar que debe descubrir el sentido de su propia soledad. Por eso, un ventoso día de marzo decide volver al pueblo en el que nació, a la casa donde vivió durante veinte años, bajo el mismo techo que protege el sueño de sus padres.

El pueblo es una pequeña localidad de la baja llanura padana, con sus soportales, su empedrado en la calle Mayor, la basílica dedicada al santo patrón, el palacio renacentista, las torres, los campanarios, el torreón, las viejas casas decimonónicas del centro, algunos edificios del siglo XVIII, la estructura urbana que ha permanecido intacta y concentrada alrededor de la circunferencia de las viejas y desaparecidas murallas. Nació aquí, en una casa vieja y grande que todavía se asoma a la plaza principal. Todavía, por poco. Ya ha sido desalojada. Los inquilinos se han ido, los comerciantes han dejado sus tiendas, el barbero es el único que se ha quedado. Dentro de poco comenzará la demolición para dotar al pueblo de otro edificio sin historia y sin estilo, repleto de apartamentos de una o dos habitaciones, con techos bajos, con ventanas anónimas, con las paredes posmodernas pintadas de rosa salmón o verde agua. Pero él no se escandaliza. Sus padres pensarían lo mismo. Solo los prisioneros necesitan espacio. Y él, que vive en la ciudad, lo conservaría todo con una devoción sagrada por el pasado. Se asombra, por ejemplo, de cómo un pequeño templo devocional, probablemente del siglo XIX, que ha quedado intacto en la carretera nacional, a escasos metros de la casa donde nació, haya caído en el más absoluto abandono.

Cuando era niño, la abuela llevaba a Leo a esta pequeña iglesia, cogiéndolo en brazos, para enseñarle el altar que había dentro, el cuadro de la Virgen, los jarrones de flores. Para mucha gente hay un árbol que marca la pauta del devenir, del crecimiento, del pasar de los años. Muchos se acuerdan de aquel abeto, de unos veinte metros de alto, que plantó su padre cuando eran pequeños. Y también Leo recuerda haber plantado aquellos chopos, ahora muy altos, delante del edificio del instituto, en una jornada de octubre dedicada a los árboles. Pero al ver aquel desfile de chopos no siente ninguna emoción. Sin embargo, cuando pasa delante del pequeño templo de la carretera se acuerda de cuando era niño, de cuando tenía que trepar por las rejas de hierro para mirar dentro. Ahora puede vislumbrar el interior echando simplemente una mirada. Ha crecido. Y el templo se ha vuelto más pequeño, más recogido, de perfiles más definidos. Quizás esté también más solo. Pero para él sigue siendo la unidad de medida del tiempo.

Al llegar a casa deja el coche en la avenida arbolada, a unos diez metros del quiosco sagrado. Y descubre que le han puesto al lado dos cubos metálicos para la basura, y que uno de los lados está cubierto de anuncios publicitarios. Entonces entiende que su sentido de conservación de la realidad o de aquella que ha conocido, o de aquello que ha amado, es muy diferente de la sensibilidad de los demás. Está seguro de que si preguntara a sus miles de conciudadanos dónde se encuentra un determinado templo, construido de un cierto modo, con una particular imagen sagrada en el interior, y con aquellas flores y aquella reja oxidada con las iniciales de la Virgen María, nadie sabría indicárselo. A lo mejor ni siquiera su madre. Se da cuenta de que la manera en que él es

capaz de mirar el pueblo donde nació es profundamente diferente a la de los demás. La suya es una mirada cariñosa, dotada de memoria, templada por la lejanía y la separación.

Cuando desaparezca la casa en la que nació, cuando el pequeño templo ante el cual trepaba sea demolido, cuando ya no estén las mismas piedras, no solo morirá el recuerdo de las personas que ha amado en su infancia, incluso él mismo morirá. La siguiente generación nada sabrá de estos hombres de a pie que han atravesado el devenir, de la gente que no dejará huellas, de la que ya nadie nunca se acordará. Gentes humildes, anónimas, pero que le han llevado en brazos y que, en cierto sentido, le han contenido, como contienen todo el futuro. Cuando también el pequeño templo se convierta en ruinas, como de hecho está ocurriendo, se encontrará todavía más solo. Y el pueblo, sin apenas darse cuenta, perderá un minúsculo, infinitesimal fragmento más de sensibilidad.

En la parte opuesta a la casa en la que ahora viven sus padres, justo enfrente de la de su nacimiento, y que dejó junto a su familia hace ya más de veinticinco años, está el cementerio. Al final de la avenida, a un par de kilómetros de distancia, la carretera traza una amplia curva y se incorpora a la circunvalación. Allí está el cementerio, junto a la torre del acueducto municipal. Por mucho que viaje por el mundo, por muchas casas en las que pueda haber vivido o vaya a vivir, de una parte a otra del continente, toda su vida estará contenida en este callejón que va de la casa en la que nació al camposanto. Un par de kilómetros que recorrerá como las estaciones de un vía crucis, el de la encarnación y el del sufrimiento; «de aquí a allí» es un gesto mental que ahora él repite al mirar el

final de la avenida y volver la vista hacia la ventana que le abrió el primer panorama de su vida. «De aquí a allí» es toda su vida entera.

Su madre lo está saludando desde el balcón. Lo ha visto parado en medio de la calle y lo ha llamado con esa voz aguda de joven campesina que ha mantenido intacta a través de las décadas. Sigue siendo aquella muchacha que gritaba por los campos, que llamaba a sus hermanas de una habitación a otra de la gran casa de labor donde nació. Y también esas otras mujeres, cuando se encuentran, reproducen los gestos y el ruido que probablemente era para ellas habitual en aquellos años lejanos de vida en común. Cuatro hermanas separadas por los matrimonios y por las diferentes ciudades a las que la vida las ha conducido, que se reencuentran en pequeños apartamentos, chillando de una habitación a otra como si estuvieran todavía en el campo.

Cuando se reúnen en el dormitorio antes de la misa del domingo y hacen turnos ante el espejo y se perfuman y se arreglan recíprocamente los vestidos, los lazos de las blusas, los fulares, hablando con vehemencia de todos, de quien se ha construido una casa, de quien ha muerto, de quien ha engañado a la mujer, de quien ha sido elegido en el consejo municipal, de los trenes y de los autobuses, de la vendimia, de los nietos, él las mira con veneración, de pie en un rincón, y con complicidad. Le gustaría ser invisible para poder observarlas mejor. Le gustaría grabar, como alguna vez ha hecho a escondidas, su modo de entrelazar las charlas, aquellas maneras de expresarse, aquellos gritos, aquellas imprecaciones, aquellos resoplidos, aquel persignarse que todas hacen apresuradamente como sortilegio. Ve reproducirse en ellas las relaciones jerárquicas. Se da cuenta de las coaliciones entre las dos

más jóvenes y las dos más ancianas. O las repentinas alianzas que dejan a una hermana aislada contra las otras tres; y todo en un vértigo de tacones, abrigos de pieles, naftalina, polvos, pendientes, maquillaje que a los sesenta años ninguna de ellas ha aprendido todavía a aplicarse correctamente en las mejillas, siempre exagerando un poco. Y todas gritan y chillan, hablan en un dialecto apresurado y estridente, todas quieren destacar sobre las demás dando lugar a un charloteo hecho de gestos, correteos de un lado a otro de la habitación, peleas frente al espejo, mutismos repentinos; en definitiva, un guirigay seguramente parecido al que se desarrollaba en la era de su casa el domingo por la mañana, antes de subirse a la calesa para ir a misa en la iglesia del pueblo. Y cuando las ve salir, una tras otra, cada una cerrando y volviendo a cerrar las puertas del apartamento, en un sinfín de portazos y golpes de ventanas y cristaleras, puesto que ninguna se fía de lo que ha hecho la otra, y por lo tanto las vuelven a abrir y cerrar con una mueca de satisfacción y desquite, él, poniéndose al final de la fila, algo encorvado y silencioso, comprueba que la fuerza de la gente de su tierra no es de los machos sino de las mujeres. Ve a estas señoras de más de sesenta años con la vitalidad de unas chiquillas. Las ha visto enterrar a sus maridos y resistir al tiempo; nunca tan enfermas como para ir al hospital; siempre listas, en cambio, para cuidar de sus hombres ingresados debido a las mezquindades de sus cuerpos maltrechos. Cuando se imagina a su madre paseando bajo los soportales del pueblo, envuelta en su mejor abrigo de pieles, con los pendientes de oro de la abuela y esas capas de maquillaje y polvos siempre algo excesivas, o cuando la oye elevar en misa sus «amenes» como si estuviera todavía en la era de su infancia, siente

un instante de terror. Reza para que no entre una gallina hasta el centro de la nave, o que un faisán no cruce la calle principal, porque entonces la vería deshacerse del abrigo de pieles, remangarse la falda, tirar los zapatos ortopédicos y perseguir al pollo entre la gente, gritando, dando palmadas hasta atraparlo; y una vez pillado, con una gran sonrisa, torcerle el cuello o partirle el espinazo con un golpe seco en la cabeza y volver después en medio de la gente, en la plaza, o en la iglesia, mostrando orgullosa y satisfecha su trofeo. Cuando ve a su madre con otras personas, siempre siente ese miedo y mira a su alrededor con ansia, obsesivamente, para asegurarse de que ninguna pobre gallina haya tenido la desgracia de dejarse caer por allí. Porque, a pesar de sus años, ve todavía a su madre como una joven y exuberante campesina. Y cuando se la imagina, a miles de kilómetros de distancia, intentando hacerse a la idea de cómo es ella, se la describe a sí mismo, para recordarla, siempre con estas palabras: «Como una eterna, pobre y guapísima judía».

Ahora ella acude a su encuentro frente al ascensor. Se apresura a cogerle las maletas antes incluso de saludarlo. Él la aparta, irritado:

—Ya lo hago yo, mamá.

Entran en casa. Está oscuro, solo la luz azulada del televisor alumbra la sala. Su padre está tirado en el sillón y maniobra con el mando a distancia en continua búsqueda de películas policiacas y de telefilmes. Se saludan incómodos, con la lejanía que produce el ser ambos conscientes de sus vidas distintas. El padre se levanta y enciende la luz. Él lo detiene, no quiere molestarlo.

En la cocina, una parte de la mesa está puesta con un mantelito limpio. Hay una botella de Lambrusco sin descorchar y una fuente de ensalada. Su madre calienta la plancha. Los dos se escrutan sin

hablar, mientras en el telefilme suenan los disparos y el estruendo de los coches de policía. Él se pasa la mano por el pelo preguntándose si su madre lo encuentra mucho más calvo que la última vez. Después nota que ella se arregla la falda, estirándola por las caderas con un gesto ligero y falsamente distraído. Quizá se esté preguntando si Leo se ha dado cuenta de que ha engordado. En el mismo instante los dos se miran a los ojos y se preguntan:

—¿Qué tal?

Enseguida Leo añade:

—No tengo mucha hambre, mamá.

Al momento se arrepiente, porque ahora se desencadenará la reacción de su madre contra todas las porquerías que se cocinan por el mundo y que él come en los restaurantes, por no hablar de ese insulto, de ese sacrilegio que es la cocina china.

—A esos chinos los he visto yo en la empresa de tu padre. Un pescado hervido y un kilo de arroz, todo junto, cocido todo junto, tripas, sangre, cebolla, romero, todo a la cazuela, como en la guerra, y después todos comiéndolo con las manos. Y tú, venga, venga a ir al restaurante.

Él sonríe porque lo que de verdad ya no traga es precisamente la cocina de su madre, la comida de su tierra. Pero se lo calla, se sirve un vaso de vino y se lo bebe de un trago. De ese vino, fresco y sensitivo, siempre sentirá nostalgia.

Su padre no es un hombre que haya tenido éxito en la vida. No se ha hecho rico. Tampoco es que se haya esforzado mucho. Es un taciturno que sigue levantándose al amanecer para ir de caza en los montes Apeninos. O para hacer batidas en el campo con su perro. Su última idea genial, que él sepa, ha sido construir un pequeño

criadero de aves junto a un manantial, en el campo. Todos los días prepara el pienso para los peces, la comida para los patos, para los pavos reales, para los faisanes o para los pollos. Ha conseguido de un amigo egipcio una pareja de flamencos rosas que han logrado sobrevivir en lo que él se obstina en llamar «el oasis». A él le gustaría que se reprodujeran y fundar así una colonia. De vez en cuando, con los amigos y sus mujeres, organizan torneos de pesca o estiran el gaznate de una decena de pollos para cocinarlos en una cabaña prefabricada. Así pasan los domingos enteros, desde el amanecer hasta la caída del sol. Las mujeres amasan y fríen los *gnocchi.* Los hombres se divierten pescando lucios, peces gato y carpas de más de un kilo. Cada mes que pasa hay entre ellos más viudos o mujeres que han perdido al compañero de su vida. Sin embargo no hay tristeza cuando se reúnen en el oasis.

No es más que una poza asilvestrada, con algún que otro animal, con algún pez, sin embargo él nota que su padre está cautivado por esta pasión. Que aquello es su paraíso, un lugar en el que puede hacer lo que quiere. Probablemente le recuerda la infancia y su vida en el campo. Le recuerda su soledad. Leo aprecia esta faceta de su carácter, arisca y solitaria. Se siente igual. Son dos hombres que no se hablan y sobre todo no se tocan desde hace por lo menos veinte años. Que se evitan, que no se buscan y que no se preguntan nada. Son un espejo el uno del otro, y Leo lo sabe. Se pregunta si su padre también es consciente de ello.

Después de la cena charla un poco con su madre, en la cocina. Para evitar que ella le haga preguntas, le pide las novedades del pueblo, matrimonios, funerales, atracos, divorcios, nacimientos. Pero basta una pregunta para que su madre empiece a hablar sobre el

mundo entero, pasando de un tema a otro sin ningún nexo lógico. Él se ríe. Y se sirve, a escondidas, vino hasta que su madre, sin dejar de hablar, sin dejar de mirarle algo severa, le quita la botella de la mesa.

Las noticias que ella le da son reconfortantes. Incluso cuando hablan de amigas al borde de la muerte por un cáncer, y ella se sorbe la nariz y se seca los ojos con el dobladillo del delantal sacudiendo la cabeza, él no las interpreta como «trágicas». Es como si todo formara parte de la vida del pueblo. El nacimiento, la muerte, la separación se convierten sencillamente en etapas de un devenir colectivo en el que hay siempre lugar para la esperanza, porque la comunidad sobrevive y se desarrolla. Todos dejan hijos, dejan amigos, dejan afectos, y sobre estos sentimientos y sobre estos vínculos profundos, la vida del pueblo sigue adelante, paso a paso. Él entiende el dolor de su madre, o su entusiasmo cuando relata un viaje con las tías y las amigas y le describe los camarotes del ferri como si él nunca los hubiera visto, o los salones de un Grand Hotel como si él no hubiera puesto nunca los pies en uno. Él entiende, pero no siente ni angustia ni felicidad. Todo forma parte de una vida que no es la suya, y en la que él nunca se integrará. Únicamente puede prestar atención, sonreír, ponerse melancólico, pero nunca sentir en su cuerpo la profundidad, en el bien y en el mal, de todo lo que afecta a la vida de sus paisanos. Ahora bien, se divierte observando a su madre. Se divierte con sus relatos, riéndose hasta las lágrimas. Pero todo le queda algo distante. Todo es como contemplar la vida de un pueblo separado.

Sin embargo, cuando vuelve a su tragedia personal, una vez más siente terror y desesperación. Porque sabe que es un drama que no

pertenece a nadie más que a él. Que nadie, en los años por venir, recordará su amor perdido, que nadie le tocará en el hombro para darle ánimo. No exhibirá su luto en la calle principal de su pueblo, no verá reflejada en otros ojos la pena que invade los suyos. No dará apretones de manos, no besará a nadie. Y nadie acompañará el cuerpo de Thomas al cementerio, ni siquiera él. Esto también, se da cuenta, forma parte de otro pueblo separado. Concretamente de otro mundo que vive, sufre y se alegra, paralelo al otro. Y él sabe que para los hombres lo más difícil es precisamente establecer un contacto con el mundo de los demás. Salir y encontrarse con sinceridad. Intenta unir estos mundos distantes y diferentes. Pero es una hazaña que se le antoja imposible. Hace todo lo que está en su mano sabiendo que todo será perfectamente inútil. Solo en el futuro, solo dentro de muchos años, quizá cambie algo. Nacerán personas que intentarán otras maneras de poner en contacto los mundos diferentes en los que cada uno de ellos sigue viviendo. Nacerá por fin alguien que acepte y custodie la memoria de la entidad «Leo-y-Thomas» como un valor del que extraer vida y esperanza. Solo en un futuro. Quizá solo dentro de centenares de años.

Su habitación ya no es, en cierto sentido, la misma en la que vivió durante veinte años. Sigue siendo la misma habitación, la cama es la de siempre, también el escritorio blanco y las baldas colgadas de las paredes repletas de ediciones de bolsillo, libros del colegio, textos universitarios, es lo que siempre veía. Pero ya no es lo que era. Él ya no está entre esas paredes. Solo quedan restos melancólicos o rastros carentes de significado en los que no late la vida. Como leer autógrafos en las vitrinas de un museo.

Pegadas en la puerta han quedado las pegatinas publicitarias de zapatillas de tenis, de vaqueros Levi's, de radios independientes como Punto Radio, Centroradio Citta, Controradio Rock Station y Mondo Radio, «Marijuana-sì-grazie», «Nucleare-no-grazie», el símbolo verde y azul del forfait de Superski Dolomiti, el ratón amarillo de *Aktiv gegen Berufsverbote!,* el panda del WWF, el balón de baloncesto naranja de la liga. Encima del estéreo se ha quedado la ampliación de una fotografía suya en blanco y negro, pero entre sus viejos discos, ahí, sobre todo De André, Guccini, De Gregori, Tenco, Banco, Lolli, Cohen, Nina Simone, Tim Buckley, Cat Stevens, Neil Young, Igors, su madre ha mezclado los suyos: Dalida, Orietta Berti, Iva Zanicchi, Secondo Casadei, Luciano Pavarotti. En un rincón hay un mueble de madera oscura que contiene una máquina de coser. Apoyada en el armario hay una gran tabla de planchar. Bajo el escritorio, la aspiradora.

Su habitación ha sido invadida por los objetos de la casa. Y ha cambiado. Cada vez que vuelve, ve sus cosas ordenadas de diferente manera, hasta que desaparecen. Han desaparecido los grandes carteles de películas como *Cabaret, Perros de paja,* seguramente tirados a la basura. Han desaparecido los más pequeños de *Mattatoio Cinque* y las fotografías de las jornadas de cine italiano del 73, las suyas y las de sus amigos. Ya no está la foto de Claes Oldenburg, ni la de Franz Kline, colgadas, antaño, en un panel de corcho sobre el cabezal de la cama. El color de las paredes ha cambiado y ahora es de un amarillo ocre en lugar del verde palidísimo y transparente de antaño. Su habitación se ha convertido en el depósito de los desechos del apartamento. Año tras año la intromisión de los objetos de uso doméstico se ha impuesto. En esta

habitación, cada vez más parecida a un trastero, escribió sus primeras páginas, los diarios, su tesis de licenciatura, su primer libro. Desde el balcón, mientras escribía, miraba fijamente las luces de la ciudad que brillaban bajo las cumbres de los Apeninos, allá a lo lejos. Eran como otras tantas invitaciones para una fiesta. Allí se desarrollaba la vida y él, en la miseria de su juventud, aquí, en el octavo piso, lo único que podía hacer era soñarla y describirla. Imaginarla como un vórtice de gente que se arrastra bailando de bar en bar, de una fiesta a una discoteca. Describirla como una ciudad de la noche en la que los sueños resplandecen y en la que todos están alegres, bien vestidos, fascinantes en sus coches lanzados a toda velocidad por la llanura. Se sienta ahora ante el escritorio, en el mismo sitio. Tiene que apartar la plancha de vapor y un envase de agua destilada para mirar por la ventana. Pero no consigue ver nada. Intenta levantar la pesada persiana de madera, pero es inútil. Se bloquea por la mitad, torcida como la hoja de una guillotina.

Sobre la mesilla, junto a la cama, han quedado los libros que dejó la última vez y que consigue leer solo aquí, en su habitación. Unos tomos de Antonio Delfini y de Silvio D'Arzo. Desde el balcón de su habitación puede ver los lugares donde nacieron, a unos cuantos kilómetros. Solo en ellos encuentra aquellos aspectos particulares de locura, aburrimiento, melancolía, que habitualmente no se atribuyen al carácter de la gente de su tierra. Pero está cansado de descripciones de un pueblo exuberante, abierto, disponible, cordial, sensual. Ahora a él solo le interesa la parte oculta de ese carácter, aquella que causa los suicidios, la que crea a los enajenados, a los locos del pueblo. Solo en estos dos escritores, de forma diferente, encuentra descrita una cierta impenetrabilidad del carácter emiliano,

una cierta intratabilidad, esa extravagancia o chifladura melancólica y ensimismada que descubriera en su padre y ahora descubre en sí mismo. Se desnuda y se mete en la cama. Abre un libro de Delfini y empieza a leer: «Si tuviéramos alguna vez el don de cantar el llanto y el rencor, la desesperación y la obstinada esperanza, la previsión de la amargura y la imposible renuncia al amor disperso, en medio de los desastres del mundo y del implacable caminar del tiempo o del hombre; nosotros querríamos decir…».

Inmediatamente piensa que también esta vez, como desde hace ya mucho tiempo, se ha acostado temprano, al anochecer.

Se acerca la Semana Santa. Igual que para las fiestas de Navidad y Año Nuevo, como para la de Difuntos y de Todos los Santos, y también para un domingo cualquiera, el pueblo se prepara para vivir el evento de manera colectiva. En cada casa, en cada familia, más allá de las pequeñas diferencias sociales o culturales, todos se preparan para hacer las mismas cosas. El sucederse de las estaciones está marcado por las faenas de la vendimia, de la poda de enero, del embotellado del vino nuevo, de las cosechas estivales del maíz o de la remolacha. En el mes de octubre los carros repletos de racimos de uvas atascan las entradas del pueblo. Se forman largas columnas de vehículos. Nadie toca el claxon y los campesinos, desde lo alto de sus tractores, se convierten en improvisados guardias de tráfico, indicando la opción de adelantar, desviarse, echarse a un lado. Y bajo los soportales, en los bares, en las mesas de los cafés, todos se preguntan, incluso el maestro, el contable, el obrero, si este año la graduación del vino será mejor o peor. A las

doce de la mañana del día de Año Nuevo el pueblo está desierto y, paseando por la calle principal, se puede oír la ráfaga de los estampidos de las botellas recién descorchadas. Y detrás de los cristales de las ventanas, empañados por el calor de los manjares y de los pucheros, se entrevé a un viejo que lleva en brazos a su nieto, a una chica que fuma un cigarrillo, a una señora anciana, con la cara colorada, que se desabrocha la blusa abanicándose con una servilleta blanca. En Nochebuena las familias se reúnen para la cena de vigilia, los *tortelli* de calabaza y el pescado marinado de Comacchio. Desde hace unos años, Leo encuentra en la mesa también salmón, fresco o ahumado. Pero prefiere la anguila. Solo en estas horas del año, y solo por una vez, se come una pequeña. Le deja la lamprea a su padre y el salmón a su madre. Siente el perfume de su infancia, o por lo menos el olor de la mesa de vigilia. No quiere evolucionar, no quiere mejorar. Todo lo empuja hacia atrás, hacia las tradiciones de su familia. Por lo que también la pequeña, chamuscada y sabrosa anguila que tiene en el plato se convierte en un símbolo. Porque, desde que Thomas murió, él solo sabe vivir de símbolos.

El Viernes Santo todo el pueblo se reúne alrededor de la basílica para la procesión del Cristo Muerto. En las casas que dan al paso, las mujeres cuelgan, desde por la mañana, paños negros o morados barrados de luto. Es posible advertir, recorriendo las estrechas calles del centro, una atmósfera de duelo. De hecho lo que se está preparando no es otra cosa que un cortejo fúnebre. No hay folclore, no hay elementos festivos. Todo es triste, casi desgarrador.

Leo y Thomas llegaron a Barcelona el Viernes Santo, un día festivo, procedentes de un viaje en coche por el sur de Francia. Pararon en el hotel Montecarlo, cerca de la plaza de Cataluña. El balconcito de su habitación se asomaba sobre los castaños de Indias de las Ramblas y estaba situado, exactamente, unos diez metros por encima de una pajarera de aves exóticas, junto a docenas y docenas de pequeñas jaulas con canarios, palomas, mirlos, urracas, pavos reales, gallinas, faisanes. El trinar de los pájaros era variado y estridente. Cuando acababan los canarios, empezaban los papagayos, y tras los papagayos, las cornejas. Todo formaba parte de la vida de las Ramblas, al igual que los gritos nocturnos de los borrachos, las sirenas de la policía, el seco estallido de las botellas arrojadas desde los coches en marcha, los gritos de reclamo de las putas al otro lado del bulevar.

Thomas no conocía Barcelona. Nunca había estado en España. Se movía por la ciudad como hipnotizado, siguiendo a Leo, pegándose a su brazo. A veces se quedaba inmóvil frente a un puesto del mercado, contando, en los grandes botes, las docenas y docenas de aceitunas de colores y formas diferentes: negras, anaranjadas, amaranto, verde oscuro, verde claro, pequeñas, grandes, ovaladas, esféricas. O bien delante de los sacos de arpillera repletos de *pimientos*[2] en una tienda de ultramarinos. Era un pequeño comercio lleno hasta el techo de sacos que contenían todo tipo de especias, pimienta, guindilla, azafrán. Los colores eran absolutamente puros, vigorosamente definidos. Como polvos para empastar colores. Se habían quedado inmóviles, de pie en el centro de la tienda, mientras algunos mozos movían los sacos y le decían al contable, detrás de un pequeño escritorio protegido por un cristal, lo

que iban descargando. El aire era harinoso, compuesto por un polvillo flotante de pimienta que hacía cosquillas en la nariz y la boca. El aroma, intenso, acre, casi insoportable. El empleado parecía no hacerles caso. Llevaba una camisa blanca cubierta en los antebrazos con manguitos de raso negro. Tenía una gorra con visera y unas gafitas con montura de metal. El suelo de la tienda era de tablones de madera que habían adquirido un tinte rojizo. Por la ventana se filtraba un rayo de sol humeante de polvillo especiado. Leo y Thomas no pidieron nada, miraban y daban vueltas alrededor de los sacos con los bordes doblados, haciendo comentarios sobre los colores y sobre las especias brasileñas, indias, africanas. Cuando después salieron soplándose repetidamente la nariz, con los ojos llorosos, se sintieron de excelente humor y decidieron apagar la sed con unas jarras de sangría.

Ya desde primera hora de la mañana el sol calentaba. En el despliegue de mesitas de la plaza Real se quedaron en silencio, mirando fijamente las palmeras, altísimas, dando tragos de sangría. Leo liaba perezosamente un cigarrillo, echando de vez en cuando una mirada a su alrededor. Al lado de una fuente había unos *freaks,* los pantalones de colores, el pelo largo, las guitarras, los chalecos, los sombreros de ala ancha de cuero claro. Unos hombres daban vueltas por las esquinas de la plaza ofreciendo hachís. Reunían a un grupito de jóvenes, vendían unas chinas y luego se desplazaban a la esquina siguiente, como en un juego de patio. La simetría de la plaza era absolutamente teatral, como los grandes bastidores barrocos de Roma. Aunque aquí se percibía la fascinación de la modernidad y de un calor diferente. Las persianas altísimas y alargadas de los edificios estaban cerradas. Leo imaginó a una

muchacha de pelo negro y hombros desnudos que se asomaba. Y los colores de este sueño eran el rojo, el blanco y el negro. Leo tocó el brazo de Thomas para hablarle. Y lo vio recostado en la silla, con el torso desnudo, las piernas abiertas, los ojos cerrados de cara al sol. Hubiera querido besarlo, pero prefirió acariciarlo con los ojos. Reparó en el brillo de una gota de sudor que bajaba de la cavidad de su axila. La miró con intensidad y deseo.

De repente resonó en la plaza el ruido de una carrera y el vocerío de un grupo de niños. Thomas abrió los ojos y miró a su alrededor, como aturdido. Leo le señaló el grupo. Eran una docena de nazarenos, jóvenes, vestidos con las túnicas y los mantos de la procesión. Algunos iban con la cabeza descubierta, otros llevaban el capirote cónico con aberturas para los ojos. Llevaban mantos que al correr se desplegaban como velas. Iban descalzos y sostenían en la mano grandes cirios. Cruzaban la plaza gritando y agitando los brazos. Un grupo de niños los perseguían repitiendo letanías, un coro rítmico de peticiones o de insultos o de expresiones de alegría. Los nazarenos pasaron a pocos metros de ellos y Leo vio aquellos pies jóvenes y esculturales, limpios, grandes, la forma misma de la tensión, empujar sobre el adoquinado para enseguida despegarse hacia delante, bajo el efecto de la carrera. Algunos se sujetaban con una mano la túnica, remangándola sobre las caderas, para correr mejor, y Leo sonrió al entrever los pantalones cortos debajo, porque solo le vino a la cabeza, revestida de un sabroso halo erótico, la palabra «novicio». Cantaban, gritaban. Thomas se levantó de un brinco, agarró su camisa, y, corriendo, se puso a seguirlos. Leo tiró el cigarrillo y llamó al camarero para pagar.

Los nazarenos ya habían abandonado la plaza y se habían perdido en el laberinto de callejuelas del casco viejo. Leo corría pero no lograba alcanzarlos. Oía el eco de los pasos, los gritos de los niños, las pisadas de la carrera, entreveía el vuelo de una capa azul, pero cuando creía estar a punto de alcanzarlos, se encontraba atrapado en un callejón sin salida, silencioso y con una escalera empinada. Desde las ventanas, algunas mujeres se reían y le hacían amplios gestos para indicarle el camino, pero, al final, llegaba siempre a una calle muy angosta, llena de lencería colgada de un lado a otro, como en los *quartieri spagnoli* de Nápoles. Sin embargo los sentía cercanos y cuando, desde el silencio en el que había caído, advirtió un fragor sordo, como el bullir de una muchedumbre que se concentra, se detuvo. Y avanzó lentamente.

Desembocó en la plaza de la Catedral, entre miles de personas que agitaban palmas y ramas de olivo, que regateaban el precio de una vela o de una imagen sagrada. Había un aire de fiesta popular, toda la plaza ocupada por niños, familias, viejos, mujeres vestidas con los trajes tradicionales. La escalinata de acceso a la catedral estaba recubierta de ramas de olivo y el pórtico principal destacaba como una boca negra, enorme, sobre la claridad de las piedras de la fachada. Se abrió paso entre la multitud y entró. Sintió una ráfaga de calor. En la entrada de la nave principal había un candelabro enorme donde ardían gruesos cirios blancos, decorados con símbolos sagrados. A su alrededor los fieles habían puesto unas lamparillas, miles de pequeñas llamas que ardían y se fundían unas con otras. Allí al lado estaba Thomas. Tenía una vela en la mano e intentaba fijarla en la cera derretida que desbordaba del candelabro central. Leo se acercó y, sin pronunciar palabra, se puso a su lado.

En el interior de la iglesia se estaba desarrollando una procesión de penitencia. Cientos de personas formaban una columna entre dos vallas de madera. Avanzaban lentamente, cantando y arrodillándose de vez en cuando. Leo siguió esta columna a lo largo de toda la catedral. Luego se dio cuenta de que la cola volvía atrás como una serpentina. El recorrido vallado les llevaba ahora hacia la entrada, a mitad de nave daba la vuelta y al llegar al ábside se dirigía, por fin, en sentido contrario, hacia una capilla junto a la entrada, en la que se exhibía la estatua de la Virgen. La gente, al llegar a la estatua sagrada, rozaba a la Virgen, se arrodillaba, balbucía algo y finalmente depositaba el cirio encendido.

Thomas le dijo que se trataba de la Virgen de la Macarena y que al poco rato la iban a llevar en procesión hasta las Ramblas. Así que volvieron al hotel, subieron a la habitación y se asomaron al balcón. La gente se agolpaba en los márgenes del bulevar. Desde los altavoces se retransmitían oraciones. En una terraza a su izquierda, a unos diez metros, se encontraba la unidad móvil radiofónica que emitía en directo la función. Al micrófono se alternaban los cantantes de *saetas*.[3] Era un concurso de virtuosismo para ver quién sostenía más tiempo el tono de voz. Abajo la gente aplaudía y gritaba. Ya no se oía el piar de los pájaros en la pajarera. Los habían cubierto con un paño negro y los habían reducido al silencio.

En la radio anunciaron que la procesión de la Macarena estaba a punto de llegar. Leo vio primero la banda, luego los *pasos*, los carros de las procesiones repletos de flores, que avanzaban por encima de las cabezas de la gente con un meneo monótono y rítmico. Debajo estaban los *costaleros* a los que vio solo en el momento en el que se dieron el cambio. Unos hombres se metieron deprisa bajo el carro,

otros salieron sudados y reventados. Las imágenes sagradas, el Cristo en la cruz, el descendimiento de Cristo, los santos patronos, las vírgenes, avanzaban a unos cincuenta metros de distancia. Cada carro iba precedido por su cofradía de nazarenos. Todos encapuchados, descalzos, con los cirios ardiendo y goteando sobre las manos enguantadas. La gente intentaba tocar los carros y coger una flor. Los niños recogían la cera derretida y con ella hacían pelotas que tiraban de un lado al otro de la calle. La policía a caballo protegía el cortejo corriendo el riesgo de ser arrollada en más de una ocasión. Al llegar bajo el balcón de la radio, los carros se detenían y todos miraban hacia arriba como si esperaran algo. Solo entonces el tenor empezaba a entonar la *saeta* en medio de un total silencio.

Al cabo de un rato, Leo volvió a la habitación y se tumbó en la cama. Seguía oyendo los cantos y los agudos de los tenores. Pero estaba aturdido, fatigado. Vislumbraba, detrás de las cortinas movidas por el viento, el cuerpo de Thomas doblado sobre el balcón, inclinado sobre la Rambla. De vez en cuando lo veía entrar para describirle, exaltado, lo que estaba sucediendo abajo. Leo asentía con la cabeza. Se servía un poco de jerez y lo mezclaba con hielo, removiéndolo con un dedo. El sol se estaba poniendo y el cielo era color naranja. La figura de Thomas se le aparecía ahora oscura, a contraluz. Y Leo estaba triste. Tenía como un presentimiento.

El día siguiente quiso dejar Barcelona. Cogió el coche y se dirigieron a Zaragoza. Leo se había dado cuenta de que casi se le había acabado el efectivo. Sabía que los bancos estarían cerrados hasta el martes siguiente, así que le pidió a Thomas que saldara la

cuenta. Y había descubierto que Thomas no tenía prácticamente dinero. Se lo dijo como en broma, como algo de lo más natural:

—No puedo, Leo, me quedan solo cien francos. —Y bajó alegremente las escaleras del hotel detrás del botones.

De camino a Zaragoza Leo conducía en silencio, desconfiado. Thomas le indicaba la ruta controlándola en el mapa. Leo hacía exactamente lo contrario. Si se le sugería torcer a la izquierda, él seguía recto, acelerando. Si Thomas le decía que recto en un cruce, él se colocaba en el centro de la carretera con el intermitente puesto para girar. Así que Thomas se puso los cascos del walkman, estrujó el mapa de carreteras y lo arrojó con violencia al asiento de atrás. A mitad de camino, Leo hizo una parada para tomar una cerveza. Thomas no entró con él en el bar. Luego, cuando Leo estaba subiendo al coche, él, a su vez, bajó diciendo que tenía que ir al baño. Cuando llegaron a Zaragoza, después de unas tres horas de viaje, estaban a punto de matarse.

Tras intentarlo en un par de hoteles, fueron al Gran Hotel, donde Leo estaba seguro de que aceptarían tanto sus divisas italianas como sus tarjetas de crédito. Y una vez en la habitación, bajo el estucado barroco y dorado del techo, la pelea estalló. Instintiva, violenta.

Thomas no hablaba, se había metido enseguida en el baño, había abierto el chorro de agua hirviendo y se estaba desnudando. Desde la habitación, Leo empezó a provocarlo. Thomas pasó de él. Leo se asomó a la puerta del baño y continuó. Notó que Thomas se derrumbaba y eso le dio aún más fuerza. Thomas se metió en el agua. Entonces Leo apartó violentamente la cortina del baño y le chilló:

—Si fueras más rico, te amaría mucho más.

Al cabo de una hora, Thomas todavía no había salido del baño. Leo estaba en la cama y seguía bebiendo. Estaba enfurecido, con un grumo sin disolver de rencor y remordimiento. Se sentía mejor que cuando iba en el coche porque había encontrado algunas palabras creíbles para desviar el verdadero sentido de su tristeza. Había acusado a Thomas de ser prácticamente un chapero, de vivir a su costa, sin dignidad. Y eso le parecía plausible. Había dicho, aunque solo fugazmente, lo que realmente pensó delante de la recepción del hotel Montecarlo. Pero, puesto que difícilmente lograba engañarse a sí mismo, sabía también que el motivo más profundo de su angustia era el hecho de haber visto a Thomas, la persona que más amaba en su vida, incapaz de vivir solo, de seguir adelante de manera autónoma. Lo veía débil, con necesidad de alguien en quien apoyarse. Lo veía indeciso, quizás aún demasiado joven. Un rayo de sol y ya está, tirados en una silla, sin camisa, a beber y a dormir. Todo muy fácil. ¿Y quién tenía que preocuparse de él? Leo y nadie más. Siempre Leo detrás de él, pagándole las cuentas de los restaurantes, regalándole libros, y bufandas y botellas de ron. Leo, siempre él. La ira crecía. Thomas no salía del baño y Leo seguía encabronándose con los pequeños y mezquinos detalles de su relación. Todo le parecía una ofensa hecha a su persona. Thomas le parecía cada vez más insignificante, un chico banal como tantos otros, indigno de su amor. Lo estaba vulgarizando con su superficialidad, lo estaba matando. Se levantó de improviso con rabia y corrió hasta la puerta del baño. Comenzó a golpear la puerta y a llamarlo por su nombre incitándolo a salir. Y al no oír nada, se calentó cada vez más, diciéndole que no valía un carajo como

hombre y, por supuesto, tampoco como músico. Leo estaba poseído por una furia que lo llevaba a destruir la imagen de su compañero con un furor masoquista que no conocía límites. Cuanto más gritaba delante de aquella puerta cerrada, más inmundo se sentía. Sin embargo solo experimentaba placer con aquel desahogo.

Finalmente Thomas salió del baño, pasó por encima de él, que estaba echado en el suelo, boca arriba, borracho y dolido, y se tumbó en la cama. Lo oía gemir. Cogió la bolsita de tabaco y le lio, distraídamente, un cigarrillo. Después se acercó y se lo metió con decisión entre los labios. Encendió una cerilla. La acercó al rostro de Leo y le dijo en voz baja pero firme:

—Te mataría, Leo; juro que en este momento te prendería fuego. —Se detuvo con la cerilla encendida cerca de su pelo. Leo extendió los labios hacia la llama incapaz de hablar, bañado en lágrimas—. Pero la verdad es que a mí también, Leo, me gustaría morir contigo.

Thomas se alejó. Fue a la ventana. La abrió. En el aire oscurecido de la noche retumbaban los golpes secos de las decenas y decenas de grandes tambores que tocaban los cofrades reunidos frente a la catedral.

El cielo era plúmbeo, de un violeta oscuro. Las golondrinas volaban en bandadas, en círculos concéntricos. El sonido de los tambores llegaba obsesivo, rítmico, un golpe, otro golpe, un tercer golpe y luego la cadencia. Duraba desde primera hora de la tarde. Y seguiría hasta la medianoche, cuando, por fin lanzadas al vuelo, las campanas llenaran el cielo con el sonido alegre de la Resurrección. Leo hizo un esfuerzo, se levantó y se dirigió a la ventana. Balbució algo, le pidió perdón, intentó enjugarse los ojos frotándoselos en su hombro. Por fin Thomas cedió, le tomó de la mano y lo llevó al

baño. Llenó la bañera de agua, lo desnudó y lo ayudó a sumergirse. Le pasó la espuma por la cara, le masajeó la nuca y los pies. Después apagó la luz y se sumergió él también, apretándose contra el cuerpo de Leo, abrazándolo, acercando con temor la cara a su boca para ofrecerle un beso.

Salieron sobre las once, hambrientos. Siguieron el redoble de los tambores hasta la plaza central del casco viejo. Se sentaron a la mesa de un restaurante, comieron y bebieron dos litros de tinto, rojo sangre y muy fuerte. Ahora daban vueltas por la ciudad abrazados, unidos, ceñidos en el viento frío de la noche. Había aire de fiesta a su alrededor, y en el cielo estallaban los fuegos de la Resurrección. Volvieron al Gran Hotel y jugaron al bingo hasta primeras horas de la mañana, en una sala principesca con decenas de grandes mesas redondas. Ganaron y perdieron al mismo tiempo. Estaban como locos. Se reían porque no conseguían seguir la retahíla de números que salían. Los repetían en voz alta, controlaban los cartones y los monitores del circuito cerrado en los que aparecían las extracciones. La gente de alrededor, con traje de noche, enjoyada, de largo y de esmoquin, los miraba amoscada. Siguieron tomando copas y después pidieron un dulce y vino. Cuando llegaba la chica que vendía los cartones, cada dos turnos, la recibían festivamente, volviéndola loca porque ningún cartón les parecía bueno y nunca llevaba el número afortunado. A las tres, un camarero los ayudó a subir a la habitación. Durmieron profundamente hasta la mañana siguiente.

El Domingo de Pascua, Thomas insistió en ir a la corrida.

—*Vamos a los toros* —gritaba, saltando sobre el cuerpo de Leo tirado en la cama.

Leo llamó al conserje y consiguió dos entradas. Thomas estaba feliz y chilló durante toda la matanza. Esa noche no había un solo restaurante en la ciudad que no ofreciese estofado de toro o carne de los animales muertos. Al final acabaron en uno de aquellos mesones que a Leo le gustaban más que cualquier restaurante, con las mesas de madera, el vino a granel, la gente que entraba y salía, jugaba a las *máquinas*, se quedaba en una esquina emborrachándose, mirando ausente la televisión. Probaron unas *tortillas* de espinacas y de hierbas, después la mujer les trajo de la cocina dos cazuelitas humeantes de carne negra y picantísima, en las que enseguida mojaron el pan. La mujer los miraba sonriendo. De vez en cuando se acercaba a la mesa para invitarlos a seguir. Servía el vino, llevaba más pan y platos de verdura. Thomas decía que todo estaba buenísimo. Al final descubrieron que la carne que tanto habían apreciado era de testículos de toro. Thomas se echó a reír y empezó a hacer bromas. Salieron abrazados de la taberna y vagaron por los callejones del casco viejo.

Se encontraron con un grupo de jovencísimos soldados borrachos, con las camisas abiertas y los pantalones desabrochados, que salían de un burdel. Las putas les tomaban el pelo desde las ventanas y tiraban a la calle hortalizas, trozos de papel, platos. Ellos, debajo, cantaban abrazados. Thomas se detuvo por curiosidad. Leo tuvo que tirar de él con fuerza hasta el otro lado de la calle. Volvieron al hotel, jugaron unos cartones al bingo y se fueron a dormir. Había sido un día feliz pero Leo, durante la corrida, había visto una vez más los colores de su sueño en Barcelona. Sobre el cuerpo reventado del toro habían aparecido aquel color rojo y aquel color negro intensísimo, metalizado. Y la espuma blanca de la baba que

chorreaba, abundante, de las fauces de la bestia exhausta. Había visto los colores florecer sobre la piel del animal y extenderse en su campo visual hasta invadirlo del todo.

En la parte trasera de la plaza, después de la corrida, asistió al descuartizamiento de los animales. Colgados de ganchos por los jarretes, levantados por poleas, empujados a lo largo del recorrido preestablecido, entre el fragor de cadenas y chatarra, abiertos en canal con golpes precisos y fuertes, desollados, desangrados, la gran cabeza con las orejas cortadas tirada en una esquina, los ojos negros ya empañados y velados por una membrana opaca y blancuzca, la lengua que les colgaba de las mandíbulas cerradas y que se empapaba de la sangre que confluía, como un torrente espumoso y humeante, justo allí, en la carcasa de la cabeza, junto a las bocas del sumidero. Pocos minutos después de ser arrastrados por el tiro de caballos fuera de la plaza, los grandes animales ya eran trozos de carne informe para vender a los carniceros de la ciudad. Todavía había mucha sangre. Y había tanto negro.

Leo camina solitario bajo los soportales del pueblo. No le queda más remedio que saludar a casi todas las personas que se encuentra, puesto que conoce a todos y todos lo conocen. No se detiene, hace un breve gesto con la cabeza a los amigos de su padre, a las amigas de su madre, a algún pariente, a los hermanos o hermanas de los amigos, a las dependientas de las tiendas del centro, al relojero, al dueño del bar, al farmacéutico, a un profesor suyo del instituto, a su antiguo entrenador de baloncesto, al teniente de alcalde, al empleado de la biblioteca municipal, a unos muchachos de un grupo

de rock, a una compañera suya del colegio, a la madre de esta compañera, que la sigue a unos metros de distancia. Incluso aunque se adentre en la parte que más le gusta de su pueblo, donde los soportales bruscamente se acaban en la entrada de la iglesia de San Francesco, se encuentra con alguien que conoce. La anticuaria, los padres de un amigo, un compañero de mahjong, un maestro de música, uno que le ganó al pimpón hace veinte años, uno al que derrotó al tenis hace quince años. Por eso prefiere pasear de noche, cuando sabe que no se encontrará a nadie, solamente a algún amigo en la cervecería, de regreso de una sala de fiestas. En esos momentos, en el silencio, con las luces inclinadas de las farolas que desgarran como paraguas de luz la oscuridad de la calle Mayor, con las grandes bóvedas de los soportales, con las piedras de mármol bruñido que parecen pasillos de espejos, con los campanarios y las torres iluminadas por focos naranjas, el pueblo se le aparece, de manera conmovedora, como la escenografía de un solemne Nacimiento que él ha conocido y vivido junto a los demás.

De la basílica sale la procesión, precedida por las letanías que los altavoces difunden a lo largo del recorrido. Él llega a la plaza y se apoya en una columna como para esconderse. Se siente incómodo, confuso. Ve llegar las dos filas paralelas de monaguillos, con la túnica blanca y la sobrepelliz negra, que desfilan flanqueando la gigantesca cruz, de varios metros de altura y llevada a hombros por tres hombres. La cruz es negra y de sus brazos cuelga una estola morada. Unas monjas guían a los niños, los encauzan en las curvas del recorrido, ralentizan su paso, los exhortan con la mirada al silencio y a la oración. Los niños, que no serán más de treinta, parecen divertirse. Avanzan hasta el centro de la calle principal y

sonríen a quien los mira. Él también empezó sus procesiones precisamente en ese punto, desde el inicio del cortejo. Pero no recuerda un momento en particular. Solo cuando ve avanzar sobre las cabezas de la gente la imagen de la Virgen con el corazón traspasado por puñales, le entra un escalofrío. La imagen sagrada destaca entre una selva de grandes astas que alzan las enseñas de la pasión. Otros monaguillos, mayores, sostienen estas lanzas, cada una con un símbolo diferente: los clavos, la corona de espinas, la esponja con vinagre, los dados, el látigo, la túnica blanca del niño eterno… Hubo un día en que él llevó una de estas enseñas en procesión. Recuerda que una lluvia implacable y gélida se había desatado sobre el cortejo. La madre de un amigo suyo había corrido a su encuentro, desde el final de la procesión, con un paraguas abierto para resguardarlos. Pero el prior la alejó con brusquedad, cerrándole el paso:

—¡Tienen que aprender a sufrir!

Y la mujer se refugió corriendo bajo los soportales mientras su amigo y él, empapados por la lluvia, ateridos por el frío, siguieron hasta la entrada de la iglesia.

También había llevado a la Virgen siendo solo un adolescente. Una talla erguida sobre un trono de madera maciza. Le habían sustituido solo una vez durante el recorrido y el hombro sobre el que apoyaba el asta le dolía, tenía el brazo dolorido, las piernas ya no le regían. Se esforzaba en aguantar al ver que los otros chicos apretaban los dientes. Después, a doscientos metros de la llegada, vio finalmente a un cofrade que los esperaba con el último relevo y entonces se animó, diciéndose a sí mismo: «Solo dos pasos, solo un poco más». Sonrió porque lo estaba consiguiendo, estuvo a punto de gritar

mientras veía a los chicos del relevo acercarse, corriendo, para sustituirlo. Pero en aquel momento, el que cargaba delante con las dos astas, como un buey bajo el yugo, un rubito de quince años, sacudió la cara roja y sudorosa y dijo:

—¡Fuera, fuera, sigo yo solo!

Los demás intentaron convencerlo, pero él estaba decidido. Seguía negando con la cabeza, casi partido en dos por el esfuerzo, hasta que el cofrade, resignado, mandó retirarse a la cuadrilla de reserva. En ese momento Leo sintió que se iba a desmayar. Vio esfumarse la posibilidad de poner fin a aquel esfuerzo excesivo, y mirando al compañero le preguntó qué estaba pasando, a lo que el otro respondió que lo iban a conseguir, hasta el final, ellos solos. Preguntó todavía una, dos veces, por qué no llegaba el relevo, pero había entendido perfectamente que no iba a haber ninguna ayuda. Le entraron ganas de llorar y siguió avanzando, balanceándose, y seguía diciéndose: «No lo conseguiré jamás, nunca lo conseguiré», pero lo que lo aterraba no era tanto el dolor físico, que era muy intenso, punzante —sentía cómo la madera del estribo penetraba en sus carnes—, sino más bien la vergüenza. Si lo hubiera dejado, ninguno de sus compañeros le habría vuelto a mirar, habría sido una vez más el débil, el llorica, el marginado: ya no habría tenido amigos, nadie en el colegio le habría dirigido la palabra y en los partidos de baloncesto, en la parroquia, todos se habrían reído de él. Entonces intentó darse ánimos, porque no tenía otra elección: no podía abandonar y tampoco podía aguantar más. Cuando, por fin, en la iglesia le quitaron el peso de aquella imagen, que desde entonces y durante años y años maldeciría, él no se sintió, como los demás, orgulloso de haberlo conseguido: exhausto pero satisfecho

por haber cumplido con todo el recorrido, sino que se sintió profundamente humillado, herido en lo más íntimo porque lo hubieran obligado a soportar algo en contra de su naturaleza, por haberlo forzado a demostrar a los demás la cosa más estúpida e insignificante de este mundo, que él era igual que ellos. Tanto esfuerzo para algo que para él no tenía ningún valor.

Ahora, viendo aquella imagen avanzar balanceándose, macabra, sostenida por el esfuerzo de otros, quinceañeros del presente, él se acuerda, ruborizándose, de él mismo de joven y ve, en la sucesión de los grupos en los que desfiló, las etapas de su doloroso crecimiento para el mundo. Pero cuando divisa a lo lejos el catafalco drapeado de negro, con la estatua del Cristo yacente, resguardado por un alto palio que sostienen doce hombres, él se da cuenta de que nunca ha llegado a esa categoría del cortejo, de que lo dejó antes, de que la vida lo empujó a abandonar un poco antes de acceder al sector de la procesión reservado desde siempre a los hombres y a la edad adulta.

La gente a su alrededor se arrodilla en el momento en que, precedido por sacerdotes y canónigos, pasa el féretro. Él se queda inmóvil, rígido, tenso. La banda interpreta una marcha fúnebre, doliente y acompasada. Mira la estatua de Cristo y se siente invadido por una piedad desgarradora porque se acuerda de Barcelona y del cuerpo de Thomas, y tiene la certeza de que, en aquel día lejano, él ya estaba asistiendo al funeral de su compañero. El recuerdo es violento, más desgarrador todavía por la marcha fúnebre de la banda. Y aquí no hay flores y no hay fiesta, sino solo la crudeza de una tradición campesina ejecutada sin pompa. En el interior de la basílica, entre dos naves repletas de gente y del olor del incienso y

los cirios, la música de los violines acompaña la entrada del catafalco. Es una música que, desde hace doscientos años, solo se interpreta en esta ocasión, y que él se sabe de memoria. La orquesta arremete solemne, repitiendo tres, cuatro veces las primeras notas. Luego entra el coro y al final el tenor que entona el *Parasti Crucem.* Los improperios se suceden, alternándose las intervenciones del coro con las de los solistas. En una de estas hay un pasaje de flauta que le produce más escalofríos que todos los *Miserere* que ha oído hasta entonces. Es un momento que él compara con el desolado silencio de la madre a los pies de la cruz. Y es algo que le hace instintivamente elevar la mirada y recordar:

> *¿Quién me presta una escalera,*
> *para subir al madero,*
> *para quitarle los clavos*
> *a Jesús el Nazareno?*[4]

Han colocado la imagen del Cristo yacente al pie del altar mayor, encima de la escalinata. Cuatro hombres de la cofradía se han situado en cada ángulo del catafalco. La gente se amontona en las escalinatas. A un acorde determinado de la música, los sacerdotes se acercan al simulacro, se arrodillan y lo besan dando así inicio al rito que clausura la celebración del Viernes Santo. En una confusión de empujones, charlas, llamadas, cantos, oraciones, gestos de penitencia, genuflexiones, reverencias, la gente se acerca a la estatua y besa una herida, algunos los pies, otros la frente, otros el costado o las manos.

Sentado en un banco de la nave lateral, Leo ve cómo centenares de personas se inclinan sobre aquel cuerpo muerto, y recuerda las

veces en las que, de chico, subió hasta el remate de las escaleras y se inclinó para besar el rostro de Cristo. Había una chica y él la cogía de la mano, a escondidas, entre la multitud, sabiendo que nadie habría podido descubrirlos; juntos se inclinaron a besar el rostro de la imagen, pero solo más tarde, fuera de la iglesia, bajo los tilos de la avenida, él había sentido el perfume de una piel distinta a la suya y el calor de otro cuerpo abrazado al suyo. Ella, naturalmente, era la chica más guapa de la pandilla, la más alta, la que tenía los ojos más azules. Y él estaba enamorado de ella de la manera embarazosa y culpable que tienen los adolescentes. No la deseaba, porque todavía no conocía los impulsos del cuerpo, sin embargo la amaba con un peculiar desasosiego. No conseguía hablar con ella, solo quería estrecharle la mano; y ese apretón tierno y cálido —meter los dedos en el bolsillo del loden y sentir que, como en un nido muy suave, ya estaban ahí los de su amiga que lo esperaban para jugar, para enlazarse con los suyos, para arañarle ligeramente el borde de las uñas, para apretarse como un puño en su palma abierta— era para él el mayor placer. Concretamente ser consciente de que había alguien, en el mundo, en el paseo por los bulevares o en la oscuridad de un cine, que lo esperaba y lo quería. Y que lo estaba protegiendo.

Pero entonces, cuando era joven e inexperto, cuando vivía en el terror de su propio desarrollo en el mundo de los machos y los adultos, cuando era solo «sus propias debilidades», entonces, al acariciar a su joven amiga, tenía miedo de ser descubierto y se avergonzaba del sentimiento que albergaba. Los chicos mayores lo despreciaban, se mofaban de él, le aseguraban que lo desnudarían para cerciorarse, en grupo, de que ya era un hombre, algo

improbable teniendo en cuenta su aspecto de niño, con las mejillas aún imberbes y las axilas sin pelos. Por consiguiente, no podía merecerse a aquella chica. Meses después, precisamente durante el verano anterior al inicio del bachillerato, ella había elegido a otro, al mejor amigo de Leo. Pero Leo no se desesperó. Seguía amándola, aunque ya podía hacerlo a escondidas, desde una posición lateral. Podía colarse en aquella relación como confidente del uno o de la otra, volverse indispensable. Tanto su amigo como su ex le contaban lo que sucedía, y al verse a veces de una parte y a veces de otra, al compartir las razones de uno y del otro, se sintió fuerte, con un papel definido. Y así creció al abrigo de otros amores, de historias que no habrían sido nunca «su historia» pero que, en cierto sentido, él era capaz de elaborar para los demás. Y al sentirse distante, inmerso en los problemas, al vivir con ellos, pero siempre desde una posición alejada, como un palpitante corazón separado, encontró la observación y la escritura y, quizás, un motivo para crecer sin ser inmediatamente sacrificado.

Sin embargo, a ese cartón piedra hiperrealista, a ese Cristo yacente, con las heridas sangrantes, la corona de espinas y los orificios de los clavos, el costado lacerado, no se superpone solo la imagen de Thomas torturado y muerto, sino la imagen de otra persona a cuyo funeral, él, ya sin palabras, está asistiendo. Porque lo que su pueblo ha llevado en procesión y ha colocado a los pies del altar mayor no es el simulacro de un cuerpo divino, sino el cuerpo muerto de Leo, de aquel niño que nunca ha cambiado y que solamente ha mutado, día tras día, deshojándose de sí mismo como una flor. Por eso se siente agarrotado y una vez más experimenta el único sentimiento verdadero que, frente a aquella multitud, puede

sentir: vergüenza. Se siente despojado, completamente desnudo delante del pueblo, todos lo ven, y la gente vuelve a ser el farmacéutico, el profesor, el pintor, el anticuario, el guardia urbano. Y todos lo miran de una manera rara, desconfiada, hostil. Lo insultan, se mofan de él. Y él no tiene defensas. Frente a ellos, una vez más, está desnudo, sucio de dolor y de angustia.

La Navidad es solo una promesa. El misterio de la reencarnación está en el Viernes Santo: la pasión, el abuso del débil, la violencia, la vergüenza de ser carne. De improviso, la consciencia de asistir a su propio cortejo fúnebre lo impulsa a alejarse rápidamente, con la espalda encorvada, de aquella gente en la que advierte la hipocresía, la mezquindad. Está humillado, derrotado. Sin ninguna esperanza de resurrección, ni para sí, ni para Thomas; ni mucho menos para aquel chico que en la escalinata, a la espera para besar el rostro del Cristo, se ruborizaba de emoción al estrechar la mano de su primer, consciente, amor.

Cuando cumple treinta y un años —es un día soleado de septiembre y él está en una ciudad a orillas del Adriático, las sombras en la playa son alargadas y la luz es la de un estudio decorado para un anuncio publicitario pop; en su campo visual hay una franja clara de arena, una sombrilla, una tumbona sobre la cual reposa una toalla burdeos que la brisa hace ondular y la línea azul del mar, de un celeste oscuro que le recuerda el cielo de los Dolomitas—, cuando cumple treinta y un años está solo ya desde hace muchos meses, más de un año.

Cuando estaba con Thomas, no se había preguntado nunca cuáles eran las razones profundas por las que un individuo se pasa la vida solo, no se construye una familia, no tiene amantes, no tiene hijos y sin embargo, a pesar de todo ello, no se puede definir en absoluto como una persona a la que le falte algo. En la apoteosis de su actual soledad, perseguida durante meses más como un valor que como una necesidad, él se lanza a investigar otras soledades para que le enseñen cómo tiene que comportarse. Él quiere conquistarse a sí mismo, pero para hacerlo, para no tener que volver a encontrarse nunca más en el karma del enamoramiento —no volver a decir nunca más, a nadie más, aquellas mismas palabras: «Yo-te-amo», que le había dicho a Thomas—, necesita a alguien que lo instruya, a

alguien con quien compararse. En realidad siempre ha estado solo y por eso sabe apañárselas.

Para él no es un problema cómo pasar el tiempo o las noches, le gusta dormir, le gusta escribir, leer, charlar de vez en cuando con un desconocido. Sin embargo nunca ha estado solo como lo está desde que perdió a Thomas, porque, junto con él, ha perdido aquello que había hecho soportable la larga secuencia de sus soledades juveniles, cuando cruzaba el campo para ir a la universidad y aquellos viajes de ochenta kilómetros eran en realidad viajes larguísimos, lentos, que él hacía en pequeños trenes de vapor, o en vagonetas automotrices tambaleantes y repletas de estudiantes. Y nunca hablaba. Ni tan siquiera en clase se atrevía a hacer preguntas, pedir explicaciones, y si alguien le dirigía la palabra para pedirle simplemente la hora, respondía inseguro y balbuciente como si se encontrara frente a un tribunal examinador. Todos le parecían mejores que él, mucho más guapos, mucho más ricos, sin duda más inteligentes. Les reía las gracias, los seguía a escondidas por los cafés y por las pizzerías, los observaba. Nadie se percataba de su presencia, y cuando años más tarde se encontró por casualidad, de viaje por Italia, a alguno de aquellos estudiantes —los reconocía de inmediato, a pesar de los cambios de la edad, los hijos, los matrimonios, las carreras, puesto que no se basaba, en el momento de reconocerlos, en las charlas o en los acontecimientos, sino en la idea que se había formado de aquellas personas, la idea-de-sí que cada cual arrastra consigo, inmutable, hasta la tumba—, nadie fue capaz de reconocerlo o simplemente de acordarse de él. Entonces tenía la clara impresión de haber pasado por aquellos años universitarios como un fantasma, y este era precisamente el

resultado del desarrollo de su personalidad. En cierto sentido, como en sus amores de juventud, había logrado participar quedándose al margen. Los años de aprendizaje fueron importantes también por eso. Porque no realizó nada en concreto, ni una obra, ni una relación. No se daba cuenta de que el sufrimiento lo estaba enriqueciendo y que su evolución personal se dirigía hacia su interioridad. Hubiera preferido hacer el amor, divertirse, abrirse en circuitos emocionales y alianzas políticas y, sin embargo, se quedaba trabajando en la contracción y en la compresión, en el misterio de su propia soledad sin saber que, al hacerlo, se acercaba a la veta más sólida de aquella realidad separada que denominamos «arte».

No hacía buenas migas con nadie, iba al cine, vivía en una habitación alquilada en las afueras. Sufría por la falta de alguien, por supuesto, de un abrazo, de un amor, de un ambiente en el que reconocerse, pero no se sentía solo porque tenía todavía aquella facultad especial que la muerte de Thomas le ha arrancado ahora. Y cuando por fin había llegado el momento de traficar eróticamente con los demás, extrañamente se había sentido muy cómodo, natural, conmovido por el propio placer, como si siempre hubiera realizado esos mismos gestos. Y entonces, en la cadena de los abandonos y de las historias estacionales de pequeño calado, al encontrarse fatal, al buscar a un compañero, al volver a estar solo, una vez más sentía que algo lo empujaba hacia delante y no le hacía perder por completo la confianza en sí mismo y en los demás. Seguía alimentando su antigua estabilidad, puesto que en ambos casos, en los años de aprendizaje y en los inmediatamente sucesivos a la entrada en la realidad adulta, en el trabajo y en el eros, lo que lo

sostenía, lo que ahora ha perdido, lo que ha permitido que nunca se sintiera verdaderamente solo, era su imaginario.

En esto su soledad es ahora diferente de cualquier otra soledad que haya experimentado o elaborado a lo largo de su vida. Es consciente de que su imaginario ha muerto. Es consciente de haberlo perdido. Y lo ha perdido con la muerte del amante, con la única cosa que habría podido derrumbar aquella larga, decenal, problemática, ambivalente calcificación interior de esperanza y de sueño: el miedo a tener que morir, el miedo a estar ya muerto.

Pero aquí, a orillas del mar, escondido en un apartamento rodeado por miles de hoteles con nombres familiares, en una ciudad que tiene el nombre de un sueño barato, Alba (pero que podría ser Rivazzurra, Rivabella, Miramare, Bellaria, Bellariva, Marebello…), él se siente tranquilo como si se encontrara, ya enajenado por completo, caminando por la playa de un paraíso perdido. Busca la muchedumbre, el ruido, las luces, sobre todo la música de las discotecas, la gente que baila hasta la madrugada, los cuerpos que se divierten, que chocan entre sí, que intentan encontrarse, y se siente exactamente como en medio de un desierto. No le interesa en absoluto lo que ocurre ante sus ojos; o mejor dicho, nada de lo que ve le concierne, lo advierte como algo pertinente a su soledad. Sin embargo, el espectáculo de la noche y de la gente le sirve para no deprimirse. Sabe que a su lado, aunque tan abismalmente distantes de lo que siente, los demás siguen con los rituales de la vida, pierden el tiempo, intentan divertirse, enamorarse, ser, de alguna manera, felices. Y esto a él no le disgusta. Está contento de que para los demás haya vida todavía. Aunque una mañana, hacia las seis, paseando a orillas del mar entre los primeros bañistas en

chándal de *footing* y los últimos amantes que, soñolientos y apaciguados, se alejan para volver a los hoteles, advierte el peso de su vejez como una revelación. Y es algo que tiene que ver con las olas del mar que rompen en la orilla depositando algas y pequeños peces muertos. Se siente estéril. No dejará hijos en el mundo. No experimentará jamás lo que significa la palabra «padre». No verá crecer, a lo largo del tiempo, a una persona que se le parece, que lleva su nombre, que lo recuerda afectuosamente al mirar una vieja fotografía.

Una noche, en el apartamento de al lado, una familia se decía *Guten Nacht* mientras se abrazaba. Ha visto la sombra de una madre y una hija proyectada contra la pared opuesta a su terraza. Se estrechaban de un modo típicamente femenino, con los brazos alineados a los costados y los antebrazos levantados perpendiculares al cuerpo, como quien está cumpliendo la acción de enseñar un vestido o una tela. Y sus cabellos se han unido. Después la hija ha abrazado al padre y también esta vez él ha oído, claramente, las mismas palabras.

«¿Cuántas veces —ha pensado Leo— tu padre, tu madre, te han dado así las buenas noches? Nunca, porque ya por entonces estabas interno en un colegio».

Podría ser que hubiera vuelto por aquí porque le recuerda a «una colonia de veraneo». Un lugar de vacaciones sin padres. A lo largo del litoral ve los grandes edificios, encallados en la arena como transatlánticos para el desguace. Las ventanas cerradas a cal y canto, los muros agrietados y la pintura devorada por el salitre.

Algunos tienen todavía vallas que delimitan una parte de la playa. Otros muestran en la fachada los nombres de las industrias siderúrgicas del Norte o de asociaciones obreras, o de mutuas. Algunos más son el residuo de la arquitectura fascista. Hacia Cattolica ve una colonia construida en forma de vela. En su interior hay ahora una discoteca.

Al comparar su vida con la de los demás en ese momento, le asalta siempre la imagen de un «colegio» o de una «colonia», como si la aceptación de la soledad supusiera la renuncia, no tanto del sexo y del amor, sino de las figuras familiares, de su madre, de su fantasma. Cuando se prepara algo de comer, distraídamente, con prisas, sin poner la mesa, advierte la mezquindad de su cena y entonces se siente como obligado a estar en un colegio. Cuando llega un invitado, allí en la playa —un amigo que alardea de su independencia—, y lo ve colocar sus objetos en el baño, separar su jabón del de Leo, su *after shave,* su champú, su agua de colonia, él piensa en el niño que para sobrevivir en una casa de colonias tiene que bautizar continuamente sus objetos con «esto es mío, esto otro es mío», para así defenderlos de los demás e identificarse con su propio espacio. Y entonces se da cuenta de que para la mayor parte de los individuos la conquista de la independencia va en detrimento de la generosidad, como si el orgulloso resultado del «yo puedo hacer lo que quiero» estuviera formado a base de cenas solitarias con un plato de arroz, algún bocadillo, y sobre todo —y esta es la imagen más nítida que Leo conserva— con tubos de dentífrico que el niño-en-el-internado estruja desesperadamente hasta acabarlos.

El sentido de la posesión que observa en las otras soledades le parece exagerado. Para algunos se convierte en auténtica tacañería,

para otros en esencialidad, para algunos más en frugalidad o neurosis de orden, limpieza, atención maniática por la colocación rutinaria de las cosas y de los sentimientos. Como si la soledad, la aceptada y reelaborada, hubiese construido, en el corazón del individuo, un atlas de recorridos prohibidos, de caminos sin salida, de calles de una sola dirección, de presas, de barreras antisísmicas, de forma que cualquier sentimiento u objeto nuevo tuviera un recorrido preestablecido en su interior, para deambular sin causar daño.

Un día un amigo divorciado a cuya casa estaba invitado le dijo:

—Necesitaba hacer cosas pensando en mí mismo. Creo que es importante poder ocuparse de uno mismo. Hacer cosas exclusivamente para uno mismo.

Y Leo había apreciado su elección porque pensaba que la dedicación exclusiva a los demás delataba una perversión. Expresiones morales como «amor por la humanidad» o «amor por los demás» le parecían un sinsentido porque él no podía amar a los demás como entidades abstractas. Él quería amar solo a uno, a una cierta, definitiva, historiada, exclusiva presencia en el mundo: Thomas. Él quería amar solo a uno a la vez y, si no quería hacerse trampas a sí mismo, solo se sentía capaz de hacer eso. En el mundo existían los antipáticos, los enemigos, los odiosos, los malvados. Y él no tenía la más mínima intención de amarlos. Porque no los consideraba exponentes de su especie, ni de su género.

Aquellas palabras del amigo lo habían animado, también él quería ocuparse de sí mismo. Pero luego ocurrió que, una mañana, mientras el otro estaba todavía bajo la ducha, empezó a preparar el café, a calentar los *muffins,* a buscar entre los botes el azúcar y la

miel. Y miraba por la ventana, por encima del acuario, el jardín, y reflexionaba sobre la peculiaridad de las casas americanas, con sus grandes cocinas y grandes congeladores y sobre todo con esas ventanas, y estaba, en cierto modo, contento de aquel despertar, cuando advirtió a su espalda la presencia del otro, en albornoz, insidiosa como la de un guardián o un controlador. La educación de su anfitrión le impedía decir: «¡Ten cuidado con las tazas de porcelana! ¡Los botes, arriba, arriba, busca por ahí! ¡No, no es esa la temperatura adecuada de la tostadora!». Pero lo que le comunicaba la presencia muda de su amigo que se frotaba el pelo era exactamente eso. Y entonces, como sorprendido robando la mermelada o las galletas de la despensa de un colegio, abandonó la cocina diciendo con una sonrisa forzada:

—Sigue tú, me voy al baño.

Leo se da cuenta de que su necesidad de soledad no debe marchitarlo, separarlo totalmente de los demás. Está intentando dar una respuesta a la necesidad que siente de sí mismo. Quiere seguir siendo generoso, disponible, abierto, aunque es consciente de que las cosas son difícilmente conciliables. La soledad lo está efectivamente cambiando. Él se dice: «Son los treinta años, Leo, el cuerpo ya no te responde como antes, ni tienes el deseo incesante de conocer, curiosear, ver gente, ambientes, paisajes. Es el trigésimo año que actúa en ti como una inédita madurez». Se da a sí mismo estas justificaciones cuando se percata de que desde hace meses ya no come por la noche, ya no cocina a las tres de la madrugada, un momento recogido y silencioso para él, muy querido, con los oídos todavía taponados por la música de las discotecas y la cabeza zumbando, obsesionada durante minutos interminables con una

frase pronunciada en el bar o con la sonrisa de alguien. En realidad Leo sabe también que la edad tiene una importancia relativa y que lo que lo está doblegando no es un proceso biológico, sino la condensación, la sedimentación de un dolor que nunca lo abandona, que se empasta con el envejecimiento de sus células, que todavía tarda en descomponerse, en desaparecer…

Un día, en la playa, llega Hermann. Leo ha conseguido dar con él y le ha propuesto pasar un fin de semana juntos. No se dijeron gran cosa por teléfono. Bromearon sobre el hecho de no haberse visto desde hace años. Hablaron de amigos comunes, y luego, al final, Leo dijo:

—Me gustaría que vinieras aquí unos días. Este apartamento es grande…

—Vale, yo también tengo ganas de verte —contestó Hermann.

Cuando por fin se ven, hablan durante horas, toda la tarde y buena parte de la noche. Leo descubre que la presencia de Hermann le sienta bien, tiene ganas de bromear, de pasar revista a su vida en común, de explicarse, de contar aquel momento del abandono que Hermann todavía le reprocha con una calma que no se hubiera esperado. Son dos supervivientes. Han convivido durante días con la muerte, como en una trinchera, han visto a sus compañeros morir o simplemente desaparecer. Sus pensamientos insisten con nostalgia, y también con ternura, en los días oscuros de su historia. Exactamente igual que dos soldados que al cabo de muchos años, al encontrarse, recuerdan no el momento del asalto, sino solo las borracheras en el cuartel. Y si alguien les dijera: «Pero podíais haber muerto, de hecho otros han muerto», los vería caer en un silencio perplejo y alucinado y acto seguido estallar en una carcajada de

incredulidad. Han sobrevivido y son capaces de recordar todo como un sueño, como algo que ya no les concierne. Y así, cuando Leo habla de Roma, Hermann se ríe y se tapa la cara con las manos y sacude la cabeza repitiendo:

—¡No me lo puedo creer! ¿Yo hice eso?

Han cambiado; son diferentes. También Hermann se está enfrentando a sus treinta años.

Leo no habla de Thomas. De vez en cuando el discurso lo lleva hasta el umbral del recuerdo, de vez en cuando está a punto de decir: «¿Sabes?, también Thomas decía que…», pero se da cuenta a tiempo y consigue interrumpirse o cambiar de argumento. Al caer la tarde bajan a la playa. Están tendidos en las tumbonas y a los dos les sobresalen gran parte de las piernas debido a su estatura. La piel de Hermann es muy blanca, y Leo la mira como se mira un objeto amigo, algo que se ha conocido en un momento vital y que se vuelve a encontrar después de mucho tiempo intacto en su propia belleza. Escuchan una cinta de Sandie Shaw con los auriculares enchufados en un único walkman, el de Leo. De vez en cuando sus miradas se cruzan, pero enseguida se rehúyen. Los dos saben que acabarán en la cama, aquella noche o al día siguiente, que no se dejarán sin haber intentado repetir el milagro de aquella atracción que los mantuvo unidos durante años. Y el momento llega al día siguiente, en el silencio cálido y sensual de primera hora de la tarde. Se cortejan como si no hubieran estado nunca juntos. Están cohibidos, ninguno se atreve a dar el primer paso. A Leo se le acelera de repente el corazón cuando Hermann se sienta a su lado, en la cama. Se toman de la mano y se abrazan.

Cuando Hermann se marcha, Leo lo despide en la estación sabiendo que no lo buscará, o por lo menos que no lo volverá a ver en mucho tiempo. En los tres días que han pasado juntos se ha sentido satisfecho por primera vez desde que Thomas murió. Por primera vez ha hecho el amor y ha vivido con otro. Pero sabe que su historia con Hermann no tiene futuro. Podrían intentar vivir juntos otra vez porque los dos tienen la certeza de quererse todavía y desearse. Pero sus vidas se separaron un día y nada podrá hacerlas converger de nuevo. Los días que han pasado juntos y en paz, como nunca había ocurrido en el pasado, han decretado definitivamente para Leo el final de su relación con Hermann. Porque, aunque siente que todavía ama a Hermann, que lo amará toda la vida, también sabe que con él no tendría esperanza. Seguiría dándole plantones, perdiendo los trenes, olvidándose de tantas cosas, posiblemente traicionándole. Pero sobre todo Hermann es todavía la encarnación de su viejo mito, de su imaginario, del Vondel Park, y él sabe que todo eso ha muerto con Thomas. En el Vondel Park, hoy, ya no queda nadie tumbado en el suelo tocando la guitarra o la flauta. Nadie baila en silencio detrás de los setos, apresado en la telaraña del delirio psicodélico. Ya nadie ofrece droga, collares, o *bootleg* de algún concierto. E incluso al cruzarlo hoy, el Vondel Park parece más pequeño. El mismo sauce cuyas ramas se hunden en el agua del lago parece más aislado, como si le hubieran quitado de alrededor las hayas y las encinas. Hay un grupo de jóvenes, allí a lo lejos, que avanza. Llevan un brazalete y un dorsal blanco como el de los atletas de competición. En la mano tienen redes, pértigas de bambú, jaulas de mimbre, una escalera. Forman parte de un grupo para la protección de aves de la ciudad de Ámsterdam. Trepan a los árboles,

arreglan los nidos, controlan la puesta de huevos y la nidada. Fichan a los pájaros: a los heridos los llevan al ambulatorio veterinario de su asociación, a los intoxicados por el aire contaminado los trasladan al campo. A los muertos los tiran a la basura.

Esa misma noche, al quedarse solo, antes de dormirse Leo le da la vuelta a los términos de aquel pensamiento que lo persigue incesantemente desde hace meses: «Pero ¿y si en cambio fueras tú, Leo, quien ha matado a tu ideal utilizando como verdugos necesarios a Hermann y a Thomas? ¿No serán ellos tus víctimas inocentes y tú no el sacrificado, sino el sádico que desesperadamente mata a quien más ama porque quiere quedarse solo?».

Para todo esto, él, de momento, horrorizado, no tiene respuesta.

El año siguiente, después de pasar un invierno en Milán intentando montar algún proyecto de trabajo, Leo acepta la invitación de Michael de viajar a Estados Unidos. Michael ha dejado París y desde hace algún tiempo vive en Washington, toca en un club, pasa los fines de semana en una casita de madera a orillas del océano, en Delaware. Cuando se vuelven a ver, Michael le pregunta, prudentemente, por Thomas, y Leo no sabe qué responder. Entonces Michael dice sonriendo, para que no se sienta incómodo:

—Vale. Entendido; Thomas ya no está.

Y Leo asiente, como excusándose:

—Sí, ya no está.

Una noche, cenando con amigos de Michael en uno de los habituales restaurantes gais, con la cabeza cargada por los muchos martinis y la mucha ginebra, él capta una frase sobre un local que

está a unas manzanas de distancia. Pregunta de qué se trata y, cuando lo descubre, insiste para que Michael lo acompañe esa misma noche.

Los demás no se animan a ir con ellos. Se despiden delante de la angosta entrada del Blue Boy. Michael lo precede. En la planta baja hay una discoteca con una pequeña pista de baile, algunos televisores que emiten videoclips, la barra, los *flippers* y los videojuegos. En la planta superior hay un piano-bar, luces de ambiente; en las mesas de madera se ve algún cliente. Al tercer piso se accede pagando una entrada. Leo siente curiosidad. Acceden por un pasillo con luces rojizas y apagadas al final del cual se agolpan los clientes. Por encima de las cabezas de la gente, envuelto por las nubes de humo y las luces de los focos, Leo entrevé el cuerpo semidesnudo de un bailarín.

Michael pide un par de cervezas e intenta abrirse paso. Leo lo sigue con los ojos clavados en el chico que baila. Consiguen acercarse a la pasarela bajo la cual están dispuestas las mesas ocupadas por hombres taciturnos que miran fijamente, con la cabeza casi completamente echada hacia atrás, al bailarín. Arrimados a las paredes de la habitación, de unos diez metros de largo, hay unos taburetes y unas pequeñas mesas circulares empapadas de cerveza. Algunos clientes ya se van y Michael consigue dos sitios. Leo pide más cerveza.

El boy avanza por la pasarela alternando posturas acrobáticas con movimientos de cadera típicos del baile. Atisba entre el público, sonríe, se encuentra con la mirada de un hombre y la sostiene meneando la pelvis, luego se cae al suelo, se levanta, vuelve atrás, hacia el otro extremo de la pasarela. En el centro de la sala hay una

bola de espejos que gira lentamente y envía destellos luminosos sobre los espectadores y sobre el cuerpo del chico. De vez en cuando se encienden unos focos de colores que animan el ambiente.

Al acabar la primera pieza musical hay un rápido cambio de luces. El ritmo de la danza se hace ahora más lento, la oscuridad invade la pasarela. El boy mueve sinuosamente las caderas, se flexiona, se arquea imitando el acto sexual. Lleva una camiseta de tirantes de colores y unas bermudas de ciclista negras y ajustadas. Calcetines blancos muy gruesos y zapatillas de baloncesto, de las altas que tapan el tobillo. La camiseta desaparece en un instante lanzada hacia el proscenio. Más complicada, insistente, insinuante, es la operación de quitarse las bermudas. El chico es un tipo musculoso, rubio, con el pelo cortado a cepillo y absolutamente lampiño en el pecho y las piernas. No debe de tener más de veinte años y luce unos morros provocativos, sexis. Se coloca en el centro de la pasarela y se suelta los pantalones con una especie de danza del vientre, dejando que la luz del cañón ilumine, alternativamente, primero la blancura de un glúteo, luego la del otro, y luego el pubis. Cuando por fin se baja los calzoncillos, sujetándolos en las pantorrillas, le cubre solo un minúsculo tanga de cuero negro. Sigue bailando un poco más y jugueteando con aquel arnés dando pequeños pasos como una geisha. Y de pronto desaparece detrás de las cortinas. La música cambia por segunda vez, la luz del cañón enfoca fijamente las candilejas. El público, en su mayoría hombres entre los treinta y los cincuenta años, enciende cigarrillos y charla. Tras un minuto o poco más, el mismo chico sale corriendo desde detrás de la cortina, desencadenando aplausos, chillidos, silbidos, gritos. Está completamente desnudo, a excepción de las zapatillas y

los calcetines. Tiene una erección y baila masturbándose. De las mesas de debajo de la pasarela empiezan a aparecer los dólares. Él se inclina enseñando la polla, ofreciéndola casi hasta rozar las caras de las personas. O flexiona las piernas y enseña los muslos. El público puede tocarlo. Él se deja unos segundos, coge el dólar y se lo mete en los calcetines dando las gracias. Y así sigue todo lo que dura la pieza musical. Se pone boca abajo en el suelo y hace como si follara, o levanta las piernas y mueve los glúteos como si lo estuvieran penetrando. Mira a los clientes, manda besos y sonrisas, recauda los dólares. Luego vuelve a desaparecer y le deja la escena a otro chico.

Michael le pregunta a Leo si le gusta el espectáculo. Leo dice que sí. Enciende un cigarrillo, no le apetece hablar. Ahora en el escenario hay un tipo moreno, bastante alto, el mismo físico atlético y compacto. Lleva unos vaqueros rotos en el culo, una cazadora de cuero negro y una cinta roja que le ciñe la frente. Tiene el pelo largo, despeinado. La cara, la de un modelo. Mientras empieza a bailar, el chico de antes, cubierto solo por el taparrabos, baja a la sala y empieza a dar vueltas por las mesas. Se planta delante de alguien, hace un par de piruetas, le enseña la polla, se restriega contra sus piernas o se le sienta en las rodillas. No se va hasta que le sacan algún dólar que él no toca con las manos, sino que indica que se lo metan en el tanga. Cuando Leo lo ve delante de él, querría esfumarse. Mira a Michael porque no sabe cómo comportarse. Siente que todos lo observan y está paralizado. El boy lo mira fijamente sonriendo, se toca los pezones, los estruja, mueve la lengua, se da la vuelta y se agacha mostrándole una visión escultural. Michael ríe socarronamente, pero Leo se queda inmóvil. Piensa: «Ahora le doy

unos dólares y así se irá», pero no quiere meter la mano en los bolsillos, sacar el fajo de billetes, comprobar si coge un billete de cincuenta o de veinte en lugar del dólar habitual. Así que no hace nada. Espera solo a que el bailarín prosiga con su desfile. Y así ocurre. Y él se siente mejor y da otro trago a la Budweiser.

Pero no está tranquilo. Una curiosidad excitada le oprime la garganta. Se siente en el umbral de un acontecimiento prohibido. Como si tuviera que saltarse un veto. En lugar de evocarle imágenes de diversión, de ebriedad, de cotillón y serpentinas, la palabra *«striptease»* lo perturba como una actividad totalmente sórdida. Sucia. Escondida. Y se da cuenta de que es una sensación que tiene que ver con su infancia, anclada en los profundos años cincuenta, cuando esa palabra se pronunciaba con circunspección y vergüenza. En su pueblo había un local, el Chez Vous. La policía lo había clausurado tras detener al propietario, a las *strippers,* a los clientes que acudían de Milán, Bolonia y Florencia. Su padre y su madre nunca hablaron de ello, pero él se había enterado, también porque un tío suyo, rico y vividor, había estado involucrado. Un día encontró una fotografía en la que sus padres bailaban en traje de noche entre una maraña de serpentinas y confeti. Sonreían al flash del fotógrafo. Y su madre estaba guapísima, con los hombros desnudos y un gran fular de raso, como si fuera una estola, recogido alrededor del escote. Le preguntó a su madre en qué fiesta se había tomado esa foto y ella le contó que se trataba de una velada de fin de año en el Chez Vous. En aquel momento se había sentido profundamente turbado porque no podía creer que sus padres hubieran entrado, ni tan siquiera una vez, en el lugar del placer prohibido. Desprovisto, como todos los niños, de una perspectiva temporal, había

superpuesto dos acontecimientos, los *stripteases* y la velada, que no tenían nada en común, excepto que se habían producido, en años diferentes, en el mismo *night club.* Por lo que la inocente fiesta de fin de año se convertía en el mítico acontecimiento prohibido de la *dolce vita* de su pueblo.

Fuma y bebe sin parar, pero no consigue aplacar el movimiento vertiginoso de sus ojos, que se clavan en el cuerpo de un nuevo bailarín. Al quinto chico, Michael decide irse. Leo se despide. Se queda una hora más, sentado en el taburete, a ver el *striptease* de otros tres boys*,* y después un número en el que dos chicos ilustran acrobáticamente un coito. Alrededor de la una, se va. Pero la noche siguiente está de nuevo en el Blue Boy. Se ha parado en un bar a beberse un *gin-tonic* solo para diferir su excitación. Solo para decirse a sí mismo: «Allí arriba ya habrán empezado y yo me siento feliz de estar aquí».

Es un viernes por la noche y han cambiado a los chicos, como todas las semanas. Se trabajan los locales de Estados Unidos y de Canadá como una auténtica compañía de *strippers.* Tienen entre veinte y veinticinco años. Son de todas las razas: negros, mestizos, puertorriqueños, caucásicos. Presentan la misma tipología física construida en el gimnasio: piernas musculosas, pectorales pletóricos, bíceps abultados, espaldas elásticas. Solo cambia la estructura: hay un chico más alto, el pequeñísimo pero perfecto, el esbelto, el que está cuadrado, poderoso como un toro, el fornido californiano tipo surfero, el muchachote bigotudo *working class,* el tipo *farmer* con el pañuelo rojo atado al cuello, el *fashion* con el pelo cortado a la inglesa y el tanga *optical.* Leo está allí con ellos, siempre sentado en su taburete, todas las noches, distribuyendo dólares, restregando

cuerpos y sonriendo, trasegando cerveza. A las tres noches ya lo conocen. Cuando es el momento de bajar por las mesas, los chicos lo saludan guiñándole un ojo, como diciéndole: «Ahora te toca a ti». Cuando se desnudan en la pasarela, muchas veces, al verlo allí entre el público, buscan su mirada y, sin apartar la vista, realizan alguna acrobacia fálica como si fuera solo para él. Y él va soltando dólares, uno tras otro. Y todo se repite, el boy llega, se restriega, le roza la mejilla, se da la vuelta, le dice: «¿Qué tal, guapo?». Le enseña el culo y todo lo demás. Incluso con los chicos que no le gustan —puesto que él tiene sus preferidos y luego están los que no le dicen absolutamente nada—, incluso cuando llega el pequeñito, él, para no incomodarlo, le mete dinero en el *slip* y, claro, este vuelve continuamente. Tiene su favorito. Es un chico esbelto, moreno, seguramente puertorriqueño. Tiene unos ojos que a Leo le parecen hermosísimos, y el dibujo de los labios perfecto, alargado, sensual. No es musculoso como otros, pero es el único cuyas piernas están cubiertas de una pelusa oscura, rizada, que le dibuja, como un trazo de carboncillo, el perfil de los músculos. Y de hecho, lo que le apetece hacer cuando llega hasta su mesa sonriendo es acariciarle un buen rato los muslos y las rodillas.

Sigue bebiendo cerveza y de vez en cuando tiene que ir al baño para evacuar. Cuando vuelve a la sala desierta —los chicos abrevian cada vez más los tiempos del *show* para exprimir, como en un *sprint* final, el último dinero a los clientes— se encuentra cara a cara, al otro lado de la pasarela, con un joven que lleva viendo desde hace días, en la misma, idéntica posición, pero que solo ahora le llama la atención. Está borracho, abandonado en su asiento, con un fajo de dólares empapado y goteante bajo el vaso de cerveza. Viste

chaqueta, corbata, chaleco y un abrigo que está doblado en la silla. Tiene poco pelo, pero largo, y un mechón le cae, pegajoso de sudor, casi hasta los ojos. Lleva un gran anillo en el dedo. No para de sonreír, como bloqueado en una expresión idiota. Los chicos tienen que conocerle muy bien porque lo tratan como los enfermeros tratarían a un viejo paciente crónico. Saben que prefiere que lo toquen un rato entre las piernas. Y todos lo hacen mecánicamente, con una actitud cortés y desenvuelta que sorprende a Leo. El joven, tendrá unos treinta y cinco años, sigue sonriendo, bebiendo cerveza, metiendo dólares en los *slips*. Leo está cansado, con los ojos empañados y ablandados por el alcohol. Levanta la cabeza hacia el techo con las manos en la nuca para estirarse. Es en ese momento cuando ocurre.

El techo está cubierto por completo de espejos. Solo entonces se da cuenta de ello. Se ve reflejado, palidísimo, en medio de un espacio desolado de mesas vacías, taburetes y botellas de cerveza. Y en esa imagen entrevé al hombre borracho con un chico desnudo en las rodillas. Reflejándose en aquel doble de él mismo, identificándose con el joven borracho y hecho polvo que sigue riendo como si tuviera en brazos un fantoche, no deja de decirse a sí mismo, entre resignado y excitado: «Bien, Leo. Aquí y ahora acabas de empezar tú también tu propia carrera de honesto putañero».

El local está cerrando. Los chicos, que ya no están desnudos sino que llevan puesta una sudadera de *footing* o una cazadora, pasan entre las mesas y se toman una cerveza, charlando con los pocos clientes que quedan. Un bailarín se sienta junto a Leo. Es un tipo alto, robusto, con un cuello enorme. Calza botas de cuero negro con los talones tachonados. Tiene el pelo rapado al cero. Lleva unos

calzones de cuero negro que dejan al aire las nalgas y el pubis. En la muñeca derecha lleva un brazalete, también negro, lleno de pinchos cromados. Leo lo ha visto toda la noche ligar sobre todo con hombres atléticos, con bigote o barba. Sabe que tiene un *cockring* apretándole los testículos. Pero no se había percatado de una pequeña anilla ensartada en el pezón izquierdo. Se la roza con un dedo haciéndola balancear y el boy lo mira frío, duro, alargando la mano hacia el pecho de Leo.

Leo está confundido porque ningún *leather* le ha hecho caso nunca, ni a él le gusta ese tipo de puesta en escena. Pero se siente también excitado, porque es como si el boy reconociera en él, en su vestido burgués, en su rostro, en sus ojos, algo que pertenece a un deseo que conoce y que Leo aparentemente no identifica. Por eso Leo sigue al chico.

Detrás del palco hay una escalera muy estrecha y empinada que lleva al piso de arriba, un pasillo bastante amplio con espejos en las paredes, percheros, bancos de hierro. Hay allí amontonados trajes, bolsas de deporte, zapatos. Un bailarín que se está poniendo unos vaqueros. Un poco más adelante, en la sombra, Leo reconoce al puertorriqueño. Está sentado, inclinado sobre sus calcetines tirados en el suelo. Está contando, con el aire de un chiquillo, los dólares: docenas de billetes chafados y arrugados como envoltorios de caramelos.

Entra en una habitación bastante grande, dividida al fondo por tres mamparas de plástico negro; uno de estos separadores está abierto y deja ver una camilla de cuero negro con una toalla encima. Las cortinas de las otras cabinas están echadas y Leo ve claramente, por debajo, las piernas desnudas de un hombre. Oye gemidos, gritos

apenas contenidos. Y él no sabe distinguir si son de placer o de dolor.

El chico lo empuja a la camilla y con un firme tirón cierra la cortina a su espalda. Lo primero que hace es abrirle la chaqueta, deshace el nudo de la corbata, desabrocha la camisa, le baja los pantalones hasta medio muslo. Le deja todo puesto, no lo desnuda. Simplemente lo abre, por el centro, como si hubiera usado un abrelatas. Leo aprieta el brazo del chico con fuerza. Le sujeta la muñeca con las dos manos, como se aferra el remo de una barca, y mira hacia arriba. Hace frío. Hay una luz blanca en el techo. Siente un dolor violento en los testículos, pero el chico le tapa enseguida la boca con una mano, casi de un bofetón, impidiéndole gritar. El dolor se repite, más intenso y más prolongado, y Leo empieza a tener miedo. El boy le coloca un profiláctico de látex negro y empieza a chuparlo. Leo cierra los ojos. Otra vez esa luz blanca. El miedo, el frío. Lo estaban transportando desde una camilla a una mesa de operaciones. La preanestesia no había surtido efecto y él estaba aterrorizado por la intervención quirúrgica. Un enfermero le preguntaba si llevaba dentadura postiza y él negaba con la cabeza y comprendía que su momento se acercaba. Lo empujaron hasta el quirófano. El enfermero había acercado la camilla a la mesa y pedía ayuda al personal que ya se encontraba allí. Llevaban todos el rostro cubierto con una mascarilla y él, atontado, oía que hablaban entre ellos como si ya hubiera muerto. Miraba la gran lámpara central y sus faros circulares y sentía frío, estaba helado. Después un enfermero apartó brutalmente la sábana que lo envolvía y advirtió que estaba completamente desnudo. Lo plantaron en la rígida mesa de operaciones y le cogieron de los brazos estirándolos en cruz. Notó

que lo ataban. El enfermero daba instrucciones a una chica muy joven, quizá más aterrorizada que Leo. No conseguía cerrarle la cinta de la muñeca y el enfermero le dijo, seco, que se diera prisa, que no se lo pensara, que ya aprendería. Él veía los ojos de la chica y leía en ellos el miedo de estar en ese sitio por primera vez. Veía por lo menos a seis personas dar vueltas por la habitación, ir de un lado a otro, echar una ojeada a su cuerpo desnudo que esperaba que lo abrieran en canal, y volver a irse. Nunca hasta entonces había tenido una experiencia tan directa y cegadora de sí mismo como cadáver, de su ser anatómico. Se ruborizó y sintió que sudaba. La chica le ató por fin el brazo y consiguió clavarle la aguja. El enfermero le dijo que había hecho un buen trabajo:

—No tienes de qué asustarte, ¡es fácil! —la reconfortó.

Pero nadie le preguntó nada a Leo. Se sintió desdoblado, en un estado de ausencia. Antes de irse, la chica cogió una pequeña toalla verde y la extendió sobre el sexo de Leo para taparlo. Él cerró los ojos y respiró profundamente, como para agradecérselo.

El chico le está atando algo alrededor del miembro. No deja de sentir dolor, agudo, punzante, pero también una extraña tensión totalmente dirigida hacia allí, entre las piernas. Incluso su respiración, acelerada, es como si procediera solo de aquella zona de dolor tan delimitada y luego se expandiera desde allí por todo su cuerpo. Su mano empieza a restregar la cabeza rapada del chico. Él se yergue y se le acerca. Sigue llevando sus calzones negros, de donde ahora aflora, completamente descubierto, el sexo. Leo lo aferra, lo aprieta y el otro emite un profundo suspiro, breve como un mugido. Leo lo ve ahora de pie a su lado; contempla la potencia del tórax, un reguero de sudor que baja desde los pectorales hacia el

ombligo. El cuello fuerte, grande, hinchado de venas. La mano tachonada que lo está masturbando lentamente. Se siente próximo al orgasmo, pero es como si llegara muchas veces al punto de no retorno sin explotar jamás. El dolor es cada vez más intenso, pero él todavía quiere más, cada vez más. Le ruega para que le dé más. El otro le coge un pezón y empieza a estrujárselo, a estirarlo, a morderlo. Le pone un collar en la garganta y lo aprieta lentamente. Leo tiene miedo de ahogarse. De repente siente su cabeza explotar, agigantarse de sangre hirviendo, suda, la vista se le nubla y su respiración se convierte en un sordo estertor.

Cuando llegó el momento de intubarlo, en el gélido frío del quirófano, todavía estaba consciente. Estaba vivo en un cuerpo muerto. Prisionero. No podía hablar, no podía mover las manos, pero advertía con claridad, como si estuviera soñando, que le doblaban las piernas y que hablaban alrededor de su cuerpo. Luego había sentido como si algo le ahogara. Tuvo un conato de vómito, su garganta intentaba devolver, pero algo lo apretaba cada vez más y le impedía respirar. Y entonces, con las últimas chispas de conciencia, pensó: «Me estoy muriendo asfixiado», y se abandonó, pero aún no se moría y aquella cosa en su garganta era cada vez más grande, enorme, se expandía apretándole por todas partes y él ya llevaba un siglo sin respirar. Y sentía dolor. Después, algo más tranquilo, pensó: «No es tan difícil morir. Es todo un sueño».

También ahora, en la camilla de aquella especie de ambulatorio de la perversión, él nota la misma sensación de límite, más allá del cual se encuentra, solo si Dios quiere, la pérdida de conciencia. Siente su polla erecta, potente, sanguínea, lista para salpicar, pero como bloqueada, como si tuviera que vaciarse y no lo consiguiera. El

malestar recorre todo su cuerpo, cada célula de su sangre, pero es algo que él no quiere abandonar, como si por fin todo el dolor que siente desde hace años, desde que Thomas murió, desde que él, Leo, nació, se concretase en aquella camilla, en aquel cuerpo aferrado en los testículos y en la garganta por un mordisco de cuero. Incapaz de avanzar o retroceder, bloqueado allí, suspendido entre la vida y la muerte, entre el placer de las prácticas expertas de un honrado torturador y el dolor de un cuerpo que todavía no conoce, al contrario que su cerebro, su punto de ruptura. Leo aferra una vez más al chico por la entrepierna, le aprieta los testículos, insinúa una mano hacia los muslos. Tiene ganas de pegar, de hacer daño, empieza a golpearlo, y el otro responde apretando cada vez más, hinchando las venas del cuello, cerrando la mandíbula y los ojos, diciéndole algo en un *slang* que Leo no entiende. Después lo ve coger un frasquito rojo, abrir el tapón e inhalar profundamente dos veces. Leo reconoce el olor del *popper.*

Intenta resistirse, decir que no, se vuelve hacia el otro lado, pero el verdugo empuja el frasco contra su cara. Leo hace un movimiento brusco, por lo que unas gotas se le meten en la nariz. Nota un escozor muy fuerte y un arroyo de fuego que le baja por la garganta. El otro está encendido, suda y su cráneo está mojado, reluciente. Leo espera el efecto, que llega de improviso, devastador. Y es en ese momento, mientras siente su pecho a punto de explotar de dolor, cuando el otro suelta de pronto las cinchas, le libera la garganta y él puede estallar en un chorro violento, altísimo, una parábola blanca que se lanza hacia el techo. Y se siente caer, caer hacia abajo, un deslizamiento insólito, rapidísimo, intenso pero también, lo descubre ahora, reconfortante, como si desde las

cumbres de su cerebro todo descendiera imparable hacia la quietud del lecho de un valle conocido. Respira jadeando, como un niño después de una larga carrera. No es capaz de hablar. Rompe a llorar, una mezcla de sollozos, lágrimas, golpes de tos, y cuando responde al chico con un hilo de voz diciéndole que todo va bien, lo hace balbuciendo, con una voz que nunca hubiera imaginado tener: la del niño-Leo. Una voz estridente, aguda, femenina, un gemido sepultado en lo más profundo de su dolor y que el dolor ha hecho renacer.

En Nueva York se queda tres semanas. Vive en un pequeño apartamento en la Quinta Avenida, a la altura de la calle 92. Por las mañanas pasea por Central Park o alquila una bicicleta y se pone a rueda de algún muchachote, desafiándolo. Por la tarde duerme, lee, estudia, y a última hora frecuenta un poco a la mundanidad europea, algún corresponsal italiano, un grupo de profesores de literatura de la Columbia University. Por la noche baja al Village o al Saint Marx's Place y se toma unas cuantas cervezas en los locales. Mira los vídeos o los espectáculos de grupitos de travestis, no habla con nadie a excepción de los camareros, atraídos por su acento italiano y por lo tanto, para ellos, todavía no corrompido y sano. Toma nota mentalmente, se pasa incluso una hora o más imaginándose cómo puede ser la vida de aquel tipo, que sin duda le atrae, qué profesión ejerce. Qué clase de sexo prefiere. Pero son todo tonterías, y la sensación más intensa que experimenta es que en Nueva York se habría tenido que quedar a los veinte años, con

toda la energía, con ganas de salir hasta el amanecer y con el estómago todavía de una pieza.

Decide regresar a Milán. Unas horas antes de irse tiene un presentimiento. Una imagen que le fastidia y le molesta. Esa misma mañana había tirado a la basura un par de viejas botas militares de invierno, negras, que compró en París. Lo había hecho simplemente porque quería deshacerse del exceso de peso, y aquel par de botas maltrechas fue lo primero que desechó. No había vuelto a pensar en ello hasta que, después de que el portero le comunicara por el interfono que tenía un taxi esperando, al dar una rápida ojeada por el apartamento para comprobar que estuviera cerrado el gas, el agua, las ventanas, echó un vistazo al patio interior y vio al chico de la empresa de limpieza vaciar las bolsas de basura en un gran contenedor. Y fue entonces cuando vio claramente, incluso desde el décimo piso, sus botas cayendo en medio de los desechos, sobresaliendo un momento antes de quedar sepultadas por otras basuras y ser trasladadas lejos en una camioneta.

Llegó a la terminal angustiado. Se imaginaba un vuelo repleto, como efectivamente le confirmaron en el mostrador de facturación. No consiguió un sitio junto a las salidas para poder estirar las piernas, solo un asiento de pasillo. Mientras esperaba, vio a un grupo de unas treinta chiquillas y confió en que no embarcaran en su mismo vuelo. Vio a una comitiva de toscanos y también deseó que volaran con otra compañía. Sin embargo, una hora más tarde, se los encontró a todos en la panza del avión.

Mientras colocaba el equipaje, un hombre muy alto, con un traje cruzado azul oscuro, el pelo blanco y escaso y la piel rosada, con pecas, un hombre guapo, sin duda, y también de aspecto muy

cuidado —llevaba un gran anillo de oro en el meñique, una corbata de seda color perla y un Rolex de al menos treinta años—, se sentó justo delante de Leo. Nada más terminar el despegue, el hombre reclinó el respaldo bruscamente. Leo, que por su estatura no sabía cómo ponerse, sufrió el golpe y blasfemó. Llamó a la azafata y le pidió que le dijera al pasajero que no podía mover el respaldo porque de lo contrario él no sabía dónde meter las piernas. La azafata habló con el hombre y este pidió excusas a Leo; al rato le preguntó cuánto medía. Leo le respondió con amabilidad. Le miró fijamente a los ojos. Pensó que no podía tener más de sesenta años.

Conversaron unos minutos, Leo más cauto, el otro poseído por el deseo de intercambiar dos palabras con alguien. El pretexto era la estatura de los dos, las molestias que conllevaba, la dificultad de encontrar una cama decente en los hoteles o un asiento adecuado en los aviones. Pero Leo sabía que había algo más. Y esperaba que de un momento a otro lo soltara. Ocurrió a los pocos minutos, mientras Leo daba tragos al que sería el primero de una ininterrumpida serie de *gin-tonics* hasta la llegada.

Lo que el hombre dijo exactamente, sin que la conversación se hubiera referido, ni por asomo, a un hecho tan cruel y extraordinario, fue:

—Llevo a mi hijo aquí abajo. —Y con el índice de la mano derecha, con el puño cerrado, señaló el suelo.

Leo sintió que se desmayaba, porque comprendió enseguida. Es más, mentalmente se dijo a sí mismo: «Bueno, ya está».

—Tengo a mi hijo muerto en la bodega —siguió el viejo mirándolo fija y desesperadamente a los ojos—. He venido para llevármelo a casa.

El fragor sordo de los motores entraba en la carlinga como un zumbido extenuante. El hombre lloraba y se secaba el rostro con un pañuelo blanco. Leo no podía hablar, de vez en cuando musitaba: «Es terrible, no me lo puedo creer».

Pero el hombre no lo oía. Seguía hablando de aquel hijo al que había tenido que cuidar en su último mes de agonía. Contó que era funcionario de un ministerio, que tenía cincuenta años y que un cáncer lo había matado en solo tres meses. Leo notaba que las piernas le fallaban. No paraba de llamar a la asistente de vuelo pidiendo *gin-tonics*, fumando un cigarrillo tras otro. Deseaba emborracharse cuanto antes, caer en su asiento rendido por el sueño y el cansancio, pero todo era inútil. El hombre lloraba, de manera absolutamente decorosa y púdica, y también Leo tenía ganas de explotar. La idea de que, bajo sus pies, a doce mil metros de altura, hubiera un ataúd con un cadáver lo aterraba. Estaba a punto de derrumbarse, pero sabía que no podía hacerlo: el avión no invertiría el rumbo, no lo desembarcarían, no lo instalarían, cargado de tranquilizantes, en un sillón-cama de primera clase. Así que aguantó, esperando que el viejo se derrumbara antes. Pero el hombre era un general jubilado, tenía ochenta y dos años y sabía cómo mantenerse en pie. Dijo:

—¿Usted está casado? Entonces nunca traiga hijos al mundo. No puede entender lo que es este dolor. Uno daría su vida por no llegar a esto. No creo en Dios, pero le juro que habría llegado a un acuerdo con él: mi mujer y yo a cambio de la vida de nuestro hijo.

Leo seguía callado, prefería dejar que se desahogara. De vez en cuando se veían obligados a despejar el pasillo y volver a sus asientos, porque las chiquillas del colegio se perseguían unas a

otras. El grupo de toscanos, al fondo del avión, cantaba y reía. Descorchaban champán. Instintivamente, los dos volvían la cabeza a cada taponazo y luego continuaban hablando, como si simplemente hubieran visto volar un moscón.

—Tengo ochenta y dos años y no he fumado un cigarrillo en mi vida. Nunca he bebido alcohol y siempre he llevado una vida sana, a pesar de haber servido en toda Europa, en Estados Unidos y en Brasil. Siempre he jugado al tenis y he hecho ejercicio. ¿Y para qué me ha servido todo eso? Para llevar, un día, a mi hijo aquí debajo, solo ha servido para eso.

Leo le tocó el brazo, pero no le miró a los ojos. Los sentía encima, apuntándole, enrojecidos, arrasados de lágrimas y de horror. Él pensó en el padre de Thomas y en Thomas, naturalmente. Y cuando por fin el viejo, tan atlético, tan sano, tan robusto, se sentó rendido, con los ojos escondidos tras el pañuelo, él pudo ir al servicio, mojarse la cara y llorar. Siguió bebiendo, intentó comer, se tomó un par de latas de cerveza y empezó a sentirse ligeramente mejor. Cerró los ojos, pero no conseguía coger el sueño. En el avión proyectaban una película y estaban a oscuras. Pero ante él veía siempre la nuca del viejo, con su pelo cándido y las pecas rosas. Le habría gustado acariciarla, le habría gustado decir algo. Pero también estaba enfadado. El hombre que nunca había bebido ni fumado se había mantenido íntegro para enterrar a su hijo. El acto contra natura no era tanto la muerte del hombre más joven sino la supervivencia forzada del más viejo. Y entonces pensó que también él había enterrado en cierto sentido a Thomas. Y que tanto él como el viejo eran asesinos que, de una manera u otra, habían controlado

hasta el final la vida de la persona que más amaban. Hasta depositar en la fosa el cuerpo que habían creado.

Leo siente entonces que esta necesidad de sadomasoquismo no es un impulso extraño, sino quizá la perversión más pura que haya probado nunca, la más sincera. Porque él es un torturador y es la víctima designada por ese verdugo que lleva su mismo nombre. Hermann, Thomas o cualquier otro son solo los instrumentos de una vejación que él se está infligiendo desde que tomó conciencia de sí mismo: o lo que es lo mismo, de su necesidad de anularse y morir. Su exigencia de felicidad y de amor ha matado a los otros; él no ha sabido contenerla, ni desviarla, ni jugarla con inteligencia. Con Thomas no solo ha muerto el amor, sino también su personal estrategia del amor. Lo que le queda ahora por delante es solamente una carrera de putero virtuoso. La satisfacción de necesidades especiales que solo personas extrañas pueden procurarle.

En la oscuridad de la carlinga adormecida, las chicas duermen acurrucadas en los asientos, el grupo de los turistas parlotea borracho, solo dos figuras insomnes iluminan las pequeñas luces blancas de servicio. Dos hombres cuyo dolor es una absurdidad natural que ninguna palabra puede abarcar: y es más, para describirla, las mismas expresiones disponibles parecen un contrasentido. En aquel avión en vuelo, siguiendo las huellas del viejo continente, viajan un «padre huérfano» y «un amante viudo». Y si Leo tuviera que decir, empleando la palabra española, cuál es el *destino* de aquel avión, no podría siquiera jurar que fuese a aterrizar en alguna parte. Porque tanto el viejo como el joven se dirigen, con sus cadáveres bajo los pies, hacia aquel lugar álgido en el que la

vida parece no ser otra cosa que el vacío dejado por un paraíso corrompido y perdido para siempre.

TERCER MOVIMIENTO

Habitaciones separadas

Tras los dos años de especialización en el Conservatorio de París, Thomas había vuelto a Múnich con su familia. Tenía veintitrés años y estaba en un momento muy delicado: buena parte de su futuro dependería de las decisiones tomadas en pocos meses, entre el verano y el otoño. Tenía que elegir una ciudad en la que vivir: seguir en París, volver a intentarlo en Múnich, probar en Italia. Tenía que decidir si aceptaba una gira de tres meses por Estados Unidos o seguir realizando, en Berlín, grabaciones de bases musicales, bien pagadas pero completamente anónimas. O bien intentar la carrera de profesor en una escuela de música, la de instrumentista de orquesta en un teatro, o emprender la de solista, haciendo giras por pequeños teatros de provincias, salas de concierto, veladas musicales de asociaciones benéficas desperdigadas por media Europa. Thomas no tenía las ideas claras. Buscaba la ayuda de Leo, pero cuando hablaban de ello se encontraba ante el habitual «haz lo que te parezca mejor», pronunciado con una pizca de impaciencia y fastidio. Entonces se amoscaba y la mayoría de las veces discutían. En realidad Leo sufría con esta situación, precisamente porque era consciente de que no podía resolverla por Thomas. Por eso prefería no hablar de ello, aunque así le diera a Thomas la impresión de que

no estaba interesado en su vida. Hacía ya más de dos años que duraba la relación. Pero los dos se dirigían, por motivos diferentes, hacia nuevos equilibrios: Leo iba hacia la concienciación interior y silenciosa de sus treinta años; Thomas, hacia la plenitud de la juventud.

Por otro lado, Leo sabía que si Thomas hubiera tenido talento de verdad, se habría manifestado en cualquier actividad: tanto formando parte de una orquesta como en una sala de grabación o entre estudiantes de un conservatorio. Así alejaba, recurriendo a una cierta dosis de fatalismo mediterráneo, una situación que le provocaba angustia. Tendía a que todo siguiera como si nada estuviera cambiando. Bloqueaba los encontronazos, sencillamente, omitiéndolos. De esta manera se preparaba, inconscientemente, para el choque más duro y más difícil de su historia con Thomas.

Cuando se volvieron a ver en Milán a principios de septiembre, Leo estaba bastante en forma. Bronceado, delgado, con la musculatura tonificada, con el hígado en regla. Thomas, sin embargo, estaba ligera e imperceptiblemente decaído. La piel de las mejillas parecía más tensa que de costumbre, y sus ojos, algo amarillentos, opacos. Había pasado el verano ocupado con el traslado de París a Múnich, algunas semanas en el monte con sus padres y un trabajo discográfico en Bath. Hacía más de cuarenta días que no se veían y Leo no le había dejado las señas de la casa, en una isla griega, en la que había pasado el verano en compañía de Rodolfo y otros amigos. Solo le había escrito una postal a su dirección en Múnich. Cuando se volvieron a ver, Leo se sintió culpable, porque se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que no pensaba en Thomas con la misma constancia y dedicación. Seguía

amándolo. Lo daba por descontado, era una certeza en su vida. Y sin embargo vio que Thomas necesitaba, quizá más todavía que al principio, si eso fuera posible, la confirmación de que su relación existía y seguía adelante. Privado de la certificación cotidiana de su amor, de la persistencia de la constatación afectiva, Thomas era como una planta privada de agua que perdía su frescura y declinaba. Hubo mucha nostalgia aquel domingo por la noche en el tren para Múnich parado en la vía. Leo no soportaba las despedidas porque sabía que no era capaz de definirlas, limitarlas a una situación contingente. Cada adiós se convertía en la imagen de otras despedidas y otras lejanías, de su madre, de su casa, de la costumbre de una cierta fase de su vida. Pero tenía que acompañar a Thomas al tren para Múnich. Jamás habría aceptado verlo salir así de casa, con un taxi esperándolo fuera. Quería acompañarlo hasta el umbral, tocarlo un poco más por última vez y ayudarlo a pasar al otro lado, allí donde ambos habrían vuelto a convertirse en dos seres separados y totalmente incognoscibles.

En el andén había un montón de soldados que salían para el Véneto y el Friul, cargados de petates, maletas, mochilas, con las novias enlazadas por la cintura o cogidas de la mano, los grupos de amigos que se pasaban una botella de *grappa* o que bebían docenas de latas de cerveza, las madres, los parientes, algunas viejas que saludaban desde las ventanillas como si sus chicos se marcharan al frente. Había escuadrones de *alpini* que volvían al cuartel en Bolzano, y que hablaban preocupados de un campamento que los aguardaba al cabo de pocos días. Había un grupo de chicos de la misma estatura, baja, el pelo rapado en la nuca, los vaqueros, las zapatillas de tenis, las bolsas de deporte. Hablaban napolitano,

corrían a lo largo del convoy señalándose a gritos los compartimentos que parecían libres. Pero el tren ya estaba hasta arriba de gente. Los estudiantes miraban desde las ventanillas, con melancolía, la imagen de lo que les esperaba al acabar la universidad. Agachaban la cabeza sobre los libros, como para alejar una pesadilla. Las chicas, la multitud de jóvenes secretarias de empresa, de señoritas bien con sus faldas hasta la rodilla y las rebecas para los primeros fríos enrolladas sobre los hombros, hojeaban alguna revista femenina o intentaban hacer un crucigrama. Estaban en aquel convoy masculino como rehenes. Se encogían en los asientos y, solo de vez en cuando, echaban una mirada irritada porque tropezaban con ellas.

Leo y Thomas recorrieron los pasillos llenos de gente buscando los vagones para Múnich. Al final encontraron un sitio libre y Leo ayudó a Thomas a colocar el equipaje. Le tendió la mano, lo besó en las mejillas y bajó. Después se fue corriendo sin tan siquiera esperar a que el tren partiese.

Nada más llegar a casa se preparó algo fuerte para beber, puso un disco en el estéreo y se tendió en el sofá. Intentó relajarse, pero se sentía raro, aliviado del peso de la convivencia con Thomas, feliz de estar solo, aunque con un gran vacío, la huella de una ausencia, que le obstruía la respiración. Fue entonces cuando le pareció oír el interfono, se levantó, bajó la música y esperó. Llamaron por segunda vez. Y tuvo la certeza de que se trataba de Thomas. Lo vio salir del ascensor comedido, avergonzado, pero al mismo tiempo con una mirada vivaz y orgullosa. Thomas se echó en sus brazos, todavía en el descansillo, y le dijo:

—Me quiero quedar y vivir contigo.

Leo, sorprendido, no dijo nada. Le acarició con desgana la cabeza, recogió su equipaje y lo acompañó dentro. Thomas estaba radiante, daba vueltas por el apartamento como si lo viera por primera vez. Y, de hecho, su intención era que aquella fuera su nueva casa. Ya no iba a pasar por allí como un invitado sino que iba a vivir allí. Leo detectó una pizca de odio en su propia voz, que preguntaba:

—Entonces ¿de verdad has decidido vivir en Italia?

Pero Thomas no la captó o fingió no captarla. Quería vivir en el país de Leo, a su lado. Se había decidido: esa era su oportunidad.

Leo siguió sirviéndose de beber sin decir prácticamente nada. Y cuando cayó la noche, por fin ablandado y enternecido por el alcohol, abrazó a Thomas y le dio las gracias por elegir vivir a su lado. Pero a la mañana siguiente, con el aturdimiento y el dolor de cabeza, Leo supo, con una brutalidad dolorosa, que jamás podría vivir con Thomas en la misma casa. En los dos años que habían estado juntos, la precariedad geográfica de su relación, el hecho de vivir lejos, había sido un estímulo para continuar. Ahora tenía que afrontar seriamente una convivencia con otro hombre. Pero para ello no disponía ni de modelos de comportamiento que seguir, ni de experiencias que reciclar y a las que recurrir en los titubeos de la relación. Sabía que el amor que él sentía aún por Thomas no sería suficiente. Acabarían devorándose, y él no quería eso. Se lastimarían, se dejarían. Vivir juntos significaba creer en un valor que no eran capaces de reconocer. ¿Dónde habría ido a parar su amor? ¿Tenían a la fuerza que normalizar una relación que la sociedad, como norma, no podía de hecho aceptar? ¿No se habrían convertido en la imagen de ese tipo grotesco de convivencia entre homosexuales en el que uno siempre cocina y el otro va siempre al

mercado a hacer la compra? ¿En la que dos amantes se parecen en las actitudes, en las maneras, incluso en las expresiones del rostro, hasta el punto de convertirse en dos patéticos replicantes de un mismo, insostenible, imaginario masculino, castrado y afeminado? ¿No se convertirían con el transcurso del tiempo en dos androides histéricos, a punto siempre de meterse pullas en las conversaciones, con la tez un poco demasiado brillante y estirada y bronceada, y el pelo siempre un poco demasiado perfecto para ocultar, al milímetro, la calvicie? ¿Serían capaces de aceptar, con dignidad, con virilidad, el envejecimiento no solo de sus cuerpos sino de su sueño y, por lo tanto, de su amor?

Leo no tenía respuestas para todo eso. Pero estaba seguro de una cosa: que no quería vivir en la misma casa, en la misma ciudad en la que Thomas vivía. Quería seguir siendo un amante separado, quería seguir soñando con su amor y no permitir que se enfangara en la cotidianidad. Al vivir juntos, uno se habría convertido en la caricatura del otro, como dos obscenos y acicalados dióscuros en el escenario de un cabaret de Berlín. Él estaba seguro de su amor por Thomas, lo quería para toda la vida, hasta el final. Pero no en su habitación. ¿Cómo habría podido hacerle comprender todo eso a Thomas sin causarle dolor, sin ofenderlo, sin hacerle daño?

La fractura fue brusca, imprevista, aunque gestada durante días de desgana, de contactos negligentes, de desavenencias. Todos los días se repetía la misma escena. Discutían y volvían a hacer las paces. Pero poco a poco cada uno de ellos añadía más, hasta que de improviso se produjo, inevitable, un desbordamiento de odio y de violencia. Thomas se fue de Milán. Esta vez Leo no lo acompañó como de costumbre al tren. Se levantó solo para cerrar la puerta del

apartamento dándole dos vueltas al cerrojo. Thomas, que esperaba el ascensor en el descansillo, tuvo que darse cuenta de los chasquidos de la cerradura y Leo imaginó que eso lo debió de ofender mortalmente. Se sintió mezquino y ridículo, pero en el fondo estaba satisfecho de quedarse solo. Encendió el estéreo, descolgó el teléfono y se tumbó en el sofá con la botella de calvados en el suelo, le dio un buen trago. Sentía el perfume otoñal de las manzanas, pensaba en Francia y en sus viajes con Thomas, que quizá no volvería a repetir jamás.

Durante algunas semanas no tuvo noticias de Thomas. Ni intentó llamarlo por teléfono o escribirle. De vez en cuando, en plena noche, el teléfono sonaba. Leo respondía, pero nadie hablaba. Sin embargo conseguía notar, al otro lado, la presencia de alguien doblado sobre el auricular que se obstinaba en callar. Leo estaba seguro de que se trataba de Thomas. Por lo que a veces le decía a aquel nadie, en un susurro, antes de colgar:

—Buenas noches.

Después, finalmente, halló la lucidez para escribirle una larga carta en la que le decía que lo echaba de menos, que seguía amándolo, que tenía que ser fuerte para aceptar la evolución de su relación. Y como caía en el patetismo, condición que Leo consideraba correcta para dos amantes lejanos, pero ciertamente nada apropiada en aquel momento de aclaraciones y de nuevos planteamientos, prefirió enviarle una grabación de *We Can't Live Together* de Joe Jackson que decía: «Why can't you be more like me / or me like you, / and why can't one and one / just add up to two. / But we can't live together, / and we can't stay apart».[5]

La respuesta de Thomas no tardó en llegar. Decía:

A veces me entra un gran desasosiego y doy vueltas por el apartamento con una sensación de insatisfacción increíble. Sabes, siempre he tenido mucho miedo de no poder seguir adelante y pensaba que junto a ti todo habría sido más fácil. Otras veces siento, sin embargo, que todo se vuelve de una naturalidad impresionante, que las emociones, las alegrías y todo lo que hay en el mundo de indecible y maravilloso logra, mientras toco o escribo, tomar su propia forma. Otras veces, como por ejemplo ahora, después de una especie de colapso emocional por haber recibido tu carta y escuchado la grabación, me digo, tranquilo, toma y acepta tu historia por lo que es. Querido, otras veces viene a mí tu recuerdo, y me parece que alguien me impide pensar en ti, o verte, por ejemplo tú, que siempre, todas y cada una de las veces que a diario me das las pautas de cómo pensar en ti, no demasiado intensamente, adagio, lento, más despacio, y después basta, y ahora definitivamente basta. Me parece que soy un trenecito al que le cambian constantemente las agujas y así, a saltos, con una carrera continuamente fragmentada, llena de bandazos, yo resoplo de impaciencia.

En otra página, escrita con un bolígrafo diferente, decía:

Volviendo a nosotros, de vez en cuando sucede que uno ya no se fía, las personas se transforman, en tu mente, en marionetas, como muñecos a los que mueves a tu antojo. O mejor, tus miedos mueven esas marionetas, este teatrillo interior tuyo, según un guion predeterminado, que termina puntualmente con la realización de tu drama preferido: desaparecer de la faz de la tierra. Por lo que, al tomar conciencia de ello, acabo transformándote en un titiritero sádico y te odio. Pero después tú vuelves a consolarme, me entiendes y me amas; y después miro tus ojos, en fotografía, tan reconfortantes como la última vez. Hago un pacto con el diablo, quiero tus ojos otra vez y a toda costa. Me fumo un cigarrillo para sancionar este pacto, amor mío, pero después descubro, horrorizado, que el diablo eres tú.

A estas cartas Leo contestaba con gran empeño y sinceridad. Escribía todas las mañanas, porque su intercambio epistolar se había vuelto cotidiano. Había en aquellas cartas, también por su parte, el sentido de una recapitulación continua de su historia, con referencias y recuerdos de sus viajes en común, de los amigos que habían frecuentado, con ciertas referencias a una jerga privada muy suya. Pero lo que él consideraba más importante era que, carta tras carta, estaba elaborando, con Thomas, un nuevo código de palabras que fuera apropiado para su amor. Durante los meses de esta primera, gran separación «en presencia», el mayor esfuerzo era el de tener abierta la posibilidad de la palabra, de la confrontación, del diálogo, evitando dejarse arrastrar por el aburrimiento, la pereza, la desidia. En cierto sentido, estaban desviando hacia esas cartas el deseo de ser amantes. Lo trasladaban de la esfera sexual a la del lenguaje. Todavía no se daban cuenta, pero al enviar aquellas cartas seguían haciendo, cotidianamente, el amor; produciendo un fruto concreto de su unión, aunque hecho de palabras y de papel, pero, quizá por ello, mucho más duradero y estable. Sus cartas no eran solamente la expresión de su corazón, de su fantasía y de su inteligencia, sino que, sobre todo, documentaban su vida juntos, como si dos escribanos la redactaran, con pasión, para la Historia. Así, las palabras de amor escritas se convertían en documentos del devenir y, a partir de estos, se calcificaban, blancas como el granito, en restos de una arqueología de su imposible aunque verdadero y tanteado amor. Y su unión acababa por dejar a su espalda no solo el vacío de una despreciada raza sin nombre, sino que empezaba a escribir, por sí misma, su propia historia; por esto, solo en aquel momento nacía y comenzaba a existir, ya no solo exclusivamente

para ellos —dos pequeñas y finitas entidades, Leo y Thomas, que en poco tiempo desaparecerían del mundo junto con todos sus amigos y todos los que los habían conocido, para volverse a transformar en un puñado de huesos quebradizos y secos—, sino también, sobre todo, para los demás. Estaban buscando las palabras apropiadas para hablar de ello, y este esfuerzo de escritura, que tenía que ver con la música, el llanto y la piedad, era el único momento en el que se podían ver ligados a los demás y en el que su limitadísima y circunscrita vida bordeaba los límites de lo épico.

Día tras día, aunque a través del malestar de la lejanía, su relación se asentaba y, paradójicamente, estaba arribando a un nuevo equilibrio. La breve frase, en realidad mucho menos que una frase, solo dos palabras cuyo significado, sin embargo, le pareció a Leo desarrollado y suficiente, como un concepto bien elaborado; la breve frase que se vio a sí mismo escribiendo en una de estas cartas fue «habitaciones separadas». Y le explicó a Thomas que habría querido tener, con él, una relación de contigüidad, de pertenencia, pero no de posesión. Que prefería quedarse solo, pero al mismo tiempo pensaba en él como en el amante predilecto, el favorito de un noviazgo perenne. Que no tenían que temer su soledad, sino más bien vivirla como el fruto más completo de su amor porque en el fondo, incluso en la distancia, ellos se pertenecían y seguían amándose. Que todos los años pasarían la primavera y el verano juntos viajando y que cada uno, durante el invierno, trabajaría en sus propios proyectos. Que era una elección difícil, y sobre todo diferente, pero que de corazón Leo no podía hacer otra cosa. Que, en definitiva, con «habitaciones separadas» le sería fiel hasta la muerte.

En este punto, Leo se sintió tan fuerte y seguro de su amor por Thomas —de repente se veía en perspectiva y no ya en el achatamiento del presente— que decidió ir a verlo unos días a Berlín. Llevó regalos para Thomas: un bote de tabaco de pipa, un jersey color gris ceniza, dos copias de la misma novela para poder leerla juntos.

Cuando apareció en la sala de llegadas internacionales estaba ligeramente agitado, impaciente por volver a abrazar a Thomas. Durante el control de pasaportes pensaba en la dulce sensación que experimentaba, la de aterrizar en una ciudad lejana y distinta con la certeza de que alguien lo estaba esperando, que había un automóvil en el aparcamiento listo para llevarlo y que dentro de poco podría echarse en un sofá, en la tranquilidad de un apartamento perfumado de madera de abeto o haya. Y le pareció que la felicidad era poder observar en silencio el lugar doméstico en el que vive la persona amada. Pero Thomas no estaba allí esperándolo. Leo aguardó, cada vez más angustiado, junto al letrero de las llegadas; después empezó a caminar, al principio solo unos metros hacia delante y otros metros hacia atrás, como si tuviera miedo de perderse, después cada vez más lejos, aventurándose hasta el bar, la boutique y los mostradores de facturación. Pero no conseguía encontrar a Thomas; intentó llamarlo por teléfono, sin éxito. Así que se sentó, dejó sus regalos en la silla de al lado y se miró las manos, esperando.

Se había imaginado, como tantas otras veces, ver a Thomas ir arriba y abajo por los grandes pasillos del aeropuerto, cubierto solo con sus jerséis deslavazados, la pipa en una mano y aquel aire suyo tan tímido, siempre algo incómodo en medio del gentío. Se había

visto a sí mismo salir por las puertas automáticas y encontrar inmediatamente su mirada. Habría sonreído y entornado los ojos, sonrojándose de emoción, y Thomas habría acudido a su encuentro atravesando el gentío para abrazarlo y cogerle el equipaje. Pero todo eso formaba parte de un sueño. Leo se obstinaba en imaginar esos momentos de su vida como en una canción: la lejanía, el abrazo, el contacto de los rostros en un leve beso de bienvenida. Seguía creyendo que el amor era como unas maravillosas vacaciones lejos de su vida. Como un fin de semana junto a la persona deseada, en la comodidad, a la luz de las velas, con un paisaje que admirar y un buen ron para beber. Posiblemente «habitaciones separadas» era la ilusión, quizá demasiado turística, de su idea del amor, que coincidía con la de las canciones y los libros. Pero ¿qué otro tipo de amor podía existir?

Thomas llegó corriendo al vestíbulo ya desierto media hora más tarde. Leo lo vio ya desde lejos y se levantó sonriendo. Thomas sacudía la cabeza caminando deprisa para disculparse y Leo se sintió, con todos sus paquetes, como un árbol de Navidad al acabar las fiestas: patético y completamente fuera de lugar.

—He tenido problemas para aparcar —dijo Thomas abrazándolo.

Leo notó que se sentía incómodo, rígido en aquel contacto.

—No importa, vámonos de aquí.

Durante el recorrido en coche, Leo empezó a sentirse mal. Se envolvió en el abrigo como si quisiera esconderse. Para no revelar su sufrimiento, de vez en cuando preguntaba noticias sobre el tiempo o, más a menudo, sobre la dirección que tomaban. La conversación fluía de manera desordenada e inconexa. Los dos decían frases a las

que solo era posible responder con un sí o un no. No eran preguntas, eran constataciones de un malestar común.

Thomas, al contrario que Leo, parecía tranquilo, o por lo menos daba la impresión de poder controlar ese malestar. Cuando se detenían en los semáforos, volvía la cabeza y le acariciaba la mano. Leo se sentía cada vez más incómodo. No sabía a quién tenía a su lado. Desde luego era Thomas, su amigo Thomas, pero no estaba seguro de ello. Lo notaba distante, separado, una persona a la que los meses de lejanía habían cambiado por completo. Reconocía su olor, su voz, los gestos afectuosos de su mano, aquella manera de mirarlo y de sonreírle, pero lo veía demasiado Thomas. Ya no, como había sucedido tiempo atrás, el Thomas de «Thomas-y-Leo». Y esta imposibilidad de reconocimiento lo hacía temblar. Su primer instinto fue bajarse, parar un taxi y volver a marcharse. Quedarse solo y reflexionar sobre lo que estaba sucediendo. Recuperarse. Quizás habían estado separados demasiado tiempo. Durante los años anteriores se habían visto todos los meses; no dejaban pasar, a costa de viajes extenuantes, más de tres semanas entre un encuentro y otro. Y raramente se veían menos de cuatro o cinco días. Ahora, en cambio, después de todos esos meses y esas cartas, eran verdaderamente dos personas distintas. No cambiadas, sencillamente sustituidas. La imagen que Leo tenía en la cabeza era la de dos viajeros que, en un determinado momento, se habían bajado del mismo tren. Y que por alguna circunstancia habían subido a dos convoyes paralelos que marchaban en la misma dirección muy muy despacio, y que, de repente, sus vías habían empezado a separarse, a torcer una hacia la izquierda y otra hacia la derecha. Seguían viajando en cierto sentido juntos, pero la velocidad

aumentaba y, de improviso, se abría entre los dos convoyes un espacio inmenso e irrecuperable y cada uno de ellos se encontraba solo en su propio recorrido, con la imagen de aquel desvío todavía en la cabeza, con los últimos vagones que desaparecen detrás de una colina. Y la velocidad es cada vez mayor. Nadie puede bajar, nadie puede volver atrás.

De pronto Leo pensó: «Se acabó».

Por la noche, en casa de Thomas, necesitó toda su obstinación, incluso una cierta tozudez infantil, para no darse cuenta del cambio —quizá porque solía olerse lo nuevo antes que nadie— y decirse: «Todavía sigue siendo mi chico. Y todo está yendo a mejor». Necesitó todo su coraje para alargar la mano y acariciarlo, tumbado en la cama junto a él como ausente, quizá dolido, encerrado. Entonces Leo, para no tener que preguntarle qué estaba ocurriendo, fingiendo como tantas otras veces en los últimos tiempos que esa falta de sintonía entre ellos se debía al cansancio, a la lejanía, a la pérdida de la costumbre afectiva y no, en cambio, a una auténtica catástrofe, mientras bebía algo para darse ánimos, lo abrazó. Y ocultó el rostro en el pecho de Thomas y sufrió azoramiento y vergüenza, porque Thomas no estaba haciendo nada, permanecía inerte. Después, por fin, sintió la presión de la mano de Thomas que se apoyaba en su cabeza y le acariciaba el pelo. En ese momento ya no pudo controlarse y se abandonó a un llanto convulso. Se separó de Thomas, escondió el rostro entre las manos, se recogió en sí mismo y lloró.

Thomas dejó que se desahogara. Le apretaba la cara con la mano, a la que Leo se agarraba, besaba y con la que se secaba las lágrimas. Era el único contacto físico entre ellos, y era, para Leo, incluso demasiado.

—No sé lo que me está pasando —sollozó.

Thomas, intentando no mirarlo a los ojos, como pensando en otra cosa, dijo:

—A veces algunas caricias hieren más que una cuchilla. Yo te amo, Leo. Pero has sido tú quien ha venido aquí, y a ti te tocaba dar el primer paso. Hay momentos terribles en los que tú me rechazas. Y otros en los que, de la misma manera repentina, deseas mi compañía. Eres imprevisible y yo no consigo seguirte. Estás un rato, luego desapareces. Y cuando tienes ganas de mí, porque te has metido absurdamente en la cabeza que yo tengo que estar presente, llegas como si en estos meses no hubiera pasado nada. Y yo tengo que volver a acostumbrarme a la idea de ti. Tengo que amarte y luego dejarlo cuando ya no lo soportas. Tengo que estar y tengo que desaparecer. Si una sola vez yo te necesitara a ti, y te buscara, y esta búsqueda mía no coincidiera con el momento en que tu cabeza me llama, entonces estaría fuera de juego. Y no puedo hacer nada. Tengo que irme o dejar que me maltrates. Sufrir tu desprecio, tu ironía. Las ofensas. Leo, ¿por qué no te resignas y aceptas que me amas?

Hablaba lentamente, esforzándose en encontrar las palabras adecuadas. Leo notaba que el desahogo de Thomas no era casual. Era un papel aprendido de memoria, tras meses y meses de ensayos, sincero y al mismo tiempo demasiado preciso para achacarlo al azar. Cada palabra que Thomas pronunciaba significaba

un dolor concreto que la había generado, un esfuerzo de concentración y de reflexión. Y Leo se sintió peor. ¿Adónde estaba llevando a aquel chico? ¿Cómo se permitía arruinarle así la vida? Le estaba quitando la alegría de una historia de amor, de vivir junto a la persona que amaba. Lo estaba devorando, enredando en la tortuosidad de su carácter. Veía a Thomas ya sin entusiasmo y pensó que la culpa solo era suya.

A sus sollozos convulsos siguió un estado de ausencia, un aturdimiento sin ninguna defensa. Notaba su rostro mojado y ardiendo, los ojos hinchados y los brazos entumecidos. Tenía frío en las piernas. Estaba temblando. Thomas cogió el edredón de plumas y lo tapó. Se lio un cigarrillo y lo encendió dándole unas caladas. Se lo puso a Leo entre los labios. Después se sentó a los pies de la cama con la cabeza apoyada en sus caderas. Esperó a que Leo acabase de fumar, apagó la colilla en el cenicero, se acercó a él sobre la cama y lo besó.

—Necesitaba tanto verte —susurró Leo estrechándolo con tanta fuerza que casi dolía.

Hacia las cuatro de la mañana, después de buscarse durante tantas horas y encontrarse por fin en el punto exacto de placer y afecto que los dos ya conocían pero que creían haber perdido para siempre, decidieron salir. Thomas estaba hambriento y en casa no había nada. Leo dijo que no le disgustaría dar un paseo, que le apetecía estar un rato entre la gente.

—Hay un local turco que está abierto toda la noche —dijo Thomas —. No está muy lejos. Bollos y café. ¿Te apetece?

Leo asintió con la cabeza. Lo abrazó otra vez, durante un buen rato.

Coquetearon un poco, como pueden hacer también los amantes más ariscos y melancólicos. Les costaba separarse, iban cogidos de la mano o enlazados por la cintura. Y eso hacía, como mínimo, problemático, pero también divertido, ponerse la ropa. Estaban como dos borrachos en el último grado de la cogorza: tambaleantes, trastabillantes, graciosillos, dispersos. Se reían por nada. Se daban pellizcos y palmadas en el hombro, fingían echar un pulso, se caían al suelo con las piernas metidas en el mismo pantalón vaquero. Leo dijo que se sentía como un idiota feliz, que ese era un momento de iluminación, que estaba alcanzando los conocimientos de un sabio oriental. Thomas estuvo de acuerdo en que, a semejantes horas, después de lo que había ocurrido, estaban los dos realmente agilipollados.

En el coche siguieron bromeando y la situación era la opuesta a la de algunas horas antes. Si por casualidad callaban, su silencio estaba lleno de ternura, era un silencio afectuoso, suave, acolchado: el silencio de una madriguera de cachorros adormecidos. Llegaron a la cafetería y Thomas se puso a comer vorazmente unos pequeños dulces turcos que parecían de juguete, buñuelos de manzana, bollos. Leo bebió un té muy fuerte y comió del plato de Thomas. Estaban acodados a la mesa, en una esquina, sin mirar a su alrededor, indiferentes a todo lo demás. En más de una ocasión algún amigo de Thomas se acercó y le dio una palmada en el hombro para distraerlo del plato y poder saludarlo. Thomas se reía sin ganas, presentaba a Leo como «un amigo italiano», pero lo decía con tanto afecto y decisión en la voz que los demás comprendían y Leo, al corresponder al saludo, se sentía orgulloso y halagado por ese reconocimiento.

Se fueron un poco antes de las seis, cuando la U-Bahnhof vuelve a abrir y los jóvenes se agolpan en los andenes del metro para regresar a casa. Sin embargo, no se fueron enseguida a dormir. Thomas dio un largo rodeo a través del Kreuzberg y luego se dirigió hacia los lagos de Wilmersdorf. Leo preguntó si podía conducir. Thomas le cedió el volante.

—¿Adónde quieres ir? —le preguntó.

—No lo sé —dijo Leo.

—Vale. Pero ojo con la policía.

Dieron vueltas durante más de una hora. Thomas se había apoyado primero en el regazo de Leo, y luego se durmió. Leo sentía su respiración regular y se puso a mecerlo. Si bajaba los ojos podía ver su rostro, como concentrado en ese acto, la nariz que se dilataba, el pelo largo y alborotado sobre el cuello. Necesitaba pensar y moverse como si, conduciendo a través de la ciudad desierta, fuera más fácil oxigenar sus pensamientos, volverlos más lúcidos.

Por la noche, solo unas pocas horas antes en realidad, Thomas le había dicho:

—Tú me quieres tener lejos para poder escribirme. Si yo viviera contigo, no escribirías tus cartas. Y no podrías pensar en mí como en un personaje de tu puesta en escena. Tiene que haber algo equivocado también en mí si acepto amarte a este precio… A veces pienso en ti como en un buitre. Y me das miedo. Es como si necesitaras todos los días carne fresca para alimentarte. Para hacerlo, tú lastimas, desgarras, despedazas. No te planteas quién puede ser tu víctima, si es tu amiga o si te ama o si te es más o menos indiferente. Hay una voracidad, que muestras con las

personas que viven a tu alrededor, que me asusta. Y a mí mucho más, porque sé que, dentro de ti, hay un fondo de sincera bondad.

Tenía que pensar en todo eso. Se sentía raro, indefenso, desfasado, como después de un largo viaje intercontinental. Pero era feliz por haberse vuelto a encontrar con Thomas. Cada vez más eran un solo destino. Leo lo sabía. Despertó dulcemente a Thomas para decirle que se había perdido. Se cambiaron de nuevo al volante y volvieron a casa.

En los días siguientes planificaron un viaje a Dresde. Thomas hizo de todo para conseguir los visados necesarios. Mientras, Leo se puso en contacto con algunas revistas para intentar colocarles un artículo. Se fueron en tren y cuando volvieron a Berlín, tres días más tarde, su unión era incluso más sólida y más fuerte.

Cuando llegó el momento de separarse por enésima vez, y todavía ninguno de los dos se había acostumbrado a estas interrupciones violentas de su devenir juntos, Thomas metió a escondidas una nota en el bolsillo de Leo. Este se la encontró al día siguiente, en Milán. Decía:

> Estoy escuchando nuestra canción mientras te preparas en la otra habitación y de vez en cuando vienes a verme, me miras y me preguntas qué estoy escuchando por los cascos que me pueda conmover tanto. Yo no te oigo, pero te entiendo. Es todo tan intenso que me cuesta ordenar las palabras, una tras otra. Anoche, al volver a casa, no tenía miedo ni de separarme, ni de seguir adelante, ni de pararme a pensar en ti. Sentía solo una fuerza que me empujaba hacia delante, como un surfista sobre una ola del océano. Quería dejarme explorar, guiarte otra vez, y después cambiar de rumbo, para que tú también probaras el vértigo de mi eterno mareo. Espero haberlo conseguido. Ahora te tienes que ir. Todo me parece envuelto en una capa de indiferencia. Mis sentidos están concentrados en preservar tu

recuerdo y el sonido de tu voz. Te estoy interiorizando. Es un proceso que durará varias horas y del que me recuperaré cuando me haya convertido en un pequeño punto indescifrable, inmerso en otro pequeño punto, lejanísimo, en el cielo de Berlín.

La estrategia de «habitaciones separadas» pareció desarrollarse y evolucionar, en los meses siguientes, de una manera que Leo conseguía controlar y con la que sentía que no se dispersaban demasiado ni él ni sus energías. Tenía tiempo para escribir o para trabajar. Tenía en la cabeza a una persona amada, a la que oía por teléfono, a la que dedicaba todas sus acciones, a la que deseaba, a la que escribía. Estaba convencido de que su amor por Thomas había llegado al culmen. Ya no podía crecer más, solo modificarse en diferentes encarnaciones y figuras.

Si por un lado Leo estaba satisfecho por haber conseguido poner un par de miles de kilómetros entre los dormitorios, una distancia que los dos, además, no sentían infranqueable para mantener una relación, por el otro Thomas había conseguido, con habilidad y tozudez, que entrara una tercera persona en las «habitaciones separadas». Y, sobre todo, que Leo aceptara, en nombre de su amor, la nueva situación.

Por supuesto, no fue fácil. Cuando Leo supo que Thomas vivía con otra persona se puso furioso. Se sintió traicionado y, sobre todo, humillado. Pero Thomas fue inamovible:

—Tú quieres vivir solo, Leo. Yo, en cambio, quiero vivir junto a la persona que amo.

—Entonces quieres decir que lo nuestro se ha acabado —dijo Leo.

Thomas no respondió. Después, mortificado, le dijo:

—Tenemos que hablarlo en cuanto nos veamos. No puedo decírtelo así.

Leo reaccionó con agresividad. Durante los días siguientes, escribió casi todos los días cartas en las que arremetía contra Thomas, acusándolo de querer destruirlo por una miserable cuestión de sexo. Se negaba a entender que Thomas sufría demasiado por su ausencia. La tercera persona no era un sustituto de Leo, era simplemente alguien con quien Thomas compartía la misma idea de amor. Era una chica de poco más de veinte años. Y con ella Thomas se sentía feliz, proyectado en el futuro, mientras que con Leo estaba obligado a discutir continuamente, a sufrir, sobre todo a soportar un dolor excesivo. Y el hecho de que Leo no entendiera que seguía siendo el único hombre de su vida lo hacía sentir todavía peor. Un día le escribió diciéndole que ya no abría las cartas que le mandaba, que las destruía porque ya conocía su contenido ofensivo, incluso con respecto a Susann, a la que ni siquiera conocía. Y le dijo también que tanto Susann como Leo tenían que considerarse afortunados, porque eran bien conscientes de lo que querían: él, Thomas, seguía sin decidirse. Todavía amaba a Leo, pero también amaba a Susann. Tenía que renunciar a uno de los dos, y no sabía cómo hacerlo. Pero Susann viviría a su lado; Leo, no. Por eso había elegido privarse de Leo.

Leo seguía llamándolo por teléfono y le escribía pidiéndole un encuentro. Por fin, en primavera, se vieron. Y Thomas vio a Leo sufrir tan sinceramente que sintió lástima de él. La noche anterior quedaron, muy formales, en un restaurante semivacío de las afueras. A Leo le costaba hablar; con la mirada baja, balbucía. Thomas le dijo que ya no podían seguir, que estaba bien con

Susann, que no olvidaba nada y que transcurrido algún tiempo harían las paces. Sin embargo, mientras hablaba tenía la sensación de que Leo pensaba en otra cosa y que se sentía muy mal. Se despidieron con un apretón de manos, Leo en el coche y Thomas esperando un taxi para volver al hotel donde Susann lo esperaba. Pero al día siguiente lo llamó por teléfono y le dijo:

—Le he dicho a Susann que se fuera. Voy a tu casa y nos vamos de vacaciones. Lo necesitamos los dos.

Se fueron a España, se amaron, pero siempre había como una sombra entrometida entre ellos. Y cuando Thomas se alejaba de Leo para comprar collares, pequeñas joyas artesanales, sabiendo a quién estaban destinadas, a Leo se le cambiaba la cara porque Thomas tenía una vida en la que jamás participaría. Pero con el paso del tiempo, por la intensidad del amor que sentían el uno por el otro, empezó a aceptar aquella extraña relación a tres. Un día, en el tren, en un compartimento lleno de gente, Leo le dijo, melancólico:

—Yo siempre lo he querido todo, Thomas, y siempre me he tenido que conformar con algo.

Thomas no respondió. Lo miró a los ojos y de repente se puso a llorar en silencio, sus ojazos brillaban y Leo se sintió confuso, le tomó de la mano y supo que, a pesar de que desde hacía años los dos se habían empeñado con todas sus fuerzas en complicarse la vida, se amaban perdidamente. Y se amarían toda la vida.

Así, cuando Leo mira, como hace hoy —un espléndido día de febrero en el que ya es posible advertir en el aire el fermento de la primavera—, los mapas de carreteras de Europa para decidir el itinerario de un viaje en coche, piensa inmediatamente en Thomas y siente una mezcla indefinible de satisfacción y de resentimiento:

satisfacción y placer porque su historia sigue, existe y lo sosiega; resentimiento porque debe tener en cuenta el hecho de que Thomas vive con Susann. Su equilibrio pasa necesariamente por esta persona, a la que Leo no conoce y no quiere conocer, pero a la que debe tener en cuenta cuando desea ver a Thomas. Un fantasma, seguramente no para Thomas, que revolotea sobre sus camas separadas. En el fondo, los tres están solos, ninguno posee completamente al otro, pero los tres se pertenecen. La vida de Leo tiene que ver con la de Thomas como la de Thomas tiene que ver con la de Leo. Cada uno, incluso en la separación, incluso a través de la distancia, es responsable de la vida de los otros dos. Leo y Thomas se aman en paz justo desde el momento en que han sentido la imposibilidad de su amor. Se aman porque ya se han dejado.

Así, Leo, cuando hojea los atlas desperdigados por su apartamento en busca de una meta para su próximo viaje, piensa que se ha inventado una forma de amor en la que cree y a la cual no pide mucho; lo mismo que ha sucedido con su sentimiento religioso, desterrado en un espacio no de verdad, sino de búsqueda, está sucediendo con el amor: la seguridad de que no encontrará jamás la paz y que, para los que son como él, nada será jamás suficiente. Mantener estos mundos cerca de su corazón, no permitir que su ansiedad los destruya, separarlos y a la vez tenerlos atados a su vida. Vagar de una patria a otra. Ese es su destino.

Este, el momento de los mapas de carretera abiertos sobre el parquet del cuarto de estar, desplegados sobre los sofás o sobre la mesa del estudio, es el último recuerdo de paz que le queda antes de la catástrofe. El último momento de tranquilidad antes de que la

llamada del padre de Thomas le comunique que ya no hay nada que hacer, que Thomas nos está dejando.

Después del viaje a Estados Unidos, Leo se queda algún tiempo en Milán, solo. No quiere ver a los amigos. No habla por teléfono, no responde a las cartas que le llegan. Necesita pensar en todo lo que le ha sucedido en Washington, necesita tiempo para digerir el impacto que aquel acto está teniendo en su soledad. Se da cuenta de que tendrá que aceptarlo como una parte de sí, algo que incluso podría no repetirse nunca más de la misma manera y en las mismas condiciones, pero que ha hecho aflorar en su conciencia lo que siempre se había negado a sí mismo: que él está amasado no solo con el bien, como sostenía Thomas, sino también con la culpa. Por contra, negarse, como lleva haciendo desde hace años, a cualquier posibilidad de una nueva historia, a cualquier tentativa de un nuevo amor, lo está volviendo loco. Sombrío, negro, sujeto a crisis nerviosas, incapaz de dormir con regularidad, con tendencia a deprimirse todos los días. Y cuando al acabar el año se pone, sin querer, a hacer el balance de los primeros tres años sin Thomas, se da cuenta de que, en realidad, no ha hecho nunca el amor con nadie. Y sexo, solo con un gigoló. Comprende entonces que la renuncia al amor, que de alguna manera se ha impuesto a sí mismo, lo está matando, lo está separando cada vez más de los otros, confinándolo a una zona malsana y estéril de la que cada vez es más difícil salir.

Se siente un grumo sin disolver de rencor y de odio. Se deja llevar fácilmente por la violencia. Se replantea el pasado como una

incesante cadena de agravios que le han sido infligidos. Se siente traicionado, como si todos hubiesen abusado de él, aprovechándose de su nombre, de su amistad, de sus contactos, de su generosidad. Piensa que desde hace años no ha hecho otra cosa que satisfacer las peticiones de los demás, como si todos quisieran continuamente algo de él, mientras que él nunca ha pedido ni pretendido nada. La respuesta a todo eso es un deseo de venganza que se concreta en cada persona que ha conocido o se ha encontrado en los últimos años. A veces, de repente, se sorprende mirando la televisión como ausente, descubre que desde hace un par de horas no piensa en otra cosa que no sea la maquinación de un delito perfecto.

Pero el hecho más grave es que su renuncia va convirtiendo cada vez más su cuerpo en algo incognoscible y extraño. La castidad es una virtud mística para los que la han elegido; y, posiblemente, sea el uso sobrehumano de la sexualidad. Para él, esta abstinencia coaccionada es solamente una tortura más que está transformando en una obsesión su natural necesidad de corporalidad, de contacto, de caricias, de visión del cuerpo desnudo del otro. Así, cuando se mira en el espejo del baño al salir de la ducha y al afeitarse, descubre, con devastadora amargura, que su cuerpo, un tiempo atrás esbelto y atlético, cada vez está más inflado y carnoso, infantilmente redondo, como el de un buda de porcelana; o quizá, más despiadadamente, flácido y blando como el de un eunuco.

Al perder la dimensión de su cuerpo y no poder ya medir la realidad a través de una sexualidad madura, puesto que solo en ese sentido es el hombre exactamente la medida de todas las cosas, sufre de vértigos y choca con los codos, las caderas, las piernas, la cabeza, contra los objetos de su casa. Para aferrar un cenicero

utiliza, sin darse cuenta, la fuerza necesaria para levantar un mueble; para coger un papel, la necesaria para desplazar una silla. Los objetos se le caen de las manos y se rompen. Toda acción se vuelve hostil. Las cosas lo rehúyen.

Si la situación se ha gangrenado tanto se debe también a que a Leo siempre le ha resultado más fácil, por carácter, renunciar antes que insistir, desaparecer en lugar de continuar. Ocasiones no le han faltado, pero al rato siempre ha preferido abandonar, ha considerado mucho menos complicado, e incluso más higiénico, contentarse con una victoria simbólica antes que bajarse los pantalones. Al negarse a entrar en el juego con los demás, a colocar el deseo en el plano de la negociación física, a adaptar el ideal de «hacer el amor» a la realidad apresurada y furtiva del intercambio sexual, el acto de amor se convierte otra vez en algo mítico, muy lejano, exactamente igual al de los tiempos de su primera juventud; hasta tal punto que a menudo divisar a dos personas que se besan por la calle le causa un rechazo interior comparable al sentimiento de asombro, de celos, admiración y envidia que podría sentir un desposeído del Tercer Mundo frente a la exhibición de la riqueza occidental, o un pobre mutilado de guerra ante la actuación de un bellísimo atleta olímpico. Una vez más, el paraíso es siempre para los otros.

Entonces, como defensa, no es extraño que salte con imprecaciones del tipo:

—¡Mira qué cosas me toca ver!

Y cada vez más a menudo, caminando entre la gente, se dice en voz alta:

—No me lo puedo creer. No tengo palabras.

Esta actitud le parece mucho más inaceptable por cuanto él siempre se ha considerado tolerante, desinhibido, dispuesto a analizar, y a lo mejor a aceptar, las razones de los demás. Ahora este arrebato de moralismo, esta rigidez de comportamiento lo bloquea en un continuo refunfuñar, en un gruñido asfixiante que arrolla con todo y a todos y que no parece tener tregua. Cuando se examina con más lucidez, una mañana en la que milagrosamente se ha despertado en aparente buena forma, se ve a sí mismo como a un personaje goldoniano: un rústico padano, un viejo gruñón. Entonces, incluso consigue sonreír.

Es en uno de esos momentos, suspendido entre la autoironía y la autocompasión, cuando Leo acepta la invitación de Rodolfo para trasladarse durante algún tiempo a su casa en la Maremma. Pero, tras algunos días de aislamiento, Leo le pregunta si puede invitarlo a su casa de Florencia. Rodolfo interpreta este deseo como un paso importante en el camino de vuelta de Leo a la normalidad.

—Daré una fiesta en tu honor —le dice entonces—. No sabes cuánta gente está deseando volver a verte.

—¿En serio? —ironiza Leo.

Rodolfo se pone en pie de un salto, levantando la voz:

—Él está muerto, Leo. Tienes que aceptarlo. Ya has expiado lo suficiente, si era eso lo que querías hacer. Hay un montón de chicos guapos por ahí que no esperan otra cosa que estar con alguien como tú; alguien que tenga tiempo para ellos, que los lleve de viaje, o al teatro, que los pueda introducir donde desean…

—Al parecer soy un buen partido, ¿no? —lo interrumpe Leo.

Rodolfo titubea antes de responder. Sabe que Leo no se lo espera de él. Puede que le haga daño, pero empieza a comprender que es

precisamente eso lo que Leo está buscando, desde hace tiempo, en los demás.

—Thomas no fue una gran historia, Leo —aclara—. Un donnadie. Un músico bien encaminado en la carrera del fracasado. No sabía quién era, ni lo que quería. Ten en cuenta que estás empleando más tiempo en olvidarlo del que realmente has pasado con él. Podría entender veinte años. Una vida juntos. ¡Pero, por Dios, Leo, ha sido un rollo de tres años! Uno aquí y el otro allí. Habéis vivido juntos dos meses, tres, cinco, siendo generosos. ¿Y estás echando a perder tu vida por unas noches pasadas con un desconocido?

—No han sido solo tres años —contesta tranquilo Leo—. He pasado más de la mitad de mi vida sexual adulta con él. Y por lo tanto puedo decir que los años en este caso no cuentan. Thomas lo era todo para mí. Era ideal.

Rodolfo lo mira fijamente, sacudiendo la cabeza:

—Él no era el hombre adecuado para ti. Y te estás torturando precisamente por este error.

Leo tiene la voz ligeramente rota:

—¿Qué error?

Rodolfo se deja caer en el sillón. Emite un largo suspiro:

—Que él está muerto, Leo. Y tú no. Por eso él no era el chico apropiado para ti.

Se quedan en silencio unos minutos, incapaces de levantar los ojos y mirarse. Rodolfo sabe que lo ha herido y Leo es consciente de que sus amigos, desde hace ya unos años, hablan de él, se han formado una opinión, han pensado, con toda probabilidad, en cómo resolver el problema de que tenga compañía. Se siente incómodo, encerrado en su mutismo. Rodolfo le parece lejano, incapaz de

comprenderlo. Sin embargo, ¿ha hecho él alguna vez algo para que realmente Rodolfo, o cualquier otro amigo, lo entendiera?

Es cierto que en los últimos años se ha ganado, con esfuerzo, su propia soledad. Ha descubierto que podía sobrevivir en su propia compañía. Como diría un gurú, ha vuelto la mirada hacia el interior para ir lejos, a lo que habría podido llamar «el mundo de Leo». Pero al hacerlo se ha cerrado a los demás. Al considerar que podía sobrevivir solo en sí mismo, no ha hecho otra cosa que trocar las respuestas de muerte en respuestas de vida. Ningún amor, ninguna pasión, ninguna amistad, ningún contacto con el exterior, a no ser por las pequeñas tareas de la vida cotidiana. Le había parecido una solución sabia a la que año tras año se había acomodado. Su desgana con las amistades, incluso con las que más le importaban, se debía al hecho de que estaba concentrándose en sí mismo y por ningún motivo podía distraerse. Y ahora se da cuenta de que, mientras él se ha olvidado de los demás, los demás han seguido acordándose de él, hablando de él, preguntándose sobre su vida. Y este hecho lo bloquea. Es como si ahora ya no tuviera con Rodolfo ningún código de comportamiento. Le están proponiendo una fiesta, algún chico, alguna mundanidad. Nada excepcional. Las ofertas habituales. Y a él no se le ocurre nada mejor que reaccionar ofendiéndose. Porque el hecho real es que la propuesta de Rodolfo lo ha ofendido. Y que él lo desprecia.

«¿Cómo puede Rodolfo imaginar una tontería de este tipo para mí?», se pregunta. Pero enseguida comprende que Rodolfo no puede hacer otra cosa, porque Rodolfo no sabe por qué Leo lo ha mantenido alejado, a él y a todas las demás personas que lo quieren. Entonces siente que quizá sea hora de volver a la vida, hora

de reconocer las respuestas de muerte por lo que realmente son, y las de vida por todo lo bueno que le pueden traer.

La vida, a veces, produce confusiones semánticas de este tipo. Y los hombres se adaptan a ellas y siguen viviendo, olvidando el hecho de que han cambiado de signo: las mismas cosas, los mismos gestos, las mismas personas, pero todo en la dirección de un recorrido opuesto. La elaboración de los datos es la misma, pero el signo que tienen delante, el que los coloca por encima o por debajo del cero, ha cambiado. Aunque a veces los hombres consiguen elaborar, incluso desde la más oscura catástrofe, algo vital: la idea de un nuevo orden. Una posición en el mundo que ya no reproduce la de la infancia, que ya no tiende hacia la quietud inicial, sino que acepta jugársela en la incógnita del presente. Otras veces los hombres proceden solo por inercia, olvidando que esta no tiende sino a apagar la energía, a atenuarse hacia un punto muerto. Y en cierto sentido, Leo ha llegado a ese punto. Necesita una nueva carga, necesita creer de verdad que la vida sigue. Tiene, por fin, que proceder a distinguir entre quién está vivo y quién está muerto. Anular el buitre que hay en él. Porque si una cosa es cierta, es que durante todos estos años él se ha mantenido vivo alimentándose de los despojos mortales de Thomas, calmando su sed con su sangre, quitándose el hambre con su carne desgarrada, como un insaciable depredador de carroña en la sabana.

Le están diciendo que Thomas está muerto. ¿Y si Thomas estuviera realmente muerto? ¿Es eso lo que quieren darle a entender? ¿Que ya es hora de abandonar a Thomas a su destino? Pero si él y Thomas eran un único destino, ¿cómo podrá jamás deshacerse de él? ¿Tres años, cuatro, de este luto insoportable no le

han servido entonces para nada? ¿No le han dado consuelo? ¿Por qué, entonces, todavía no ha expulsado su dolor, por qué no se ha librado de él? Ha conseguido sobrevivir, por supuesto, pero ¿a qué precio?

Entonces Leo se pregunta si haber querido contener su dolor en una esfera íntima e inaccesible para los demás, si haberlo destilado gota a gota en soledad, ha hecho imposible la elaboración final de su luto. Privarse de las manifestaciones sociales y de la participación de la colectividad, aunque fuera solo la de sus amigos, lo ha detenido en una zona pasiva de angustia. Al haberse negado a socializarlo se ha privado del valor de purificación que caracteriza cualquier expresión pública de un sentimiento, aunque se tratara del luto irregular por la pérdida de su compañero. Pero precisamente por eso, como ya había comprobado durante la procesión de aquel Viernes Santo en su pueblo, él no podía exhibir su dolor. Ya que ninguna sociedad reconocería como auténtico un luto como el suyo; ni, por consiguiente, poseería aquella ritualidad capaz de resolver, socialmente, una catástrofe todavía no oficializada: en definitiva, lo que los antropólogos llaman, para diferenciarlo del luto burocrático, «el luto del corazón».

Luego, aceptar hablar sobre ello, como indirectamente está haciendo con Rodolfo, tiene un sentido en el camino de la superación. Quizá debería aceptar su invitación, a pesar de que la inmediata sensación de disgusto que siente parezca prohibírselo. Por lo que hace un esfuerzo y dice:

—Preferiría que organizaras una cena, algo más íntimo que una fiesta.

Rodolfo sonríe, tiene ya la libreta de direcciones en la mano. Marca un número de teléfono.

—Tengo dos Madison que te gustarán. Los tengo guardados para ti desde hace meses.

El restaurante que Rodolfo ha elegido para su puesta en escena es un local florentino bastante pretencioso, céntrico, situado en las caballerizas de un palacio renacentista. Ha reservado una pequeña sala con frescos en las bóvedas y el suelo de barro cocido, en la que la restauración ha conservado la pátina y el deterioro del tiempo. A duras penas caben una mesa para cuatro y, en un rincón, la cubitera del vino. Para Rodolfo posiblemente es el colmo de la intimidad; para Leo, la angustia palpable de su situación.

Se han citado en Gilli, a las nueve, para una copa de champán y también para evitar que nadie tenga que esperar en el restaurante a los otros dos. Leo está cortado, pero Rodolfo hace las presentaciones con su tacto habitual y una habilidad, tal vez, demasiado profesional. Los chicos pertenecen, sin duda, también así a primera vista, al estándar Madison, aunque florentino: tipo universitario americano, de muy buena familia, físico fibroso y deportivo, conversación brillante. Han llegado en una gran Yamaha que han aparcado en la plaza frente al café. El que conduce, Ruben, tendrá unos veinte años, pelo largo y rubio, boca carnosa, ojos claros, no muy alto, pero fuerte. Viste una cazadora de cuero negro, vaqueros, zapatos ingleses, negros también. Anudado al cuello lleva un pañuelo con diminutos lunares blancos. El otro, Eugenio, es un chico alto y flaco, pelo castaño y ondulado, de perfil antiguo, diáfano. Ojos grisáceos. Lleva una americana azul, camisa de cuadritos burdeos y azules, vaqueros y botas de ante. Se acercan a

la cafetería con los cascos en la mano. Rodolfo se aleja de Leo para recibirlos.

La conversación en el restaurante se desarrolla sin demasiadas emociones. Rodolfo pasa de un argumento a otro con habilidad, buscando el que permita a los cuatro intervenir, pero no es tan fácil. Haría falta recurrir a una película o a un espectáculo teatral, pero teme que los Madison, con alguna metedura de pata, irriten a Leo. Por otra parte, ya han repasado las amistades en común sin conseguir con eso animar el ambiente. En cuanto hay un instante de silencio, rápidamente alguien toma la palabra y se dirige a Leo. Al empezar a cenar, Leo lo había interpretado como un detalle, pero ahora lo siente como una hipocresía. Se imagina que Rodolfo ha aleccionado a los dos Madison para que sean amables. Leo nota que lo miran con piedad, hasta con pena. Los esfuerzos de los otros le parecen torpes, porque no hacen otra cosa que recordarle su separación. Incluso cuando hablan de playas griegas, de pistas de esquí, de noches romanas o milanesas, de viajes a Nueva York o al Caribe, siente sobre su rostro una mirada de compasión. Como si él tuviera siempre algo que ver con esos paisajes y esos destinos, mientras que, en cambio, preferiría quedarse callado y hacer algún comentario solo por educación. Especialmente Eugenio, el chico alto y desgarbado, el que más le gusta, lo mira con una curiosidad benévola, como si esperara por parte de Leo alguna señal. Pero Leo no hace nada y cuando, al final de aquella cena, que en su memoria quedará para siempre, entre lo patético y lo irónico, como «la cena del viudo», acompaña a los chicos hasta su moto para despedirse, se siente liberado de un peso.

Al quedarse a solas con Rodolfo, culpabilizado por el silencio ofendido de este, le dice amistosamente y con dulzura:

—Mira, me siento como una persona que no tiene nada que demostrar a nadie; que no tiene estrategias ni tácticas, ni planes de acción, porque, en realidad, no me interesa mostrarme como lo que ya no soy. Sé que soy también una persona divertida, cuya compañía es agradable. Pero ahora preferiría que lo descubrieran los demás. Y por otro lado, solo podré atarme en el futuro a aquella persona que —sin que yo haga nada— comprenda quién soy tras esta fachada triste y arisca. De momento no me apetece nada parecer divertido por la sencilla razón de que no me siento así. No quiero seducir a nadie. Ahora, si me lo permites, espero que sean otros los que me seduzcan a mí.

—Pensaba que te podía ayudar, pero ni eso quieres. Ruben y Eugenio son dos chicos majísimos. Aunque me parece que, después de semejante velada, ya no los volveré a llamar.

Leo lo mira un rato, pasándose impacientemente el llavero de una mano a otra:

—Sí —le dice de pasada antes de subir a su cuarto—, tienes razón. Eugenio es un tipo realmente majo.

Al día siguiente, mientras hojea los periódicos, oye que llaman a la puerta. El portero le entrega un paquete. Leo lo deja sobre la mesa creyendo que se trata de un regalo para Rodolfo. Pero en la tarjeta está su nombre. Quita el envoltorio de papel de seda blanco y descubre, en una cestita de mimbre, una composición de fresas, cerezas, rabanitos y guindillas colocados sobre un lecho de pétalos de rosas rojas. Abre la tarjeta, es de Eugenio.

Ya no sonríe, ni esa estrafalaria composición de frutos de color rubí lo divierte. Se pregunta qué significa todo eso. Es incapaz de aceptar un detalle solo por lo que es. Empieza a imaginarse el significado de las fresas o el de las pequeñas guindillas del sur. Solo ve una amenaza. Se ha defendido tanto durante años de la catástrofe del amor que, cuando es la hora de volver a empezar, como quizá lo sea ahora, ya no sabe ni por dónde, ni cómo. Pero ese es precisamente el problema: ¿por qué verse a sí mismo en un contexto de amor, cuando quizá se trate solo de una demostración de amistad? ¿Por qué se imagina que es una invitación a relacionarse sentimentalmente y no interpretar esa cesta como un irónico y divertido comentario de un chico inteligente y sensible, de modales exquisitos, sobre la apatía, sobre la anemia interior mostradas por Leo la noche anterior?

Con voz insegura y entrecortada, Leo lo llama para darle las gracias. Eugenio parece divertido, seguro en su tono de voz y sobre todo interesado en él. Empieza así, desde aquella cena del viudo, la afectuosa amistad entre Leo y el chico. Por las noches, después de un cine o de una velada entre amigos, acaban en un restaurante o una cafetería y charlan hasta el amanecer. Otras veces se pasan tardes enteras en el sofá mirando videoclips, hablando de música, de imágenes, de ciudades. Cuando cae la noche se sientan a la luz de las velas en la pequeña cocina de Rodolfo, colocan las sillas delante de la nevera y siguen hablando, con los platos en las rodillas, las botellas de cerveza en el suelo. Cuando se separan, se despiden como viejos amigos y Leo percibe, en el tren del regreso, la ansiedad de la separación. Por primera vez desde que Thomas se fue.

Sin embargo, Leo sabe que no está enamorado de Eugenio. Desea su compañía, su conversación, esa forma suya de mirarlo con atención, con sus ojos maravillosamente abiertos de par en par al hablar, pero no desea ni su cuerpo ni el acto de amor. Admira la inteligencia de Eugenio, su sensibilidad, esa especie de devoción que, mes tras mes, va volcando sobre él. Pero sabe que nunca podrá amarlo. Ha llegado a una edad en la que le parece legítimo hacer balance. Con el amor lo ha intentado y ha perdido. Ahora sabe que él no está hecho para amar a otra persona, no está hecho para el sexo, ni para vivir junto a otro hombre. Él solo se siente en paz en su soledad, atendido por los amigos más queridos. Lo que está haciendo es intentar formar una familia, una extraña familia sin mujeres ni hijos, pero en la que los vínculos entre los componentes sean igual de fuertes y conscientes: Rodolfo, Eugenio, Michael son hoy su familia.

Por otro lado, ¿qué pulsión animal empuja a los hombres a buscarse, afanosa y brutalmente, para robarse y herirse unos a otros? ¿Qué catástrofe primordial ha permitido que el Eros solo fuera alcanzable en la obsesión de la genitalidad y no, en cambio, en el respeto de las recíprocas actitudes hacia el amor? ¿Cuántas amistades ha visto Leo acabar, brutalmente, con dolor, porque uno de los dos no concedía su cuerpo al otro? ¿Delimitar la sexualidad dentro de sus límites debidos, circunscribirla, no es acaso atribuirle su relevancia natural?

Todos acusan a Leo de no hacer el amor. Y el primero que se acusó, hace tiempo, fue precisamente él. Desde que se sabe que no hace el amor con nadie, su peso social ha menguado hasta desaparecer: mientras se presentaba en las discotecas o en las

fiestas en compañía de chicos guapos, rodeado por su corte, se le consideraba un hombre de éxito, respetado y apreciado; ahora que está solo, ahora que sigue frecuentando los clubes para quedarse en un rincón dando sorbos a una cerveza y escuchando, en la oscuridad, la música que le traspasa los oídos, solo es un trapo, un paria. Pero Leo piensa que ya es hora de acabar con la obsesión de parecerse a los demás, de dejar de creer que lo normal sea no perder ninguna ocasión, meterse en la cama con el primero que se lo proponga. Todos dicen que aman, pero Leo piensa que quien de verdad ama a los hombres y al mundo entero, los árboles, los ríos y los animales, ese hombre es únicamente el ermitaño, y él, a su manera, es un monje. Esto es lo que le hace diferente. En Thomas Leo amó a un semejante. Pudo hacerlo porque aprendió a sufrir y a dar. Pero eso no quiere decir que el milagro se vaya a repetir. Al hablar con Eugenio es cada vez más consciente de que no habrá otra posibilidad, precisamente porque lo que ahora está buscando no es un compañero, sino un nuevo lugar para él en el mundo. Conserva su capacidad de amar, pero no para depositarla en otra persona, sino en lo que caracteriza a la especie a la que pertenece. Ahora es capaz de hacerlo sin pecar de idealismo, ni de fanatismo, porque ya lleva consigo la huella inextinguible del amor entre dos personas, Thomas y Leo, que han existido y cuya presencia él acuna, tiernamente, en la profundidad de su corazón. Hace algún tiempo, cuando consideraba su relación amorosa estéril y sin fruto, se equivocaba. Leo y Thomas han parido, con dolor, por lo menos un hijo. Y ese hijo que ha irrumpido en el mundo, que piensa y actúa, es hoy el Leo de treinta años.

Eugenio lo sigue con la devoción del alumno preferido que no pide, no pretende, no desea otra cosa sino la compañía del amigo mayor. Un alumno por el cual se siente comprendido hasta el exceso, como, por ejemplo, cuando un domingo de noviembre, por la tarde, Eugenio lo acompaña por el paseo Rilke, el sendero que, en lo alto del acantilado, comunica el castillo de Duino con Sistiana. Hace frío, la calima envuelve el perfil de la roca, el cielo está bajo, y el mar es una lámina inmóvil de acero. El camino serpentea en la cresta del acantilado entre rocas blancas horadadas, perforadas por el viento como por miles de orugas calcáreas. Pero la tierra arenosa por la que caminan es purpúrea. Y la maleza espinosa oculta racimos de bayas color azafrán. Leo trepa a una roca que cae a plomo sobre el mar. Siente el viento debajo de su piel, fuerza la mirada hacia el horizonte, pero no puede ver nada más que un fondo gris veteado de aire y viento, de densidades acuosas y de nubes cargadas de lluvia. No hay horizonte, ni es capaz de encontrar el punto de separación entre las aguas y el cielo. Sombras plateadas se reflejan en el aire húmedo y salado; él mismo, en la roca, no es más que un reflejo irreconocible, contemplado por las nubes y por el mar. El castillo, macizo, parece un fortín. Se erige fuerte y aterrador, como un complejo de culpabilidad: la avanzadilla de la oscuridad desde la que plantear preguntas sin respuesta. Abajo, en la otra parte, semioculto entre las rocas kársticas está Eugenio, que lo mira sin sonreír, sin complicidad. Lo mira y se pasa una brizna de hierba por entre los dientes. Leo entiende en ese preciso instante que Eugenio comprende. Y siente con fuerza el deseo, si esto alguna vez dependiera de él, de bendecirlo.

Otras veces, benignamente, Leo bromea acerca de la actitud de Eugenio y le tararea *Suedehead:* «Why do you come here? / And why, why do you hang around?».[6] Luego se da cuenta de que, bajo las sonrisas, Eugenio se siente herido. Y él se bloquea porque no sabe cómo sacar de la consternación a su joven amigo. Comprende que tiene que mantenerse algo distante, alejado de él, porque corre el riesgo de hacerlo trizas: nadie puede ser tan fuerte como para soportar la onda de choque de una persona como Leo, o por lo menos, nadie que lo quiera. Él sabe que se comporta como esos insectos que clavan el aguijón en las larvas y durante días y días las chupan, las digieren, se alimentan, sin soltarlas hasta el momento en que solo queda un envoltorio arrugado y totalmente vacío, un sarcófago sin momia. Y entonces vuelan lejos en búsqueda de otro joven alimento. No, él no quiere llegar con Eugenio hasta el punto de hacerlo desvanecer, absorberlo dentro de sí hasta hacerle la vida insoportable. Por eso lo empuja a estudiar, a asistir a los cursos en la universidad, a realizar los exámenes, a mantener las relaciones con su grupo de coetáneos, a enamorarse. Sigue sus flirteos como lo haría un padre confesor: no le da consejos, sino que lo escucha con atención. De vez en cuando rehúye sus llamadas y sus búsquedas. Desaparece. Luego vuelve a aparecer. Eugenio lo invita al campo, Leo llega, se abrazan, escuchan las novedades discográficas, dan un repaso a las novelas que acaban de salir, hablan durante toda la noche. Después Leo se va a su cama separada y se duerme mirando, más allá de la fisura de la vieja puerta de madera, la luz que se filtra desde la habitación de Eugenio.

Luego, un día, hacia finales de septiembre, se encuentra en un autobús tipo Greyhound, pero más pequeño y más lujoso, con los asientos reservados y las grandes ventanas panorámicas abiertas en gran angular sobre las afueras de Montreal; ve las construcciones de la Ciudad Olímpica, las grandes avenidas recorridas por un tráfico que le parece lento y silencioso, los puentes colosales sobre el San Lorenzo y, sobre todo, el gran cielo norteamericano; ve un hidroavión naranja que toma carrera sobre el agua y levanta el vuelo lentamente, como un juguete o un pequeño pájaro mecánico. Son las cuatro de la tarde y él se siente fatigado por las ocho horas de avión, y todavía le faltan más de trescientos kilómetros hasta llegar a Quebec; coge un libro, pero no consigue leer y, cuando llega la noche y los ojos le pesan, se pone los cascos y escucha las cintas que le ha grabado Eugenio: Morrissey, naturalmente, y The Smiths, luego Deacon Blue, Swing Out Sister, Billy Bragg, Wim Mertens… El autobús es silencioso, las luces violetas de crucero están encendidas, se quita los zapatos, los deja sobre la moqueta gris e intenta bajar el respaldo del asiento; las luces de la ciudad, fuera, parecen lejanas, de vez en cuando se enciende un valle entero, repentinamente, como al salir de un túnel… Hay pocos pasajeros, que él no puede distinguir. Los respaldos son altos, las filas de los asientos se parecen a las literas de un tren, luego alguien choca contra sus piernas, que ha estirado en el pasillo central, y él levanta la mirada, saliendo de su concentración, y ve a un chico que se dirige hacia el fondo del autobús. Y entonces el corazón le late más fuerte y siente una emoción interna vivísima y casi un sentimiento de gratitud. El chico, que no tendrá ni veinte años, tiene el pelo rizado, lleva unos

vaqueros con peto y, debajo, un jersey áspero de color marfil. Se reúne con una chica de pelo largo y liso, que está preparando un emparedado de jamón y destapando una botella de zumo de manzana. Bromean entre ellos, poniéndose encima de las rodillas unas servilletas de papel. En el suelo tienen unos libros de bolsillo desencuadernados, con las páginas consumidas y arrugadas. Leo sigue mirándolos. De un macuto el chico saca un mapa, que abre apoyándolo en el respaldo de delante. Apunta el dedo sobre la hoja y lo mueve señalando un itinerario. La chica mira con atención, hincando los dientes en el emparedado. Se dicen algo en voz muy baja. Leo tiene un flash.

Está en un ferri que lo lleva de mala manera de Patras a Italia. Es de noche, una fría noche de finales de agosto en el mar, él está solo, no va preparado para hacer un viaje de dos días en cubierta, ha perdido el avión en Atenas y no ha encontrado ninguna plaza en los vuelos repletos para Italia. Se ha alojado dos noches en un hotel pegado al aeropuerto del que salía cada tres horas para presentarse ante el mostrador de la lista de espera. Noche y día. Luego, agotado, con el último dinero que le quedaba, fue a la estación de autobuses, se metió en un autocar y llegó a Patras. Allí esperó hasta la noche a que el ferri zarpara, sin beber, sin comer. Compró un pasaje de cubierta, el único con el que podía embarcarse. Y cuando el barco zarpó, se vio rodeado, en el puente, por centenares de jóvenes que disponían los sacos de dormir y arrimaban a los parapetos las mochilas, preparándose un cobijo para la noche. Él era el único sentado en el banco de hierro, solitario y ensimismado, como un pasajero de otros tiempos. No tenía manta, ni mochila, ni nada de comer. Había dejado Quíos convencido de que tres horas más tarde

estaría en Roma, y sin embargo llevaba ya tres días viajando, sin ninguna perspectiva de llegar a casa antes de otros tres más.

Al lado de sus pies se habían tumbado unas chicas escandinavas y un poco más lejos un grupo de franceses, unos chicos alemanes, españoles, muchos jóvenes americanos, suizos, brasileños, holandeses, canadienses. Reconocía las nacionalidades no solo por los cuerpos y los rasgos físicos, por el color de las melenas y por el idioma —aunque no hubiera sabido distinguir con seguridad el flamenco del sueco o el catalán del español—, sino sobre todo por las banderas cosidas en las mochilas. Eran el reflejo diferente de la misma idea de juventud. Después, de repente, como si desde los altavoces hubieran dado una orden precisa y perentoria, todos empezaron a sacar de las mochilas paquetes, cucuruchos, envoltorios, y los fueron abriendo, extendiéndolos sobre los sacos de dormir. ¡Qué no vería salir de aquellas bolsas! Huevos, quesos, pollos asados, fruta, uvas, manzanas, peras, ciruelas, botes de yogur de cabra, de vaca, de oveja, de cerezas, de malta, de salvado, de piña, tetrabriks de leche, zumos de fruta, naranjadas, coca-colas, pepsis, refrescos de quina, tónicas, litros de agua mineral, lonchas de salami, de jamón York, de *roastbeef,* de *speck,* salchichas, salchichones, tomates, pepinos, manojos de apio, perejil, zanahorias, pimientos, cebollitas en vinagre, requesón, sardinas, latas de atún, arenques, filetes de caballa, pescadillas, alubias picantes, cremas de verduras, sopas al vacío, consomé y luego toda una increíble variedad de dulces de viaje, desde caramelos hasta turrones, pasando por los bollos, las tabletas de chocolate, los bombones, los *boeri,* los *gianduiotti,* el mazapán, la pasta de almendras, las tartas de fruta, petisús, profiteroles, tarta de

manzana, de plátano, de coco, de kiwi. Y los termos y las cantimploras llenas de café, de té, de *karkadé,* de manzanilla, de poleo. Él contemplaba asombrado e incrédulo todas aquellas muestras de abundancia, veía a las chicas untar con mantequilla las lonchas de pan y pasárselas a los chicos enseguida, como si aquellas tostadas fueran platos de una competición de tiro. Y con qué ansiedad comían, engullendo los muslos de pollo y los quesos, que desaparecían en las bocas como por un efecto de dibujos animados. Y él seguía sentado en el banco, erguido sobre aquella multitud tumbada y saciada, patéticamente envuelto en su blazer azul, con los vaqueros blancos que no lo protegían del frío, con los náuticos, sin tan siquiera un par de calcetines de lana. Y empezó a odiar a toda aquella multitud tan organizada, práctica y regular en el ritmo de las comidas, sin tan siquiera una cerveza, ni vino, como mucho solo la sombra de una botella de Metaxá, allá al fondo, entre el grupo de los españoles. Y cuando la comida acabó, los envoltorios, las botellas, las sobras, las bolsas desaparecieron en apenas unos minutos.

Se produjo todo un veloz ir y venir hacia los cubos de basura, acompañado por un ruido similar al vertiginoso flap-flap de las alas de una bandada de pichones, sí, como si alguien hubiera tirado una piedra en medio de la extensión de sacos de dormir y todos se hubieran escabullido. Después, un rápido abrigarse con chándales y sudaderas y jerséis y K-Way y anoraks y una fila ordenada, con el cepillo de dientes en la mano, la toalla al hombro, delante de los servicios. De pronto todo cesó de nuevo y se dio cuenta de que la mayor parte de los chicos se habían dormido. Vio unos rostros asomarse desde las mantas con los cascos del walkman en los oídos,

otros que cuchicheaban, dos que se besaban con ternura, pero el silencio era inmenso y el balanceo del ferri podía incluso parecer, de una manera arcaica precisamente por ser tecnológica, que mecía los sueños de aquellos chicos. Entonces sintió, por un instante, la íntima y emocionada alegría de poder velar el sueño de aquellos centenares de jóvenes y que, quizás, el haber perdido la conexión en Atenas, el estar de viaje desde hacía tantos días, el haber embarcado en aquel barco y no en otro, se debía a que tenía que llegar a aquel banco de hierro pintado de blanco para poder contemplar el espectáculo de una juventud satisfecha y tranquila, como jamás había sido la suya. A aquellos jóvenes él los conocía bien, a pesar de no haberlos visto nunca antes y de que, con toda probabilidad, no los volvería a ver, incluso aunque viviera mil años. Ni ellos, jamás, recordarían a aquel hombre joven sentado como en un teatro, con las gafas de concha, un cigarrillo liado a mano perennemente encendido entre los labios, abrigado del frío solo por una toalla de playa turquesa que no dejaba de ajustarse, insatisfecho, sobre los hombros. Sin embargo, precisamente por eso, él fue, bajo la luz de aquellas estrellas y de aquella luna mediterránea y gélida, consciente de que su destino era justamente ese, el de velar y el de contar. Y mirando la estela de espuma blanca que el barco dejaba a popa, y que se ensanchaba como un abanico que resplandecía y bullía sobre el negro de la noche, se sintió, en cierta manera, reconfortado, y vio como una única cosa la imagen del barco, su rastro y los destinos de aquellos jóvenes y bellísimos hombres; y también su propia vida ya no separada, sino bien situada sobre el puente de algo en movimiento, un buque repleto de destinos benévolos, aun siendo un fantasma.

Ahora, en el autocar que surca silencioso la tierra de Quebec, ve a los dos chicos como presencias incontaminadas, que surgen directamente del corazón de los años en los que él fue joven; la persistencia física de tipos y personajes alrededor de los cuales nació su escritura y en los cuales se encarnó su deseo. Y se siente protegido. O mejor, siente que su viaje tendrá un destino. Y cuando llega a la ciudad, baja del autocar y se da la vuelta para grabar la presencia de ellos en su retina por última vez y darles las gracias, silenciosamente, por su mensaje, ya no los ve. Entonces, sonriendo, piensa que quizás en el puente de aquel barco también estuviera en compañía de ángeles, seguramente hambrientos y charlatanes, una patrulla de ángeles de excursión. ¿Acaso no oyó claramente, en un cierto momento, el crujido de sus alas?

Una noche, en la gran cantina del Grand Dérangement, un club de jazz bonito y lleno de humo como un salón de baile lombardo de los años sesenta, el bar resplandeciente adosado a una pared, casi encajonado en un rincón, la extensión de mesitas sobrecargadas de cervezas, el pequeño escenario, el foco colocado en el centro de la sala, algún reflector con gelatinas de colores, el piano vertical y los bafles y, en el techo, ristras de bombillas; él está allí junto a centenares de otras personas jóvenes y viejas, los grandes supervivientes de la *beat generation,* todavía combativos y con brío, poetas, escritores, artistas, estudiantes americanos, ingleses, alemanes, canadienses, quebequeses, periodistas, músicos, todos reunidos para celebrar la apertura del congreso internacional sobre Jack Kerouac esa noche, cuando un *bluesman* californiano leyó el comienzo de la última página de *On the Road*: «Así en América, cuando se pone el sol y me siento en el viejo y destartalado muelle

del río a mirar los extensos, ilimitados cielos sobre Nueva Jersey y percibo toda aquella tierra desnuda que se extiende en una única e increíble y enorme masa hasta la Costa Oeste, y todo este camino que va…», modulando la voz, ritmándola, al principio ligeramente, después cada vez con más cadencia para permitir que entre el bajo, después la batería, de fondo, transformándose luego en un auténtico canto acompañado por la guitarra, entonces él sintió un escalofrío muy intenso y le pareció que lo que Kerouac había escrito era en realidad la sustancia verbal de un jazz bellísimo y desgarrador; y al entrar el saxo —las palabras ya habían desaparecido y la música seguía, progresando en la sugestión de aquellas visiones— él sintió que todas aquellas personas, incluso las más distraídas, incluso las que trasegaban cerveza tras cerveza a su lado, ofreciéndole, sonriendo, continuamente, estaban todas unidas celebrando un rito sin fastos y sin magnificencias, un rito muy sencillo y precisamente por ello fundamental: la supervivencia de la literatura. Y el personaje humano que celebraban no era un académico, así como su congreso no se desarrollaba en los locales silenciosos y climatizados de un Grand Hotel, sino en las habitaciones desnudas de un albergue juvenil. Y habían llegado de toda Europa y del continente americano para debatir y releer la obra de un hombrecillo alcoholizado, despreciado, que acabó en la desesperación y en la indiferencia general, un hombre que había empezado a hablar la lengua inglesa a la edad de catorce años, hijo de unos pobres inmigrantes *canuck,* que nunca sería capaz de pronunciar correctamente una frase en la lengua de sus antepasados, el francés, que buscaría sus orígenes en la tierra de Bretaña, equivocándose completamente con los étimos y

los topónimos, que moriría en la soledad más ebria y malsana, alejado de sus propios compañeros de camino.

Sin embargo, ellos estaban allí, emocionados y entusiastas, para dar testimonio de la necesidad irreprimible de música, de visiones y de fantasía que, quizá solo accidentalmente, se encarnaba en la figura y en los cuentos de Ti Jean, pero que en general encarnaba el tributo más auténtico que un hombre puede dar a uno de sus semejantes: el agradecimiento por haberle permitido rozar la poesía.

Entonces, en los días posteriores, Leo reflexiona, como nunca antes había hecho, sobre el hecho de que su vida está indisolublemente entrelazada con la escritura; y es lo único que le importa y no es él, sino eso, lo que dirige los desplazamientos interiores de su vida. Si con Thomas no funcionó, si su vida sentimental es un desastre, si en lo más profundo está inquieto y no encontrará nunca la paz, es porque él es diferente y se tiene que construir una escala de valores partiendo precisamente de esa diversidad suya. Nada de lo que ha encontrado le ha ido bien y él se esfuerza, desde hace años, en buscar la manera apropiada. Su diversidad, lo que lo distingue de los amigos del pueblo en el que nació, no es tanto el hecho de no tener un trabajo, ni una casa, ni un compañero, ni hijos, sino precisamente escribir, explicar siempre en términos de escritura lo que los demás se complacen en callar. Se juega su sexualidad, sus sentimientos, no con otras personas, como él siempre ha creído, para acabar cada una de las veces rompiéndose la cabeza, sino precisamente en la elaboración constante, en el cuerpo a cuerpo, de un texto que todavía no existe.

Por eso él siempre se ha avergonzado y siempre se ha sonrojado cuando, en las situaciones más variadas, en un tren, o en una fiesta,

o delante del funcionario del registro, alguien se le ha acercado para preguntarle cuál era su profesión, en qué trabajaba. Se ha avergonzado porque comprendía inmediatamente que si hubiera dicho «yo escribo» lo habrían mirado como a un loco, o, en la mejor de las hipótesis, como a un muerto de hambre. Y su diversidad, su distancia de los demás, le habría parecido aún más insalvable. Y por eso siempre ha tergiversado, se ha inventado profesiones respetables y socialmente aceptadas, jamás la de escritor, la de vago, la de inútil. Una vez se encontraba inmerso en la oficialidad de una comida con algún aristócrata, burgueses, sobre todo industriales, financieros, banqueros. Y se suponía que Leo iba a ser el homenajeado. Y a pesar de que todos lo saludaron, él era consciente de que al darle la mano le miraban la corbata y sobre todo pensaban cuánto dinero podía ganar con una profesión tan extravagante como aquella. Y él se daba cuenta de que el hecho de no tener centenares de obreros que dependían de él, de no tener fincas ni casas, de no ejercer ningún tipo de poder, lo convertía en un objeto absolutamente fatuo. Un incordio. Y una tarde que tenía que hablar en un pequeño teatro de la periferia milanesa a un público de viejas y respetables señoras, algún profesor de instituto, algún director de colegio, se interrumpió de repente y ya no consiguió continuar su intervención, porque había tenido la imagen muy nítida de hallarse en una protectora de animales, y que sus oyentes lo miraban con aquella bonachona curiosidad que se siente por los animales en vías de extinción. Le entró pánico de que las viejecillas, con sus chales y fulares color pastel se levantaran y lo metieran con suavidad en una jaula. Y le ofrecieran unos pequeños dulces Savoiardi para que los picoteara y se alimentara,

murmurándole muchos diminutivos cariñosos para hacerlo sonreír y consolarlo. Porque realmente él se siente en vías de extinción.

Entonces, quizá toda su vida, su estar separado, no sea otra cosa, como había comprendido perfectamente Thomas, que una elaborada puesta en escena de su inextinguible voluntad de desaparición; hacer un espectáculo público de un complejo de culpabilidad, de una angustia que quizá sintiera desde el primer día en que abrió los ojos al mundo: que nunca iba a ser feliz. Y ese sentimiento de culpabilidad, por haber nacido, por haber ocupado un lugar que no deseaba, por la infelicidad de su madre, por la tosquedad de su pueblo, se ha desplazado a un mundo separado, el de la literatura, que le permite sobrevivir, incluso alegrarse, pero siendo siempre consciente de que jamás la plenitud de la vida, como generalmente la entienden los demás, sería suya. Esa sensación de una sustracción primigenia probablemente sea la que le ha llevado al punto en el que se encuentra ahora.

Pero esas tardes que pasa en el pub Saint-Alexandre, delante de aquel espejo de salón americano, imitando con alegría a los demás al pedir botellas de litro de Dow, las *grosses bières,* tan estupendamente populares para él, mientras los intelectuales del lugar dan sorbitos a botellines de cerveza europea sin dejar de hablar, contándose con sinceridad, escuchando a los oradores, tomando apuntes sibilinos en los periódicos, se siente, en cierto modo, feliz. Es como si estuviera en las habitaciones llenas de humo de su universidad. Las mismas ganas de entender, de interpretar, de discutir. Y se ve reflejado en los jóvenes que abarrotan el pub, que leen tranquilamente un libro fumando un cigarrillo, que escriben en una libreta contemplando abstraídos, tras las cortinas blancas, la

lluvia que cae intensamente sobre la rue Saint-Jean. Y piensa en Eugenio, en el chico al que llama en broma «el primer secretario», que lo acompaña en los viajes y a las fiestas como antaño hizo Thomas, en cuya inteligencia y cultura tiene una confianza absoluta y a cuya vida asiste desde un lugar privilegiado hace ya más de un año, y a quien una noche, cuando la intimidad era ya profunda y reconfortante, y tímidamente permitía que el deseo asomara, le dijo:

—Es justo que quieras un compañero a tu lado. Pero nunca podré ser yo.

Y piensa en el grupo de sus amigos, en lo mucho que le quieren cuando en Florencia se encuentran en una casa cualquiera y charlan toda la noche. Sabe que para ellos es una persona importante. Y también ellos son una presencia vital para él, porque le ofrecen un contraste y sobre todo el espejo de su sueño de juventud. Nada es más banal que decir: «La vida continúa». Pero ahora él siente precisamente eso porque conoce, en el mundo, a personas que siguen ahí.

Más tarde, de forma inesperada, algo terriblemente bello renace también para él con el asombro que causa una semilla que florece tras cuatro largos años de curas continuas, de aridez, de sequía, de diluvios. Creía haberlo perdido para siempre y sin embargo, una mañana, hacia el mediodía, en el pub Saint-Alexandre, el deseo ha renacido reflejándose en un par de ojos azules con cejas muy tupidas y claras, en una melena cepillada hacia atrás, en unos pantalones de pana claros y una chaqueta suelta de terciopelo gris. Leo lo mira y descubre sus finas muñecas cubiertas por un ligero vello, como las de Hermann, los dedos largos y veteados de nicotina, la sonrisa cordial, abierta, los ojos rasgados, como a él le gustaban

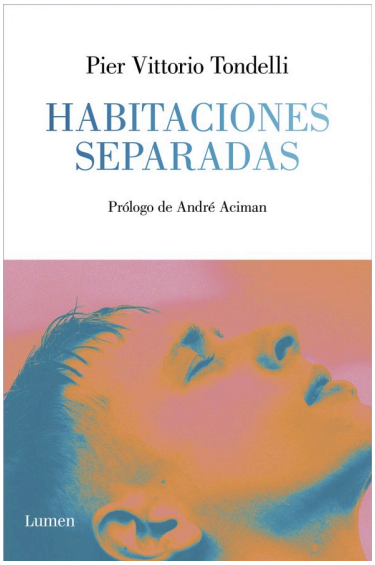
cuando era solo un muchacho. Una manera de liarse el tabaco algo distraída, algo improvisada. La gran cerveza Dow en la mesa.

Cuando el Vondel sale, Leo lo sigue. Se miran un instante en el umbral y el chico tiene una expresión ligeramente incómoda, como la de Leo, que le tiende la mano y que el otro agarra sin mediar palabra. Y Leo desearía solo darle a entender que no se esperaba encontrárselo allí, pero ¿cómo se lo podría contar todo? Entonces el chico se sube el cuello de la chaqueta, se enrolla la bufanda y se aleja, pegado a las paredes de las casas para no empaparse de agua, saltando entre charco y charco. Luego, cien metros más allá se para, tiene un momento de vacilación, se da la vuelta. Ve a Leo frente al pub, en mitad de la calle, que lo está mirando. Levanta una mano para despedirse y también Leo, sonriendo, calado por la lluvia, lo hace. Luego sigue caminando y los ojos de Leo lo miran fijamente hasta que lo ven desaparecer para siempre engullido por la niebla al final de la rue Saint-Jean.

En unas horas llegará al aeropuerto de Montreal. Vuela en una avioneta de hélice de la North West, la carlinga está llena de pasajeros y él está comprimido en el pequeño asiento con los ojos rebosantes de los colores en llamas de los bosques de arces. Está contento porque ha sentido renacer la disponibilidad. Piensa entonces en Italia, en sus amigos, en Eugenio, que irá a recogerlo en Milán y para el que ha comprado algunos regalos. Sigue las palabras de la canción de Morrissey: «Oh, I'm so glad to grow older, / to move away from those younger years, / now I'm in love for the first time».[7]

En cierto modo, es feliz. Dentro de unas horas embarcará en el jumbo, leerá unas páginas, escuchará música y se dormirá para despertarse, pocos instantes después, en la luz cegadora del nuevo día. Pero dentro de unas horas, dentro de unos días, quizá dentro de tres o cinco o veinte años, sentirá otra punzada atravesarle el pecho o la respiración o el abdomen. No importará que hayan transcurrido muchos años o solamente una hora, recordará su amor y volverá a ver los ojos de Thomas como los vio esa última vez. Entonces sabrá, con una determinación hasta emocionada y desesperada, que ya no hay nada que hacer. Emprenderá sus curas, cambiará de cama en los hospitales, pero siempre sabrá, a cualquier hora, que todo será inútil, que para él, por fin, de una vez por todas, gracias a Dios Omnipotente, también para él y para su *metaphysical bug,* su escritura y sus Vondel o Madison*,* incluso para todos ellos, habrá llegado el momento de decirse adiós.

El redescubrimiento de una obra de culto que será llevada al cine por Luca Guadagnino: una romántica historia de amor queer ambientada en los ochenta, con prólogo de André Aciman.



Leo y Thomas se conocen por azar en una multitudinaria fiesta parisina y, pese a su diferencia de edad y origen —Leo es un escritor italiano establecido, y Thomas un joven alemán aspirante a pianista considerablemente más joven—, se embarcan en una intensa relación. Pero la pasión toma tantas formas como amantes que la experimentan, y durante los años siguientes los dos hombres bailan una cuidadosa coreografía hecha de espacios y de distancias. Leo entiende el amor como un anhelo, un ejercicio de extrañar y desear, y evita a toda costa compartir un espacio doméstico con Thomas, algo que, por otro lado, resultaría inconcebible para la sociedad que

los rodea y los rechaza. Así viven varios años en habitaciones separadas, con vidas conectadas pero no fusionadas. Pero la trágica muerte de Thomas enfrenta a Leo a la soledad verdadera. Impulsado por la necesidad de olvidar, o tal vez de encontrar, vaga por los destinos que habitó con su amado. El redescubrimiento de una de las novelas más revolucionarias de las letras italianas de finales de los años 80 por un autor de culto de la literatura *queer*.

La crítica ha dicho:

«Estaba en manos, no de un escritor ocasional, sino de alguien que se había desentrañado a sí mismo y a sus emociones verdaderas, complejas y a menudo imposibles de clasificar. [...] Una novela excepcionalmente conmovedora y excepcionalmente lúcida».
Del prólogo de André Aciman

«Una historia de amor, juventud y dolor que te encogerá el corazón. Quiero que todo el mundo la lea; quiero apretarla contra las manos de la gente. Sin duda, una de las mejores novelas que he leído nunca».
Andrew Sean Greer, ganador del Premio Pulitzer

«Una meditación discreta y lírica sobre la naturaleza del amor masculino».
Edmund White

«Un libro valiente que tiene el coraje de quien desnuda sin piedad las partes más íntimas de su alma, del que se expone en la narración y ofrece cada página como su propio cuerpo devastado y cansado».
Generoso Picone, *Il Mattino*

«Hermoso, el mejor libro de Tondelli. El amor como tensión, peligro, descubrimiento, meditación sobre el mundo, revelación de futuro».
Oreste del Buono, *Panorama*

«Tan intenso que no podrás leer nada más. […] Con esta novela de Tondelli por primera vez sentí que la literatura me señalaba con el dedo […]. Una perspectiva tan literaria como auténtica».
Gianluca Nativo, *Corriere del Mezzogiorno*

«Una novela impregnada de belleza».
The Observer

«El lirismo y el humor desenfadado del autor se enfrentan con éxito al peso de una inmensa melancolía».
The New York Times Book Review

«Una novela italiana sobre un amor imperfecto y un duelo urgente».
The New York Times

«Una poderosa novela sobre la fuerza del amor y el trauma de la pérdida».
The Guardian

«El libro, si acaso es posible, tiene un sonido especial, un color especial. Sonido y color de elegía, de melancolía corrosiva».
Enzo Siciliano, *Corriere della Sera*

Pier Vittorio Tondelli nació en Correggio en 1955 y murió de sida, con tan solo 36 años, en 1991. En 1980 publicó su primera novela, *Otros libertinos*, en la que retrató la euforia y la desesperación de la nueva generación italiana. A este debut siguieron las novelas *Pao Pao* (1982), *Rimini* (1986) y *Biglietti agli amici* (1986). Su última novela, *Habitaciones separadas* (Lumen, 2025), fue publicada originalmente en 1989. Además, trabajó con Elisabetta Rasy y Alain Elkann como editor de la revista *Panta* para la que coordinó la publicación de tres antologías de jóvenes autores de los años 80. En 1990 compiló toda su obra de no ficción en *Un weekend postmoderno*; *L'abbandono*, la segunda parte de este proyecto, una crónica de los años 80, se publicó póstumamente en 1993. A pesar de su corta vida, Tondelli fue un autor que vivió intensamente y que impactó en la escena literaria italiana por su descripción delicada y audaz de la homosexualidad, que rompió con el encorsetado pensamiento de la época, y sigue siendo referente cultural de su generación y de la literatura *queer*.



Titulo original: *Camere separate*

Primera edición: mayo de 2025

© 2017, Giunti Editore S.p.A./Bompiani, Florencia y Milán
Publicado por primera vez por Bompiani en 1989
Publicado por primera vez por Bompiani/Giunti Editore S. p. A en 2017
www.giunti.it
www.bompiani.it
Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency, S. L.
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2025, Alessandra Picone y Matteo Caboni, por la traducción
© 2025, André Aciman, por el prólogo
© 2025, Núria Molines Galarza, por la traducción del prólogo

Diseño de portada: PeAdaptación del diseño original de Elena Giavaldi. Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Stocksy

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la

reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-3291-9

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: LumenEdit
Twitter: @LumenEdit
Instagram: @LumenEdit
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

[1] «Te ha picado la pulga metafísica». *(N. de los T.).*

[2] En español en el original. *(N. de los T.).*

[3] En español en el original, al igual que las demás palabras que aparecen en cursiva en esta página y a lo largo de este capítulo. *(N. de los T.)*.

[4] Cfr. «La saeta», poema de Antonio Machado inspirado en un tema popular*. (N. de los T.).*

[5] «Por qué no puedes ser más como yo, / o yo como tú, / y por qué uno más uno / no pueden simplemente sumar dos. / Luego no podemos vivir juntos, / y no podemos estar separados». *(N. de los T.).*

[6] «¿Por qué vienes aquí? / ¿Y por qué, por qué rondas por aquí?». *(N. de los T.).*

[7] «Oh, me siento tan feliz de hacerme mayor, / de dejar atrás mis años jóvenes; / me he enamorado por primera vez». *(N. de los T.).*

Índice

Habitaciones separadas

Prólogo

Primer movimiento. Hacia el silencio

Segundo movimiento. El mundo de Leo

Tercer movimiento. Habitaciones separadas

Sobre este libro

Sobre Pier Vittorio Tondelli

Créditos

Notas